

Atenea

~ Revista Mensual
de Ciencias, Letras y
Bellas Artes ~ ~



PUBLICADA POR LA UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN



SUMARIO: AMANDA LABARCA H.:

Meditaciones □ EUGENIO GONZÁLEZ R.: *Ceniza del*

tiempo □ Dr. LUCAS SIERRA: *La Universidad de Concepción y la enseñanza de la Anatomía viva* □ IGNACIO

VERDUGO: *Balada del Camino* □ CARLOS PRÉNDEZ SALDÍAS

La Canción del Río □ Dr. EDUARDO MOORE: *Causas que producen la degeneración de la raza* □ ROBERTO MEZA FUENTES: *El*

Diálogo de los amantes □ LUIS D. CRUZ OCAMPO: *Nuestros*

Poetas □ MARIANO PICÓN SALAS: *Prosas sin finalidad* □

JUAN BARROS: *L'lesia* □ ANDRÉ MAUROIS: *Ariel o*

la vida de Shelley □ *Hombres, Ideas y Libros:*

EUGENIO LABARCA L.: *Mujeres de letras Argentinas* □

Para los latino americanos... □ ARMANDO DONOSO: *La*

saludable advertencia de las elecciones en Francia □ E. M.: *Tu-*

tankamón y el resurgimiento nacionalista del Egipto □ *Activi-*

dades Universitarias. □ □ □ □ □ □ □

Universidad de Concepción. Chile

Precio: \$ 3.00 ~ ~ Junio, 1924

Atenea

Revista publicada por la Universidad de Concepción

COMISIÓN DIRECTORA:

Enrique Molina, Samuel Zenteno A., Luis D. Cruz Ocampo,
Salvador Gálvez y Abraham Valenzuela C. (Secretario).

EDITOR Y AGENTE GENERAL: CARLOS JORGE NASCIMENTO

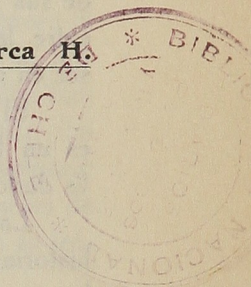
AÑO I

JUNIO DE 1924

NÚM. 3

Amanda Labarca H.

Meditaciones



UANDO se reflexiona sobre la maravillosa arquitectura del pensamiento griego, célula de donde se ha desarrollado el pensamiento europeo de veinticinco siglos y se pregunta uno por qué sucumbió esa raza en plena juventud, se inclina a buscar la respuesta en su falta de sentido místico.

El pueblo heleno vivió lo que sus dioses. A Sócrates, Platón, Aristóteles, a los poetas como Esquilo, a los artistas como Fidias, la Filosofía y el Arte les salvaron de la Muerte. Mas, la gran masa de los atriados que no pudo elevarse a la visión de un ideal nuevo, superior a las divinidades tradicionales, fué incapaz de impregnar de inmortalidad la arcilla de su carne que se deshizo en polvo en las luchas fratricidas.

No hay conciencia sin tragedia. No hay hombre inteligente que no se haya cerciorado con lágrimas que la dicha es engañosa, que a mayor capacidad para gozar corresponde una mayor potencia para sufrir, que hasta la copa de miel que nos brinda sonriente el amor ilusionado es un lazo que nos tiende el Dolor.

En este trance, el sentido místico o el hábito religioso colocan al frente de la realidad sensible una intuición ideal que transfigura el dolor de los hechos en esperanzas de futuros bienes. Y el hombre se consuela imaginando que su pena es fecunda. Abraza con nuevo vigor sus ilusiones. La vida triunfa.

Cosa semejante ocurre en la existencia colectiva de los pueblos. La fe en sus destinos superiores, la ilusión de ser una raza protegida de Dios, les dá un impulso espiritual supremo.

Mas, si ese sentido místico, esa transmutación constante de valores efímeros

en valores eternos, de actos materiales en anhelos ideales falta, no podemos imaginar nuestra vida y nuestro yo sino en el plano de las cosas que nacen, viven y mueren como las flores del campo y las aves del cielo, es decir, sin finalidad racional ninguna.

Si aceptamos la no finalidad de la vida humana, si nos convencemos de que la Belleza, la Verdad y el Bien son valores relativos y perecederos, si creemos que nuestra vida es y será siempre imperfecta, dolorosa e inútil, no queda en pie sino una sola verdad: la Nada. Para quien la ha mirado cara a cara, para quien siente que la nada es el principio y el fin de la existencia, no hay vida posible. Aunque deambule por la tierra y hable, está muerto, porque se quebraron ya en él las ilusiones vitales que permiten sobreponerse a la tragedia cotidiana.

Este sentido místico faltó a los griegos como ha saltado después a la mayoría de sus hijos, los latinos, y nosotros los hispanos-américos. Porque hay diferencia entre la tendencia mística y la aceptación de un credo. Se puede ser fanático sin ser en modo alguno un místico.

El instinto místico es una fuerza creadora, creadora de dioses, la religiosidad es un hábito pasivo capaz de extraer, incluso, supremas bellezas de un contenido ya dado, pero incapaz de crear nuevos símbolos.

Las razas europeas mediterráneas, desde el momento en que las conoce la historia, no han creado religiones, las han heredado de otros pueblos, adaptándolas a su idiosincracia mientras esas religiones fueron plásticas.

En tiempo de Aristófanes, los dioses griegos habrían perdido ya todo prestigio. ¡Con qué ancha y sonora carcajada no se burla ese comediante inmortal de santuarios, de presagios y de oráculos! El hombre crea a sus dioses a su imagen y semejanza. Zeus, Apolo, Atenea y las vengadoras Erinias simbolizaban aspectos típicos del alma griega; pero mientras el hombre vivo evoluciona, el mito, consagrado por la religión, permanece inalterable. El dogma momifica el símbolo, y el sacerdote es el celoso guardián en el sepulcro de los dioses muertos, hasta que llega un momento en que el hombre evolucionado mira al Zeus que engendraron sus antepasados como un mito inferior y le abandona.

Este momento de crisis, de crisis la más honda de la conciencia humana, es el instante decisivo en el destino de los pueblos. O aceptan éstos, normas de vida en que nuevos conceptos racionales reemplazan a las religiones, o ayudados de su espíritu místico, crean nuevos dioses.

Los griegos fueron incapaces de lo segundo. Su filosofía, a partir de Aristóteles es una filosofía de la razón. Epicuro les dió la más inteligentísima, la más perfecta, la más asombrosa explicación del Universo que era posible concebir dados los reducidos conocimientos de la época. Todo lo tuvo este divino super-hombre, menos el sentido místico. Tampoco lo poseyeron los estoicos a pesar de la bienaventurada mansedumbre de Marco Aurelio. Epicuros y estoicos fueron los positivistas de la decadencia antigua. Veinte y tantos siglos antes de Comte proclamaron ellos su religión de la humanidad y talvez nunca los conceptos modernos de la solidaridad humana, fueron más bellamente expresados que en las oraciones de Cicerón y en las epístolas de Séneca.

A los ojos de la razón, los sistemas positivistas tienen que aparecer con una evidente superioridad intelectual y ética sobre los sistemas místicos. Requieren de quienes lo aceptan a conciencia, una gran dosis de reflexión y sabiduría. Para dominar las pasiones, para domoñar la férrea garra del egoísmo con la sola ayuda de la razón, el hombre necesita de un esfuerzo incesante de la voluntad. Resistir al mismo tiempo al placer y al dolor en nombre de un Bien ideal, sin aguardar recompensas futuras y sin otro norte que la paz secreta de la conciencia, ha menester de una superioridad ética admirable. ¡Y si fuera sólo resistir a las pasiones! El hábito y el tiempo las doblegan. Pero hay también que soportar el dolor, la injusticia, el fracaso, el desengaño, la muerte. Se necesita más heroísmo para sufrir con resignación que para apartar de sí la copa del néctar prohibido.

No obstante su superioridad intelectual y ética, estos sistemas racionalistas no han servido jamás para conducir a los pueblos a una vida más amplia y más feliz. Ni siquiera a los helenos, carne e inteligencia de dioses. El racionalismo ignora el instinto místico, el cual viene acompañando al hombre desde que le conoce la historia y que existe en él tan primariamente como cualquier otro de los instintos fundamentales. El instinto de saber, de darse cuenta del mundo, de comprender, ha dado origen a la filosofía y a la ciencia; el instinto místico ha creado las religiones, proporcionando al hombre otra forma de conocimiento que suple las deficiencias de su comprensión corta y de su saber escaso. Mientras las primeras hallaron su lenguaje en la experiencia real, la segunda se tradujo en símbolos.

Los grandes períodos de florecimiento humano son esos en que ambos instintos se armonizan como las cuerdas de una misma lira. Los tiempos de decadencia, en cambio, son aquellos en que uno de esos instintos tiende a suprimir, a aniquilar al otro.

Para muchos hombres cultos de hoy la religión europea sustenta símbolos arcaicos. El Jehová implacable que juzga a los pecadores y les castiga a una condenación eterna, las llamas de los infiernos, el papel de los demonios, el soberano albedrío, son otros tantos dogmas que muchos hombres modernos se resisten a aceptar. Y como no cultivaron jamás su instinto místico y en cambio han sido educados en la superioridad de la ciencia positiva, desligándose fácilmente de la religión heredada, se hallan en medio de la vida en la incapacidad de adaptar los rezagados símbolos a sus nuevos ideales, ni de crear para ellos o para su pueblo una nueva religión. Ingresan desde ese instante a los sistemas racionalistas de vida.

El hombre necesita comprender. La razón es incapaz de darnos la respuesta de los por qué fundamentales. Necesita saber para qué sufre; a qué meta ha de llegar el mundo; cuál excelso o mísero fin ha de ser el del Hombre sobre la Tierra. La ciencia ignora todo esto. La religión lo enseñó a los que fueron tocados por la gracia y la Fe. Mientras tanto, para los que dudan la interrogación es cada vez más honda. Como una llaga de fuego, llevamos en la frente el signo del Por qué y del Para qué.

AMANDA LABARCA H.

Concepción, Abril de 1924.

Ceniza del tiempo

I



ENIZA del tiempo; el sedimento casi imperceptible y amargo que van dejando estas horas inútiles, vividas al azar, sin saber cómo ni para qué; lo que fué un día hoguera de terribles ansias calcinando las entrañas y los propósitos mejores; puñado de sollozos blasfemos que quieren esparcirse y marchitarlo todo, como otro otoño: He aquí, amigos míos, la pobre riqueza que nos queda. Desde la soledad tendemos el arco maldito, y la flecha del arco busca vuestros corazones bienaventurados. Que ella atravesase los muros del misterio; que ella rompa el silencio y el odio que nos apartan, que ella consiga abrir el surco dolorido donde han de reposar estas palabras hoscas, ásperas, oscuras...

II

Después de todo, lo único importante para nosotros somos nosotros mismos. Rasguñamos, impacientes, cada día, la torva corteza que envuelve el secreto de nuestro corazón. A solas, nos preguntamos qué somos y qué deseamos. Estas preguntas martillean nuestras horas. Estas preguntas abren un sepulcro a todo sueño de serenidad y de victoria sobre la vida. Porque sólo un sueño—cualquier sueño, malo o bueno—salva... De vez en cuando una vislumbre, un pedazo de música robado al silencio circundante y enorme, un roce de alas desconocidas, allá, en lo hondo del ser, donde la conciencia se duerme embriagada por una inefable realidad sin forma. Y eso, pequeño, débil, impreciso; humo de una hoguera oculta que nadie vió subir, en la niebla.

Y así también, humo vano, las mejores palabras, las que temblaron,

al borde de los labios, cohibidas, en los momentos definitivos, las que se pudrieron después en el surco abandonado de la soledad. Sin embargo, en esta pobreza de sabernos solos, mendigos orgullosos de una ternura que no viene, algo—¿qué; quién?—nos dice que nosotros somos todo. Que recogemos las dispersas y amargas voces del mundo, el latido sediento de la tierra negra, las estrellas que decoran, cintilando los senos de la noche, el sufrimiento de la hierba pisoteada que se crispa hacia el sol. Todo... A pesar de todo eso que es nuestro, la verdad, nuestra verdad, nos huye. La seguimos buscando afuera, en el vacío sin medida con fiebre, con rabia. Y cuando el cansancio de las vanas jornadas nos arroja como despojos gemebundos en los recodos, siempre, royéndonos el alma y la vida, la misma pregunta: ¿Quién soy? ¿Quién soy?...

III

Todo se nos va, todo se nos va; pero quedamos nosotros, despojados, inermes, crucificados, por la culpa de sobrevivir a las cosas idas, en el recuerdo. Con los ojos tendidos, suplicantes, hacia horizontes que siempre huyen. ¿Quién dijo jamás la pobreza infinita de nuestro deseo? ¿Quién pudo detener la marca de ansia y de rencor que ahogó nuestras palabras en la soledad de la derrota?... Y luego, esta tenacidad de la ternura humana que sigue buscando en los sótanos del sueño la antigua tristeza y la antigua sonrisa, después, mucho después que la lámpara del amor en fuga cesó de brillar para nosotros, perdida, allá, lejos, en el último recodo...

IV

Este pueblo en sus casas bajas, sucias, es como una tumba grande abierta hacia lo desconocido, llena de oscuras germinaciones sin sentido, de vidas decrepitas y polvorientas. Una pesadumbre de resignación envuelve como otra atmósfera las almas y las cosas. El mañana no tiene importancia; la cuestión es tener, ahora, un poco de paz, y darse a todo con indiferencia y humildad para que así se cumplan los designios inescrutables. Y ahí van esos pobres hombres con su andar reconcentrado y esa sonrisa estúpida, despegada, pronta a caer como un harapo inútil. Padres e hijos se dan ánimos, se apoyan en su común timidez ante el destino inseguro. «Nosotros trabajamos para ustedes,—mascullan los pa-

dres,—trabajen ustedes para los que vienen. La vida cuesta llanto, sudor, sangre. Ser feliz es sólo esto: Amar el dolor que Dios nos da, con el pan, cada día...» Y así es. Las fuertes pasiones, los vigorosos y bellos ímpetus arrinconados por la vida precaria en el fondo de las almas, acaban por dormirse, para siempre, a veces. Y pasa el invierno; cesa el repiqueteo de sus lluvias tenaces en las techumbres; vuelve la primavera, el cielo limpio, el plácido verdor de la naturaleza. Más tarde, otra vez el invierno, otra vez la lluvia...

V

Desde hace una eternidad—nadie podría decir cuando comenzó esto,—las mismas casas, los mismos rostros, el mismo pedazo opaco de paisaje y de vida a nuestro alrededor. Sin embargo, nos vamos, nos vamos cada día, cada hora, cada instante. Es un darse continuo al tiempo y al misterio: ineludible como el rodar del agua por la pendiente de la colina. Casi no nos damos cuenta de ello y es que vivimos en una somnolencia cansada, apenas lúcidos para la migaja de sol que abandona el crepúsculo en la ventana. Por ella sabemos que otro día se va, que otra noche viene. Aquí, entre estas cuatro paredes, estamos como en todo el mundo. Mas allá de ellas, los campanarios, las estrellas, las pasiones, forman una sola mancha odiosa que se dilata hasta lo infinito. Ayer no más, es cierto, llamamos hermanos a los otros y, nuestro corazón, acurrucado en un regazo de amor, creyó en lo imposible. Ahora nó. Ahora, amigos, se vive hacia adentro. Las ventanas sobre el jardín están cerradas. Y, bajo la lámpara, envejecidos por la sombra que acecha, sentimos caer la lluvia, afuera, sobre los árboles empobrecidos y las calles solas.

VI

Bajo el ala cenicienta de los crepúsculos—tú lo recuerdas, alma escondida,—nos perdíamos por la ciudad huraña con el bagaje tierno y a la vez terrible de nuestro silencio: confusas visiones prolongadas de perspectivas inefables, dulzura de sabernos aislados y próximos en medio de la naturaleza y de la vida. Junto a mi brazo, su brazo palpita, y era su sonrisa, la limosna tímida de su sonrisa de veinte años, lo único que distinguían mis ojos oscuros de suplicante. Después, cuan-

do llegaba el momento de la cotidiana separación, nos íbamos entristecidos y medrosos. Porque sabíamos que un día cualquiera, en la infinita paz de un hogar, mirándonos los rostros agrietados de angustia o, como ahora, vencidos por el tiempo, la distancia y el misterio, habríamos de sollozar sobre nuestro corazón, como sobre una tumba.

VII

Alguien ha abierto una ventana que da hacia los campos. Arrebujados en una neblina azulesca—luz de luna y distancia—los álamos forman una franja oscura al pie de la colina. Más cerca, desde las heredades circundantes, surcadas en todas direcciones por el agua de riego, sube, calmoso, el canto agrario de los sapos. Todo se concierta en una amodorrada armonía que es más de muerte que de vida, a pesar del vigor de las raíces ocultas, de la fragancia mojada de la tierra, del aleteo de los follajes dorados ya, casi amarillos, porque este viento trae puñado de otoño. Sobre los párpados cansados, una sombra se va deslizándose en visiones e indecisas figuras: acaso toman cuerpo las preguntas que nadie respondió, acaso los deseos que nadie pudo entrever a través de las palabras de todos los días. Y es que talvez el corazón de la noche quisiera libertarse de sus límites de silencio, y verter en un extraño canto humano el aluvión de sus ansias contreñidas en la madeja de las leyes ignotas. O bien, hay algo que no comprendemos del todo aquí, en el hervor delirante de nosotros mismos, algo que parece venir de una playa abandonada: ola de ternura que desgarrar, que ahoga como una mano crispada de furia, que embriaga, mejor, como un viejo vino. Ello es que esta noche perdida entre las infinitas noches de la vida es como ninguna: tiene ojos azules abiertos en una dádiva de claridad y de perdón, tiene una sonrisa que extiende a la tierra, dorada y suave como el alba, como el otoño, y tiene una voz tan serena, tan rica de lejanía y de misterio, que para escucharla avaramente, ahora, que hasta los árboles parecen dormidos, alguien ha abierto una ventana que va hacia los campos.

EUGENIO GONZALEZ R.

La Universidad de Concepción y la enseñanza de la Anatomía viva.



EN 1909 propusimos al señor Rector de la Universidad de Chile que, a semejanza de lo que acababa de llevarse a feliz efecto en algunas universidades europeas, se iniciara una encuesta entre los profesores de mayor prestigio y reputación en la República entera, a fin de conocer exactamente las deficiencias que hubieran podido notar en los jóvenes recién titulados de médico-cirujanos. Esas informaciones, impregnadas de una tendencia eminentemente práctica, debían complementarse a su vez, con las que expusieran los profesores como el ideal de sus aspiraciones si estuviera en su mano el modificar la enseñanza de su respectiva asignatura a su entera satisfacción. Nuestra proposición encontró la más favorable acogida; se la consideró digna de figurar hasta entre las demostraciones de cultura que se preparaba nuestro país a exhibir en celebración de su primer centenario de vida libre e independiente. Pero, no en vano ha dicho alguien que el infierno está tapizado de buenos propósitos. No nos consta que figure allí la nuestra; más sí podemos asegurar que jamás se volvió a tratar de este asunto.

Pero hoy, que la Universidad de mi provincia natal abre sus puertas para instalar la enseñanza de la anatomía, que nosotros quisiéramos que fuera sólo el primer eslabón, hasta completar los cuatro primeros años de los estudios médicos, juzgamos que talvez no están fuera de lugar algunas reflexiones que nos sugiere el estudio de la anatomía, después de más de treinta años de ejercicio profesional en que constantemente hemos tenido que utilizar su aprendizaje.

Todo individuo que llega a vestir la toga del catedrático, la adquiere justamente porque es ya, o por lo menos está en vía de llegar a ser, un especialista. Ahí está, en nuestro concepto, el pecado original de que adolece o adolecemos más de uno de los profesores de nuestra Facultad de Medicina: a semejanza de nuestros diabólicos choferes, nos sentimos seducidos por el vértigo del

impulso, y gradual o insensiblemente, llegamos a pensar que, en realidad de verdad, ningún otro ramo de la enseñanza puede equipararse al que nosotros estamos encargados de hacer aprender a los jóvenes. Evidentemente hay en ello una exageración; más que eso, un error grave. Deberíamos partir de una idea más amplia y muchísimo más justa: que en la naturaleza todo es perfectamente armónico y regular, que todo se complementa, sin que haya materia alguna que tenga más importancia que otra cualquiera. Estos son atributos secundarios que atribuimos nosotros en la segmentación más o menos arbitraria y enteramente artificial en que la fragmentamos a fin de poder penetrar un poco mejor en los secretos y maravillas que encierra. Eso es todo. Y desde ese punto de vista, no está demás recordar los defectos que nosotros mismos comprobamos a cada paso en los exámenes finales: la gran mayoría de los candidatos a médicos sabe poquísima anatomía práctica, utilizable, al día siguiente o un poco más tarde, para el ejercicio consciente, científico, de nuestra hermosa profesión. Más aún; no están capacitados para interpretar debidamente lo que en esas materias nos llega del extranjero.

La fuente y origen del mal arranca de muy lejos. Y ese mal impregna y hasta empequeñece nuestros ideales. Comenzamos por imbuirnos en la idea de «curar» enfermos, y titulamos nuestra Facultad, Facultad de MEDICINA; comenzamos, en consecuencia, por hacerle presente al joven que su verdadero interés estará en tener enfermos y poder sanarlos. Mientras tanto, al lado, se enseña a otros jóvenes el DERECHO, y su respectiva Facultad se titula Facultad de Derecho. Estos fueron, más o menos, los términos en que, en 1919, oímos disertar a uno de los más eminentes médicos de que se enorgullece la Escocia, a Sir Robert Philip.

Nos hizo su argumentación una impresión profunda y la consideramos perfectamente ajustada a la verdad de las cosas. Si las palabras no valen sino por las ideas que representan, ¿por qué no inculcar desde el comienzo la ventaja de estudiar y conocer a los individuos sanos, e insistir constantemente en que vale muchísimo más la conservación de la salud y que ella debe constituir el más noble y elevado objetivo de los estudios del que va a abrazar nuestra profesión?

¿Qué el asunto no es de mucha monta? Talvez. Mientras tanto, el estribillo yanki *the best in the world*, y la preocupación constante de todo inglés de ser *gentleman* o, por lo menos, de imitarlo, tratando en todo momento de conducirse en su vida privada o pública como un verdadero caballero, nadie podrá negar que ha ejercido influencia no escasa en ambos países.

Enseñemos, pues, la ANATOMIA VIVA (1).

Esto es, que cada estudiante comience por saber y darse cuenta perfecta y tan exacta como sea posible, de lo que es un individuo humano de desarrollo normal; que aprenda a reconocer las eminencias y depresiones, los contornos y relieves que forman los huesos, la musculatura y las articulaciones. Que sepa

(1) S. E. Whitnall: EL ESTUDIO DE LA ANATOMIA.—Montreal.

que todo eso lo va a encontrar profundamente alterado, en la grande e inmensa mayoría de los casos, por los estragos que ha hecho la enfermedad en el cuerpo que se le entregue para la disección. Que piense siempre en la vida y animación que cada uno de esos órganos o tejidos contribuye a dar al individuo sano.

Que no arranque la piel fría rugosa e inelástica de un anciano, nada más que bajo el apremio de llegar cuanto antes a reconocer los ligamentos que mantienen la aposición de los huesos que la constituyen. Vendría a colocarse, como dice un autor extranjero, en la misma categoría del que, teniendo un hermoso libro que leer, le arranca las hojas y las arroja al viento sin haberlas leído. Que sepa que la primera inspiración que pone en movimiento la máquina de la vida no se debe en gran parte sino a que, dotada nuestra piel de riquísima red de nervios sensibles, el frío del medio ambiente que rodea al recién nacido le estimula e incita a lanzar el primer grito con que iniciamos nuestra peregrinación en el mundo de los mortales.

En suma, que ese principiante mantenga siempre «tan aguda su inteligencia como afilado el escalpelo de disección» y, gradualmente, como quien dice por el método concéntrico, irá aprendiendo, a la vez que anatomía, muchas de las nociones más útiles y prácticas para la fisiología y para el funcionamiento de aquellos aparatos perturbados más tarde por la enfermedad. Ese aprendizaje razonado y consciente, perfectamente «cerebrado», como nos permitimos llamarlo en nuestros cursos de clínica, será el que se conserve y se utilice en el futuro profesional.

El principiante deberá familiarizarse todavía con la imagen radiográfica que da nuestro esqueleto, sus envolturas y demás órganos. La noción clara y precisa de lo que es normal y fisiológico va más tarde a serle de positiva utilidad para reconocer a la primera mirada en qué reside la anomalía o el estado patológico de cualquier aparato, órgano o tejido que haya sido examinado por los rayos Roentgen—rayos X.—Sabrá de esa manera justipreciar las sombras que proyectan los cuerpos que no se dejan atravesar por aquellos rayos, y se familiarizará con su interpretación, lo que es el verdadero *desiderátum* en la materia.

Pero, antes que todo, nos parece asunto ineludible y de la mayor trascendencia que el profesor de anatomía, convencido de que en la ciencia pura nada hay que no sea o pueda ser de grande importancia, sepa insistir ante sus alumnos, estudiantes solamente de medicina, en los hechos de real y positiva utilidad para el médico práctico; que no caiga en la tentación de hacerles aprender hasta las más insignificantes rugosidades de un hueso o las innumerables anomalías que puede ofrecer en su inserción éste o aquel musculillo: eso no es más que «pedantería anatómica» y no contribuye sino a distanciar el gusto por el estudio de la anatomía, que hará bien en conservar durante su vida entera todo médico digno de su nombre.

De esa manera, cada uno de sus alumnos podrá contribuir, andando el tiempo, a dilucidar el verdadero papel que corresponde a algunos órganos que hemos considerado de escasa importancia y que los estudios modernos más recientes nos hacen considerar con muchísimo más respeto y consideración. Nos

referimos, naturalmente, a los órganos o glándulas de secreción interna y a los poderosos agentes químicos, llamados hormonas, que mantienen el impulso constante en cada una de los 28 trillones de células y órganos que alientan la vida del ser humano.

Por esta vía, teniendo siempre presente que cada una de nuestras células tiene que recibir un impulso (llámese éste eléctrico o de oxidación, poco importa) ante el cual reacciona y que, a su vez, transmite a otras células, se dará cuenta de la importancia capital de mantener su organismo en condiciones de poder ejecutar la armónica y grandiosa tranquilidad en que trabaja el hombre sano, esto es, dotado de la mayor riqueza que podamos ansiar en esta tierra, y sabrá conservar claro y vigoroso su cerebro en un cuerpo hermoso y robusto.

Tales son algunas de las principales insinuaciones que querríamos someter al ilustrado y amplio criterio del profesor de anatomía en la Universidad, que recibe la difícil tarea de enseñar una asignatura árdua y talvez monótona cuando se empeña uno en hacerla aprender por los viejos y anticuados métodos; pero que en los tiempos presentes es capaz de imprimir vida y animación aun a los huesos mismos.

DR. LUCAS SIERRA.

Balada del Camino



MANECER fragante a materno cariño;

rumor de alas que ensayan su audacia para el vuelo!...

Yo era un chiquillo ingenuo y en mis ojos de niño
aun brillaban las últimas estrellitas del cielo.

Acaso demasiado precoz en la tristeza,
mi corazón sufría de un anhelo impreciso
de amor y sufrimiento, de gloria y de belleza,
vago como un perfume, fuerte como un hechizo.

¡Mañana luminosa de recuerdos de antaño!
Atados mis ensueños, igual que un peregrino
me los eché a la espalda para no hacerles daño,
y ebrio de fe, marchéme a buscar mi camino...
¡El mundo era pequeño para mi loca audacia,
para mi sed de gloria, para mi ardor divino!
(Llena eres de gracia,
madre, porque me diste esta fe en mi Destino).

La ruta era tan amplia, la atmósfera tan clara,
que la esperanza estaba en la luz y en las cosas
como una cosa viva que de ellas emanara...
¡Y aspiré la mañana como un mazo de rosas!
Después, mi alma de niño, con el ansia irrisoria
del que quiere asir astros en el agua dormida,
partió a buscar la gloria,
partió a encontrar la vida.

Y, lleno de entusiasmo, caminé por la vía
como un príncipe joven que, pródigo y glorioso,
derrochase su sangre, su oro y su alegría.
Mas, al llegar la tarde,—la Hora del Reposo,—
vi mi error en las zarzas que mi pie enrojecía
y el eco atormentado de mi propio sollozo
me demostró que aquélla no era la senda mía.

Desde entonces, mi viejo corazón,—¡oh idealismo!—
fué rodando, rodando como una hoja marchita,
de pasión en pasión y de abismo en abismo...
Y al fin he comprendido, en la paz infinita
de esta hora, aromada de un suave escepticismo,
que el camino anhelado, que la senda exquisita
¡estaba en lo más hondo de mí mismo!

IGNACIO VERDUGO.

Nihuinco, 1922.

Carlos Préndez Saldías

La Canción del Río



L río se viene cantando, cantando,
como un hechicero de la soledad.
Arboles y riscos se quedan vibrando
cuando pasa el río, camino del mar.

El río se viene cantando, cantando,
y es una alegría sentirlo pasar.

Tendido en la hierba, si el agua me toca
las manos morenas quemándose al sol,
y el viento sureño me llena la boca,
yo siento que el río, la tierra y la roca
laten con la sangre de mi corazón.

Tendido en la hierba, si el agua me toca,
bendigo la fuga del río cantor.

La canción del río se pierde en el llano.
Los hombres del valle no tienen canción.
Un murmullo apenas refresca el verano
de este silencioso pueblo labrador.

La canción del río se pierde en el llano
como si del agua se fuera el amor.

El río venía cantando, cantando,
desde la montaña que nieve le dió.

Las piedras sonoras quedaron sonando,
y en el valle el río su canción perdió.

El río venía cantando, cantando;
desde muy arriba cantando bajó.
Por el valle estrecho se aleja llorando,
y ninguno sabe que el río cantó.

CARLOS PRENDEZ SALDIAS

Doctor Eduardo Moore

Causas que producen la degeneración de la raza

(Notas seleccionadas de la Conferencia de Extensión Universitaria que el doctor Eduardo Moore dictó en Concepción el 9 de Junio de 1923).



La iniciar este año las Conferencias universitarias, la Facultad de Medicina eligió, como tema de la primera, el más serio de todos los problemas que debe ocupar la atención de los ciudadanos— aquel que fué declarado en el Congreso de todas las Sociedades de Cruz Roja del mundo, reunido en Cannes en 1920, como el asunto más importante de cuantos puede ocupar, en la actualidad, la atención de los poderes públicos: me refiero al relacionado con las enfermedades de trascendencia social.

La postergación en la solución de este problema está causando perturbaciones tan intensas en la salud pública, que ya constituye un factor definitivo de degeneración de la raza, de disminución de los nacimientos, de aumento considerable de enfermedades que suministran la inmensa mayoría de los pobladores de los Hospitales, Dispensarios, Casas de Huérfanos, principalmente de los Manicomios y de las Cárceles.

La desorientación del individuo tendiente a perturbar la sociedad, no sometiendo a los códigos morales establecidos por ella, sembrando discordias o utopías, o cediendo al influjo de malvados o de histéricos, es producida en la mayoría de los casos, por individuos que no han limpiado su sangre de los espiroquetes que producen la *plaga roja*.

Este grave problema se resuelve, educando, previniendo y curando, o en otros términos: 1.º enseñando las funciones de la vida, es decir la Fisiología, que instruye lo mismo sobre las funciones del cerebro, corazón, pulmones, etc., que sobre las de la reproducción; 2.º previniendo y evitando el contagio por estos males y 3.º curando las enfermedades.

Ha llegado la época en que los padres de familia, y los maestros, enseñen a la juventud las funciones de su propia vida, y los peligros a que se exponen los que no se respetan a sí mismos, los que olvidan la moralidad y hacen tabla rasa de su salud.

La mujer es el elemento conservador de las sociedades, forma el hogar, oásis de descanso y vivificación en el desierto de la vida. Y aquellos que por espíritu diablezco, por sobresalir entre los demás, hacen frases irónicas cuando se trata de la mujer, caen, sin embargo, en una meditación profunda al pensar la felicidad que los embriaga cuando tienen delante de sí la imagen de su madre que les dió la vida, que la saben pura, inmortal, porque ellos no son sino la continuación de la vida de ella. Mujeres son sus hermanas a quienes ayudan y vigilan con ternura, que ellas les devuelven con creces, mujer la madre de sus hijos. Mujer la hija que endulza los sinsabores de las luchas cotidianas, y reeduca a los padres con sus gracias y alegrías, haciéndolos más humanos y benévolos. Si tomamos en cuenta que maestras y nodrizas completan el círculo femenino que rodea al hombre toda su vida, y que desde la adolescencia su afán incesante es el ideal, al que le rinde los homenajes de una diosa, habremos concluido que nada ocupa más la mente del hombre que la mujer; entonces, debemos dignificarla, elevarla e instruirla.

La madres de familia que me escuchan, van a convencerse que estoy en muy buena compañía, al declararles que es un anhelo universal el que existe en todos los países, de dar instrucción a la mujer sobre las funciones de la vida, porque la mujer instruida es el factor más importante en la resolución del problema que nos ocupa.

El Dr. Carrol, representante de una Oficina de Salud Pública, refiere el resultado de una entrevista celebrada con el Cardenal Gibbons, el más grande de los Obispos católicos de los Estados Unidos, y una de las más grandes eminencias del orbe, llamado el segundo Pontífice.

El Dr. Carrol, católico también, halló oposición a su obra entre personas de su propia fe y se dirigió al Cardenal Gibbons para inquirir si estaba o no justificado el continuar dando instrucción sobre los problemas que enseñan a conocer el sexo y las enfermedades venéreas a jóvenes de ambos sexos, por médicos del mismo sexo.

—¿Por qué no, contestó el Cardenal Gibbons. Sabe usted como médico, que esas enfermedades existen. «Su deber es combatirla con sus recursos como médico, como es igualmente el mío combatirlas como sacerdote. Son enemigos, y no es posible luchar contra un enemigo en la oscuridad».

—¿A qué edad cree su Eminencia que debe darse tal instrucción?—Volvió a preguntar el doctor Carrol. Y sin vacilar contestó el Cardenal Gibbons:—«En la edad de la pubertad. En dicha edad el instinto sexual comienza a manifestarse; así es que a esa edad la instrucción apropiada puede darse, y la que conduce a ese punto puede empezarse antes».

La instrucción primordial que exigimos, es el estudio de la Fisiología, ciencia que nos enseña a conocer las funciones, una a una, de los distintos órganos de que se compone el cuerpo humano normal, las que dan la vida y movimiento al individuo, y también enseña otras funciones de una importancia mayor, más elevada aún que las otras, son las funciones de la reproducción; funciones que llegan al

organismo para que éste las reciba, las alimente, las mantenga adormecidas hasta la pubertad a fin que más tarde sean las de la conservación de la especie, única inmortalidad visible para los humanos, ya que los padres no mueren nunca, sino que continúan su vida en sus hijos a través de la mujer, que es la cuna de la humanidad. La enseñanza de la Fisiología se hace en Chile, sólo en la Escuela de Medicina destinada a los estudiantes, en el Instituto de Educación Física, muy limitada en las Escuela de Dentística y de Matronas y en la Escuela Libre que llamamos de Altos Estudios que funciona en el Museo Nacional, destinada a un personal que ya tiene una educación científica previa.

En el resto del país no se enseña esta ciencia, porque no puede llamarse así, la que se da en los Liceos y al final de los estudios y en cuyas cátedras se pasa como por sobre *ascuas candentes*, sin siquiera mencionar las funciones de la reproducción. Sin embargo, con esta clase de estudios no sólo nos damos cuenta de la marcha normal de nuestra vida, sino que nos damos cuenta de las enfermedades que no son otra cosa que las funciones perturbadas, es decir, la Fisiología exagerada; y de la Higiene que es la Fisiología aplicada.

Hace más de 50 años, uno de los más grandes pensadores de la humanidad, Herbert Spencer, el sabio que desarrolló en el terreno filosófico y sociológico la teoría de la evolución, antes que Darwin en el terreno biológico, estableció que el orden de los conocimientos que deben procurarse a los educandos serían: 1.º Fisiología; 2.º Conocimientos necesarios para llegar a adquirir una profesión u oficio; 3.º Los conocimientos que nos permiten conocer a los demás: la Sociología; y 4.º Los conocimientos que adornan y recrean el espíritu: Música, Pintura, el arte en general.

Pero estos estudios no servirían de nada, si ante todo no conocemos las funciones de la vida para poder conservarnos.

El enorme prejuicio de los padres, y su ignorancia manifestada en la repulsión para instruir a sus hijos en la ciencia de la vida, son causa de las tragedias diarias que observamos en todos los hogares, cualesquiera que sea la clase social. El profesor Pinard de la Facultad de Medicina de París, tratando de la manera de instruir a sus hijos decía: «Hemos hablado tanto y en tal forma de órganos vergonzosos, que yo mismo he titubeado hablar a mis hijos sobre estas cuestiones, y me he sentido satisfecho de tener yernos médicos, por intermedio de los cuales he podido darles esa instrucción». Llamar vergonzosos a los órganos que nos han dado la vida, es incomprensible.

Corresponde en especial enseñar Fisiología a toda persona que aspire al magisterio; porque todo maestro debe iniciar estos conocimientos, para lo que debe estar muy bien preparado.

Creemos llegada ya la hora de que en la instrucción primaria y secundaria, no se siga prescindiendo de la fecundación de las plantas, del conocimiento de los fenómenos grandiosos de la reproducción, y esta ignorancia alcanza a la del hombre. «¿Cuál es la razón de esta ocultación?— se preguntaba la doctora Raquel Camaña, perdida tan prematuramente para la ciencia de la República Argentina.—El núcleo del mal que tratamos, decía, está en el prejuicio del pe-

cado, en esa absurda denominación de órganos y funciones vergonzosas; en esa reacción cristiana—útil dique en sus comienzos, que detuvo la ola corrompida de la civilización pagana—pero que, llevada a exageraciones perjudiciales, nutrió el error funesto de creer que el pudor consiste en la ignorancia.»

Sin las informaciones de padres o maestros y excitada la curiosidad por la atracción del misterio, los jóvenes tratan de procurárselas por los medios modernos a su alcance, que son tantos y tan variados dadas las oportunidades, que en estos tiempos se proporcionan fáciles y muy frecuentes. Los bailes excitantes, el flirt, las malas compañías, el cinematógrafo, el teatro, los libros y revistas eróticas, las imprudentes preguntas de representantes de algunas religiones en las que no se establece sin embargo, en su moral que se torture el alma de inocentes, sino que dé sabios consejos a los que sean exaltados por estas dudas, y por fin la prostitución que sostienen las Municipalidades y los que con ella especulan, como ser propietarios que obtienen pingües rentas, hasta algunas policías y políticos. Es en estas fuentes en donde han obtenido los jóvenes las primeras nociones sobre la naturaleza y significado del instinto que comienza a manifestarse.

No nos extrañemos entonces que sobrevenga las taras que más tarde se traducirán en prácticas viciosas, en enfermedades tenaces y que si no se les pone pronto remedio, perdurarán toda la vida.

Ningún libro es más recomendable después de saber Fisiología, que el libro de Augusto Forel, catedrático de Psiquiatría en la Universidad de Zürich, intitulado la Cuestión Sexual, escrito en alemán, francés, español y al alcance de maestros y alumnos de cualquiera preparación.

Cuando se empapa el educando con la elevada enseñanza de Forel le es fácil convencerse que, el amor y la vida sexual con sus leyes, están en relación estricta con la que gobierna nuestro equilibrio individual psíquico y físico, así como con las leyes que dominan el equilibrio social y la evolución histórica de los seres y de los pueblos; que la mujer desempeña un rol capital en la estabilidad social y en el progreso de las civilizaciones; que los misóginos (odio a la mujer) son anómalos sexualmente, o son ecos inconscientes de juicios misogénicos; que la ignorancia de la vida sexual es la causa de desorientación moral, de desapego a la vida, de caídas y de enfermedades sociales, porque afectan a la moral social.

El conocimiento de la vida sexual y sus leyes, del amor y de las suyas, es más necesario que el de todo otro conocimiento de Fisiología, de Psicología o de Sociología; conocer la sexualidad es conocer la moral, porque la cuestión sexual es una cuestión moral, es conocer la facultad que posee la voluntad humana de disponer de la función sexual, es prevenir, aliviar, tranquilizar de los sufrimientos e infortunios íntimos, favoreciendo la felicidad individual. La naturaleza—a pesar de todas sus imperfecciones—está plena de bellezas y de objetos de goces, siempre que se la sepa comprender. Si el hombre se viera privado del amor, de la necesidad sexual, y de las consecuencias que de esto se deriva bajo el punto de vista mental, perdería casi toda la poesía y el carácter moral y no tendría objeto la vida; porque la vida sexual es el cimiento de la creación, de la propiedad y de la familia, despierta las

cualidades altruistas, la abnegación, la ternura, la paciencia, la dulzura, el sentimiento del deber, el amor al prójimo, y las elevadas comprensiones de la estética.

La mujer, cualquiera que sea su situación social, está ávida de saber y no hay padres, no hay prejuicios, no hay modas que detengan al mandato de una hija cuando lo que desea es de colocarse en condición superior.

El Delegado de Suecia doctor Marcus a la Liga de las Sociedades de Cruz Roja, reunida en Copenhague el 20 de Mayo de 1921, dá cuenta que desde que Suecia se puso en campaña contra las enfermedades sociales, reconoció en el acto, la importancia de una educación popular sistemática. Un párrafo especial de la ley menciona expresamente que el Estado está encargado de un servicio de educación sobre las cuestiones propias del sexo. Los primeros conocimientos de Biología, de Zoología y de Higiene deben preparar al niño a la instrucción sexual, llevándolo insensiblemente con gran tacto hasta los 15 años. Esta enseñanza pueden darla médicos o pedagogos. En Inglaterra la educación en Higiene sexual es la mayor de las armas de combate contra las enfermedades, llamadas «sociales» porque el estado social las mantiene y ellos roen la sociedad.

Es el Ministerio de Higiene de Gran Bretaña el que dirige la enseñanza de Higiene Social y lo confía a las autoridades locales, ayudadas por el sinnúmero de sociedades filantrópicas. Se extienden estos conocimientos a todas las mentalidades: aún a los médicos, a todos los gremios. En ese país donde el tratamiento de estas enfermedades es enteramente voluntario, la obra educativa persigue en primer lugar persuadir a las personas recurran a los Dispensarios en donde se les dá tratamiento y medicamento gratuito y en segundo lugar a excitar todos los medios de acción que pueden impedir la diseminación de la enfermedad entre las personas que están todavía intactas.

El gobierno de los Estados Unidos, desde 1918 empezó una campaña enérgica en bien de la instrucción de las niñas en materia que enseña las funciones de su sexo.

Esta enseñanza debe darse en la escuela por sus mismas maestras, que tienen tacto innato.

En las escuelas superiores de instrucción secundaria el maestro debe ser del mismo sexo. No debemos olvidar que debe someterse a los pedagogos a un examen de Fisiología y de Higiene Social, antes que se dediquen a transmitir estos conocimientos a sus educandos, a fin de calificar su fino y discreción al desarrollar estas materias, porque no se puede confiar estos delicados problemas sino a los que los enseñen con el más alto idealismo, eliminando toda enseñanza que no conduzca al objetivo. El profesor es el que crea la fe en la necesidad del conocimiento, y el que podrá mantener viva la sed de saber.

El Gobierno de los Estados Unidos, por intermedio de su Servicio de Higiene Pública, ha emprendido también otra campaña educativa dirigida a los jóvenes para preservar la raza contra las enfermedades venéreas, exigiendo educación en todos los establecimientos de enseñanza empezando por aclarar en los estudios las funciones más nobles, las que producen la vida, y estableciendo en la mente de los niños, las ideas grandiosas de la responsabilidad sexual como gene-

radores de esa vida que tendrán que darla tarde que temprano y que están obligados a asegurar para su patria hijos sanos. El Gobierno ha hecho publicar profusamente un folleto, intitulado «El Problema de la Educación Sexual en las Escuelas» y en donde se puede leer en el capítulo denominado «El Sistema Antiguo», lo siguiente: «Los niños son, naturalmente curiosos observando los hechos de la reproducción. Sólo un niño anormal puede crecer sin un interés vívido en el maravilloso drama de la renovación de la vida que ve a su alrededor, y sin experimentar los impulsos y emociones naturales de la adolescencia. En el vasto sistema subterráneo de educación actual, institutrices ignorantes, grupos de amigos mal hablados y amorales, consejos de charlatanes, falsedades y avisos de medicinas patentadas, películas eróticas y aventuras personales, son sus profesores».

De lo que se deduce esta primera ley: *Una inmensa mayoría de niños, adquieren su primera impresión sobre el sexo, de fuentes impropias y antes que estos niños lleguen a los 12 años de edad.*

En 637 niños, muy bien examinados, por el doctor Exner observó que la primera impresión permanente sobre sexo la habían recibido, término medio, a los 9 1/2 años, y que en algunos empezó a los 4 ó 5 años, la mayoría entre 10 y 11, y algunos entre 14 y 15.

Al lado de ese estudio publica que en 727 otros hombres, recibieron la primera instrucción propia sobre sexo de fuentes determinadas, padres, maestros, sacerdotes, término medio a los 15 1/2 años, habiéndose dado tal instrucción entre 6 hasta 25 años.

El doctor Exner encontró que el 91 % de colegiales educados en escuelas de ambos sexos habían recibido su primera impresión sexual de fuentes indeterminadas de mal origen, y el 79 % le contestó que tenían mala impresión de esos recuerdos. En cambio un 95 1/2 % tenían muy buena idea de haber recibido la primera impresión de sus padres, maestros, lecturas de folletos científicos u otra fuente conocida. Hay pues, una gran responsabilidad en los padres, cuando estallan vicios prematuros o enfermedades sociales.

Enseñarles los procesos de la reproducción y desarrollo ulterior del hijo, lo que es el matrimonio, la prostitución, las enfermedades venéreas, la ilegitimidad y la higiene, etc., en estudios lentos y continuados para que se graven ideas de educación sobre la maravilla de la reproducción, de formar para ellos mismos la vida, pensando en el matrimonio que es una de las relaciones más sagradas de la existencia.

Los oficiales de sanidad, que están en contacto directo con los enfermos de males sociales han inducido a la autoridad que lo primordial en la lucha contra estas enfermedades es la instrucción sexual a los niños y a las niñas antes de los 13 años, cuyas almas buenas y bien dispuestas son una pasta blanda para modelar con ella cualesquiera escultura hermosa.

Conocemos Estado por Estado de los Estados Unidos el movimiento seguido hasta el día, como consecuencia de esta obra educativa, la que ha dado legislación, enseñanza y curación apropiada: hay 48 Estados, 3 territorios y un

Estado federal, que suman 52, de ellos en 43 se declara que las plagas venéreas son contagiosas y peligrosas para la salud pública, 35 declaran culpable al que infecta, 43 autorizan el examen de los portadores sospechosos, 29 ordenan a los sanitarios a suprimir la prostitución, pero, otros Estados 13 por un método y 39 por otro tienden a la supresión absoluta, es decir los 52 Estados, 38 Estados exigen la declaración obligatoria de la enfermedad, expresando el número de enfermos, pero 7 exigen el nombre, 25 Estados tratan a los enfermos gratuitamente.

En estos momentos S. M. la Reina de los belgas, se ha puesto a la cabeza de un movimiento nacional para desarraigar las enfermedades venéreas en su país.

A fines de 1921 el primer Congreso anti-venéreo Pan Americano que se reunió en Wáshington tratando de la lucha anti-venérea, dejó establecido que la educación sobre cuestión del sexo era el asunto más importante y urgente de la lucha, y fijó el programa general de esta enseñanza.

PROFILAXIS O PREVENSIÓN DE LOS MALES. 2.º TEMA

1.º Curar los enfermos atacados de males sociales, para que no contagien a los sanos es la mejor prevención, y se procura sembrando Dispensarios gratuitos.

2.º La educación es un asunto trascendental y útil en la profilaxis.

3.º La tercera medida es la propaganda, con tal que sea eficaz.

En el Primer Congreso Médico reunido en Santiago en 1900, propusimos una Liga contra la sífilis sin obtener ningún resultado; perseveramos en la cátedra y conseguimos que los estudiantes aceptaran entusiastas las ideas expuestas, y como cada médico es un Profesor de sus clientes la obra no fué perdida, y tengo la satisfacción de haber escuchado hace unos cuantos días, a uno de ellos, médico que es una gran esperanza para la medicina, decirme: «aquellas ideas que usted sembró en su clase, me sirvieron desde esa época para regularizar mi conducta, para interesarme vivamente en el problema, como para tratar a mis clientes».

4.º En la profilaxia entra la prostitución, problema embrollado para los médicos, que no deben mezclarse en otra cosa, que en contribuir a la abolición absoluta, sin limitaciones.

Es esta una institución que avergüenza a la humanidad, ha sido creada por el hombre pagano que miraba la mujer como un mueble, fué elevada por Napoleón I a la categoría de institución pública reglamentada, se ha mantenido en los países cristianos, no por consejo de los médicos, sino por el error tan repartido, que con esta institución reglamentada por los municipios se obtenían beneficios para la salubridad y moralidad pública. Se creía que disminuían los crímenes, porque las policías localizando las casas, supervigilaban estos centros de los crímenes; que acorraladas y vigiladas se podía tener el control de las mujeres y facilitaba la reducción del número de ellos; que se podía controlar el

tráfico del alcohol en conexión con la casa de tolerancia; que se podían prevenir los crímenes o atentados contra las mujeres honradas; que se protegía a la comunidad de la proximidad o promiscuidad con estas infelices; que cortaba la explotación que se hace de estas desgraciadas por las patronas o castens, y que disminuían las enfermedades venéreas por intermedio de la inspección médica; que se aminoraba el número de asiladas a causa de la reglamentación que se protegía a la juventud del contacto con ellas en las calles, que prevenía a la población masculina de las perversiones o anomalías sexuales, proporcionándoles medios naturales, etc., etc. Pero la experiencia ha demostrado otra cosa, como vamos a demostrarlo:

Lejos de beneficiarse la salubridad, se agrava la salud, porque el fruto madurado por fuerza, o el exceso de funciones, desvía las destinadas a producir la vida, convirtiéndola en una fuente de malestares psíquicos, y debilitamiento orgánico. La moralidad sufre, porque fuera del amor, todo lo demás es una perversión cerebral desde que por un lado ven los jóvenes que le enseñamos castidad, sacrificio, heroísmo, idealismo; y por otro el Estado que permite esta institución les dice—aquí tengo casas de citas y como yo las reglamento y autorizo debe ser útil y benéfico que ustedes aprovechen de este beneficio que he instituido. Como tengo inspectores que vigilen, y médicos que asistan a las heridas, claro es que ustedes no serán infectados, y como no les pongo a ustedes coto, entren cuando deseen, a toda hora.—Este es el contrato establecido entre el Estado y el desgraciado crédulo que saldrá de esas casas, alcohólico, contaminado por alguna de las enfermedades sociales, deshecho moralmente al confundir el amor con el libertinaje, huyendo de la idea grandiosa de formar un hogar. La ciencia ha probado, que la continencia, no enferma a nadie, y que iguales abstenciones deben tener los jóvenes, como los que exigen de las niñas, antes del matrimonio.

Aumenta los crímenes, es el centro donde se urden las maldades y atentados, las seducciones de nuevas meretrices incautas. De ahí salen las patronas a los campos, o ciudades a contratar jovencitas pobres e inocentes.

Lejos de restringirse, se acrecienta el número de las asiladas por la facilidad en establecerse, por la costumbre que ya tiene el público de ver esas casas proporcionadas por el Estado, por que habiendo gran demanda de mujeres habrá gran oferta de prosélitas.

No sólo no se hace control del alcohol, sino que se abusa de él, como ha acontecido en los Estados Unidos, es en las casas de tolerancia donde se viola la ley.

Prevenir los atentados contra las mujeres honestas porque existen estas casas de tolerancia, es un argumento tan ridículo, como decir que el robo debiera permitirse a ciertos granujas para que los honrados no sean ladrones.

Tampoco evitamos, al reglamentar la institución, que las mujeres de ese gremio vivan acorraladas, lejos de eso, las vemos más airoas y desafiantes circular por todos los ámbitos de la ciudad y aun en los lugares públicos como cafés,

tiendas, etc. En Santiago por 500 reglamentados, existen libres más de 3,000 clandestinos.

Pero el bluff llega al colmo, cuando nos dicen que con asilar reglamentadas se evitan las enfermedades venéreas, cuando es precisamente, que por ellas aumentan. «En la costa Barbary de San Francisco de California en 1917, el 97% de las mujeres públicas se encontraban infestadas. En Baltimore el 96%. En la aldea de Pottsville, había tres casas de meretrices con un total de veinte niñas, y todas con certificado médico de estar sanas; sin embargo, la investigación ante un tribunal de justicia que delegó en un perito técnico, sus facultades, de las veinte había 18 enfermas. Una casa tenía tres mujeres únicamente, y ese día las tres habían recibido visitas de 49, 37 y 28 amigos; las tres estaban con sífilis.

Estas mujeres adquieren sífilis y blenorragia, y adquieren además alcoholismo, anormalidad psíquica, demencia o locura.

No se aminora la institución del vicio, porque siendo reglamentada y protegida, va con soltura y seguridad a ejercer su profesión, sin trabajar, y atrae otras incautas.

La despedida de soltero, por banquete que se ofrenda a Baco, termina con ofrendas a las Venus públicas, días antes de la boda, contagiando el alma y el cuerpo del futuro ideal de una virgen sana y púdica.

No se evita que el degenerado se corrija frecuentando los lenocinios, porque justamente, su característica es huir de la mujer, y no es regeneración caer de un exceso anormal a un exceso sexual. Estos se corrigen con psiquiatras, porque la anomalía hereditaria o adquirida se cura; pero por psicoterapia, no con corrupción.

La Liga Americana de Higiene Social, declara que los que defienden este negocio son: 1.º los dueños de lenocinios, gerentes, caístens, queridos, que viven de ellas y las explotan, porque el amor es ley tan universal, y aún estas desgraciadas tienen un ideal, un amante; pero éste no siente por ellas otro deseo que el de acaparar su dinero. 2.º Los guardianes que reciben alimento y propinas de noche. 3.º Los propietarios, que en vez de ganar por arriendo de su casa \$ 25, reciben \$ 100. Son defendidos por algunos políticos que obtienen dinero y gajes electorales de los patrones de las casas de tolerancia; son favorecidos por las mismas mujeres que no son capaces de ganar su vida en otra forma; no serán combatidos por municipales que reciben votos de ellos, de inspectores, y de todos los que viven por existir este negocio. Por fin los que sostienen que este es un mal necesario no convencen sino a los sugestionables que en el reino de Dios no son pocos.

Los ejércitos europeos durante la guerra, a pesar de la reglamentación rigurosa de la prostitución, se llenaron de sífilis, excepto los soldados de los Estados Unidos, que no aceptan meretrices, y que además fueron obligados, por sus autoridades, a presentarse a oficinas de desinfección, cada vez que volvían a los cuarteles.

El ejército americano ensayó todos los sistemas para atacar las enfermedades venéreas, y el General Pershing llegó a la conclusión que sólo se concebía una profilaxia eficaz; la abolición de la tolerada institución que Pío X denominaba «el comercio patentado de carne humana.» Se trata de saber, si lo que hay de más

venerable, de más sagrado, es decir, la dignidad de la persona humana, continúa siendo, o no, menospreciada envilecida por seres de nuestra especie, de nuestra sangre y ésta legalmente, reglamentariamente con el concurso de la autoridad.

Los otros consejos de profilaxis antivenérea son: Diagnóstico, análisis y tratamiento gratuito. Tratamiento obligatorio de todo individuo durante la época en que es contagioso. Declaración obligatoria de todo médico que trate a un venéreo, sin dar a conocer el nombre del enfermo, especificando detalles de la enfermedad. Sanción penal contra el que contagia. Certificado de salubridad, antes del matrimonio, de ambos contrayentes.

Educación del pueblo en enseñanzas graduales en los mismos Dispensarios sobre los peligros de las enfermedades sociales, ayudada con cuadros, pinturas, afiches y cinematógrafos.

Combatir a los charlatanes que ofrecen tratamientos, que no tienen base, y a los farmacéuticos prohibirles el expendio de medicamentos que se ofrecen para combatir estas enfermedades.

Propagar el expendio de profilácticos, para los que no hayan podido contenerse, en todo Dispensario, y abaratar su producción.

Evitar la llegada de emigrantes enfermos.

Arrojar del país a los tratantes de blancas, proxenetes, caístens extranjeros, y castigar a los nacionales, a los dueños de casas de cita.

Además de los Dispensarios que vamos a establecer, estimular los que tenga la Beneficencia, Municipalidades, la fuerza armada, ferrocarriles, etc., en los que cada enfermo recibe personalmente la enseñanza que prevé y moraliza.

Tener anexo a toda Maternidad un Dispensario para las madres e hijos enfermos, y en los que ellas junto con tratarse, orientan su vida y aprenden a cuidar sus niños.

Establecer el tratamiento ambulatorio de los afectados de los campos, dependiendo del Dispensario de su Departamento, se da igual instrucción personal.

Hospitalizar toda meretriz mientras sea contagioso, y a todo soldado y marino en el mismo estado.

3.er TEMA. CURAR LOS ENFERMOS. CAMPAÑA ANTI-VENÉREA.

Para tratar el tercer punto del problema venéreo, es menester pasar una revista de lo que debemos conocer como enfermedades venéreas.

La Blenorragia o Gonorrea, que llamaremos la plaga azul, es una enfermedad muy contagiosa causada por el microbio llamado *Gonococcus*, vive en forma de secreción en ciertas secciones de los órganos creadores de ambos sexos. Se sabe que cuando esta enfermedad se desarrolla, que es a los 8 días después del contagio, es muy difícil prever cuándo terminará. Pero bien dirigido el tratamiento, sanan todos.

Es tan común, que ya no asombra a la humanidad, y tan peligrosa cuando toma complicaciones, que se puede decir, que en la mujer es más grave

que la sífilis. Corta la vida, porque la infectada en sus órganos profundos, no puede pensar en tener hijos, y si avanza el mal, llega a ser mutilada hasta perder su sexo. El médico sabe hoy evitar estos desastres, cuando se sigue sus prescripciones.

En el hombre, si se complica, puede detener las funciones de la reproducción. En ambos sexos ataca a menudo la vejiga, los riñones e invade la sangre, produciendo falsos reumatismos, gravísimas artritis, en todas las articulaciones, ataca la pleura, el corazón y las meníngeas cerebrales.

Se puede decir, que cada vez que una mujer es atendida por un ginecólogo, o un hombre, por un urólogo, es por complicaciones de la plaga azul.

Y si esta enfermedad la desarraigamos del país, como lo esperamos, si se adoptan los medios que aconseja la ciencia, no existirían ni las clases de Ginecología, ni la clase que yo profeso.

El contagio de esas secreciones es frecuente en los ojos, a donde llegan por las manos del propio enfermo, produciendo lesiones graves y aún la ceguera.

Pueblos enteros hay en Oriente y Egipto que tienen oftalmias gonorreicas sostenidas con mayor cronicidad por las arenas del desierto.

Pero también los inocentes, los niños, nacen con sus ojos infectados cuando al nacer recogen de su propia madre secreciones de esta índole, y con tal gravedad, que las cegueras son más comunes por esta causa que lo que se supone. En las maternidades del orbe entero, se acostumbra a dejar caer en los ojos de los recién nacidos, soluciones de nitrato u otras sales de plata; es preferible hacerlo así, antes de exponer al niño que recién llega al mundo a no verlo jamás.

Hay más todavía, niñas nacen con sus órganos íntimos infectados por esta plaga que afecta a sus madres y podemos decir hoy, que no hay ninguna genitalitis en vírgenes o casadas que no reconozca este origen.

La madre o empleadas afectas, pueden usar los utensilios de su toilette para asear estas niñas e infectarlas con un mal que puede ser su desgracia para toda su existencia.

La Blenorragia tiene una marcha larga; pero bien dirigida la curación, se sana bien, y definitivamente; a veces establece una complicación gravísima. Es muy frecuente en Chile que este mal se complique, por ser mal curada, por ser propagada al interior con tratamientos inadecuados, suministrado por ignorantes, entre los que descuellan las enfermeras, las matronas, los practicantes, los farmacéuticos y los amigos de quienes se confían los enfermos.

No creo que haya otro país en donde los farmacéuticos, que no tienen ninguna preparación médica, puedan hacer el papel de doctores, y que el pueblo tenga tanta fe para buscar en ellos sus consejos, ni donde las matronas se atrevan a ser ginecólogas y las enfermeras puedan actuar fuera de la atención de un doctor. Inyecciones cáusticas, intervenciones sépticas, manipuleos no científicos, dan las complicaciones de las funciones más respetables y sagradas.

Pero lo que no es de asombrar, es saber que todo hombre que ha mantenido relaciones ilícitas, adquiere tarde o temprano la blenorragia, y como los hombres son los que dictan los hábitos sexuales, y han enseñado mal a la juventud, dicién-

doles que ellos tienen derechos que les niegan a la mujer, resulta que la inmensa mayoría mantiene tales relaciones. Sólo se libran los abstinentes y los que tienen una educación científica en estas materias.

La blenorragia invade a nuestro país, y ella puede ser desarraigada absolutamente de nuestra raza.

Introducido este flagelo en la mujer, transforma su cuna de creación en un cementerio vivo: impide la procreación; y avanzando hacia sus entrañas más sagradas, le quita su carácter femenino, la hace asexual, y mata los tónicos de su vida, sus secreciones endocrinas que le dan su alegría, su viveza, su intuición, sus atractivos femeninos, sus caracteres de mujer; porque la mujer es, lo que son sus ovarios.

¿Cómo extirpar este mal?

Educación, continencia, y certificado de sanidad absoluta antes del matrimonio; mejor sería el certificado moral de su propia conciencia. Mucho puede hacer el consejo del amigo honrado, del médico riguroso, del sacerdote y de una ley especial.

El ejército americano, castigaba a aquel que aparecía enfermo, porque no había ido a las estaciones profilácticas a desinfectarse. En la actualidad, en París el doctor Gauducheau ha inventado una pomada higiénica. El mismo en el Instituto Pasteur se hirió un brazo expresamente, se aplicó secreción con espiroquetes sífilíticos, previo un análisis de su sangre que resultó pura, y después de una hora de haberse contagiado experimentalmente, se aplicó esta Pomada, y no obtuvo ningún brote. Ya Menchnikof el gran ayudante de Pasteur, inventor de la pomada con calomelano, había inoculado sífilis a dos chimpancées, en los párpados; pero a uno le frotó la pomada y no prendió la enfermedad, y sí estalló en el otro.

La plaga roja, la sífilis, la lúes como se le llama, es una enfermedad general producida por un espiroquete que se mueve como un tirabuzón, rápidamente; que pulula y se multiplica de una manera prodigiosa, y que, como el gonococcus, no vive sino en el ser humano,

Si se ha conseguido cultivarlos en animales es artificialmente, y viven mal en ellos.

Entra en la región contagiada en forma de una peladura insignificante después de 10 días, produciendo en seguida una úlcera sin dolor, endurecida, por lo que se denomina chancro indurado, o sífilítico, o esclerósis inicial, cubierta de millones de espiroquetes o treponemas.

Empiezan a invadir el organismo en donde se sitúan, viviendo en la piel, en los ganglios y entre las células de todo el organismo; llevados los microbios por el torrente circulatorio, van al corazón, al cerebro, a todas partes. Viven de los tejidos, y dan al plasma una secreción especial que modifica a fondo la composición de las proteínas líquidas normales de la sangre de donde las células extraen su alimento.

Si de este plasma sanguíneo, envenenado, extrae su alimento la célula cerebral se comprenderá que el individuo afectado, no tiene la mente sana porque la sangre no lo está: de ahí la inmensa cantidad de habitantes de la casa de lo-

cos, de las cárceles, y de perturbadores de la sociedad en todo orden de ideas y disciplinas. De la sangre de los individuos sanos se forman las secreciones internas, que según sea el órgano:—timo, tiróides, hipófisis, cápsula suprarrenal, páncrea, testículos, ovario, ganglios, nodulos linfóideos, y epitelios—así es lo que preside; determinan o el crecimiento del niño, o la nutrición del desarrollo del adulto, o los frenadores del crecimiento excesivo, o los excitadores de la combustión de glucosas y grasas, o bien los que determinan el depósito o reserva de alimentos, los que generan la vida de los nuevos seres, o determinan el tipo masculino o femenino secundarios, la nutrición de las mucosas, etc. En el afectado de sífilis se desarrollan estas grandes funciones de un modo exagerado o insuficiente, y entonces va a sobrevenir—si no se ha tratado en forma de extirpar los espiroquetes—perturbaciones tremendas e inesperadas que transforman al individuo en una carga social enorme, o mueren prematuramente, o pueblan Hospitales, Hospicios y Manicomios, o engendran hijos que llevan la tara hasta los hijos de los hijos.

Las manifestaciones de esta enfermedad ocupan las ramas de todas especialidades que abarca la medicina. No se escapa ni un solo órgano, ni un solo tejido, de ahí es que todos los médicos, sin excepción, deben igualmente ser, además, especialista en Venereología.

Se cree que la sífilis nació en América y que los marineros de Colón la llevaron a Europa. Es muy posible que las Antillas fueran el centro primitivo; pero con llegar los soldados de regreso de América, se cubrió la Europa entera. Los primeros colonizadores de Chile, traían tanto soldado enfermo, que en 1567, el 5.º médico que ejerció en Chile, el Bachiller Bazán, trataba a todo enfermo de cualesquier síntoma con ungüento del soldado, como se denomina a las pomadas mercuriales. La había en tanta cantidad que dicho médico la usaba a destajo, y hubiera o no manifestaciones de sífilis, hasta que las autoridades se vieron obligadas a llamarle la atención y obligarlo a no ser exagerado.

La sífilis no marca la cara o el resto de la piel con las lesiones que cree el vulgo que sirven para reconocerla. Si hay lesiones cutáneas, son fugaces y ceden pronto al tratamiento, esto por lo que respecta a Chile. En otros países las marcas visibles en el rostro, cutis, son más frecuentes.

A más de adquirir la esclorosis inicial, la entrada de los espiroquetes vienen depresiones de la salud, ligeras roseolas fugaces, erupciones de la piel, invasión de los ganglios próximos y de los ganglios del resto del cuerpo, úlceras en las mucosas, en especial en la garganta, labios y lengua, caída pasajera del pelo, etc. Este es el período secundario.

La sífilis que no ha sido curada en el período secundario, ataca todos los órganos, todos los tejidos y pasa a constituir el período terciario, el de la cronicidad, el de los desastres inesperados. Pasemos una ligera revista de las afecciones más conocidas y que en una gran proporción se atribuyen a ella.

La sífilis es la más grande de las comedoras de cerebro.

En el sistema nervioso, tejido noble que preside todas las funciones y la coordinación de las propiedades de los tejidos, puede presentarse en el período

secundario, en forma de meningitis, psicosis, mielitis aguda, neurorecidivas, enfermedad de la sangre, etc.

Si este mal quedara limitado a los enfermos por tanto tiempo, ya era una enfermedad grave, pero desde que un enfermo engendra un nuevo ser, éste toma su nutrición de la sangre de su madre, (sangre infecta por su esposo) y lo alimenta con sustancias sanguíneas alteradas por los espiroquetes, nace el niño infectado con estos microbios que es lo más común, o puede nacer debilitado por toxinas únicamente.

La sífilis es la más gran productora de muertes antes del nacimiento, la causante de la inmensa mayoría de los abortos, y la primera causa sin duda de la gran mortalidad infantil, y del estado enfermizo de los que continúan viviendo.

El niño nace raquíctico, inapetente a la vida, muy difícil de cuidar, se atacan de todas las epidemias reinantes, cualesquiera que ella sea; es un pobre terreno en el que prende fácilmente la tos convulsiva, la alfombrilla, las pulmonías, las perturbaciones gastro intestinales. Puede nacer defectuoso, sordo-mudo, con labio leporino, con la bóveda del paladar abierta, con lesiones cutáneas diversas, pénfigos en la planta y en la palma, con lesiones oculares, o de los oídos, en fin, con toda clase de estigmas, parálisis, huesos deformados, etc., etc. Pero estos síntomas visibles son los que menos se observan, pues sólo son reconocibles en un 20%.

Quedan pues 80% de niños de cada 100 nacidos de padres enfermos, que no tienen síntomas, que pasan desapercibidos, que se les cree sanos. Esto es lo grave, y nos lo revela el análisis de la sangre sólo en nuestros días, anteriormente se les creía enfermos de otras enfermedades, del cerebro, del corazón, de los pulmones, de las vísceras, etc., etc.

La sífilis en cualquiera forma es absolutamente curable, pero reconocer su existencia, era difícil, hoy no se tiene dudas.

La sífilis infantil precoz, cuando se la reconocía se la trataba y curaban, y cuando no se diagnosticaba, morían bajo el nombre de otra enfermedad. La hereditaria tardía, que puede estallar desde los 10 años y durante toda la vida, se reconocía por la deformación dentaria, por las perturbaciones en los órganos de la vista, oído u olfato, en las deformaciones del cráneo, del paladar, de los huesos y con esto llenábamos los libros, satisfacíamos nuestros conocimientos.

Pero desde que Schaudin, botánico, descubrió el espiroquete pálido, y desde que Wassermann descubrió que por el análisis de la sangre se conoce el que tiene o no la plaga, y desde que Ehrlich descubrió el 606 o salvarsan que cura y sirve para hacer el diagnóstico ¡cuánto progreso ha habido!, de tal suerte que hoy, un especialista no puede dejar de conocerla donde ella exista, y no puede dejar de extirparla.

Hace dos años Leredde decía: «La sífilis de la primera infancia no se vé en la inmensa mayoría de los casos, no se manifiesta en la inmensa mayoría de los casos, es necesario investigar mucho para descubrirla. Rara vez tiene síntomas, estigmas, no aparece sino en el curso de la segunda infancia». En esta época, son a veces de apariencias normales, con ciertas perturbaciones que hacen decir

«todos los niños tienen siempre que sufrir enfermedades ligeras», y cuando aparece una nefritis, una bronco-pneumonia, no se atribuye a la sífilis.

Error pues es fundar la ausencia de sífilis en los niños, por la ausencia de los síntomas que se creían clásicos, como grande es el error si quieren fundar el diagnóstico en la rebusca de ella en los padres, cuando sabemos que el 20 % de los hombres y el 40 % de las mujeres que están infectadas lo ignoran, y también cuando los padres niegan haberla adquirido creyendo deshonrarse o ser marcados con el estigma del menosprecio al confesar su enfermedad. El padre que la tiene, jamás debe ocultarla, y aún dejar una carta lacrada en su escritorio, para que sea abierta, si él llegara a faltar. El está protegido por el secreto profesional, secreto que cubre su honor y el de su familia, el que jamás puede violar un médico, aún requerido por la justicia, pues las leyes morales están por sobre las civiles, a pesar que sea relevado del secreto por el propio cliente, porque el secreto ya no es el del cliente sino del médico.

La sífilis despuebla más que cualesquiera otra causa; a la enorme mortalidad y morbilidad producidas por la sífilis adquirida, hay que sumar la mayor mortalidad y mayor número de enfermedades de la sífilis hereditaria.

Este es un tremendo problema social, que no necesita espera y que nos obliga a resolverlo cuanto antes, porque el primer deber de los poderes públicos es procurar la salud de los habitantes, el segundo dar educación que sirve cuando se ha resuelto el primero.

Se calcula prudentemente que el 10 % de la población de Francia está infectada de esta enfermedad; en nuestro país, donde no existe profilaxis antivenérea y el contagio es tan frecuente como nulas las precauciones, donde la ignorancia sobre el problema sexual es generalizada no es prudente reconocer que la población infectada sea menor de 10 %.

Cuatro millones de habitantes más o menos nos dan 400 mil enfermos de sífilis, cifra superior a toda otra morbilidad existentes en Chile. Esta cifra es terrible, pero está lejos de ser exagerada.

Cualesquier otro cálculo que hagamos sobre el número de enfermos no puede tener base científica, nadie los ha contado, ni sería posible en el estado actual de nuestra organización, porque no se puede esperar se inscriba el verdadero nombre de esta enfermedad, y hay que leerla en las defunciones con el nombre de parálisis, angina, pneumonias, úlceras digestivas, afecciones cerebrales, nefritis, etc., etc.

Quedémonos moderados en nuestros cálculos y digamos «tenemos al frente 400 mil sifilíticos». Esta cifra es espantosa porque abandonados a sí mismo, pronto serán redoblados y antes de 10 años sería escaso el que se hubiera librado.

Reflexionemos, apretemos los puños y pasemos al optimismo de la ciencia que nos dice puestos a la obra en una lucha antivenérea por 10 años podemos desarraigar la sífilis de nuestra Patria.

¿Cómo realizar este prodigio?

El enfermo de sífilis de marcha común se cura por medio de neosalvarsan,

inyectándolo dentro de las venas, una vez por semana, y elevando la dosis gradualmente hasta completar seis semanas. Sigue un mes de reposo y se vuelve a comenzar otra seis semanas para alternar con descanso, y así por el espacio de 3 años. Esto está sujeto a las modificaciones que exigen la edad, el sexo (porque la mujer necesita menores dosis), la robustez, la intensidad del virus, etc., etc. En Chile esta enfermedad tiene apariencias más benignas, vedadas, por consiguiente, más traidora porque en la edad madura se presenta produciendo lesiones orgánicas serias de igual intensidad que las que se manifiestan en los demás países.

En la lucha contra la plaga roja es menester que los médicos tengan igual concepto sobre el tratamiento. Se debe obligar que todo médico que aspire cualquier puesto en los Hospitales u empleo fiscal tenga un diploma especial de haber seguido un curso de Venereología y Serología. Así se evita la anarquía que reina con respecto al tratamiento tanto aquí como en el extranjero.

Antes del descubrimiento del 606 se empleaba exclusivamente el mercurio. Su empleo es muy largo, casi diario, y a veces peligroso e inferior al citado. No extirpa por sí solo la enfermedad a punto de sostener una reacción de Wassermann durante un año a las dosis que tolera un enfermo; porque la dosis que sería efectivamente curativa, 4 centigramos de biyoduro de mercurio, o equivalentes, suficiente para curar, aplicada por 3 años, no es tolerada por todos los individuos. Sin embargo no podemos prescindir del mercurio en la primera infancia, en enfermedades que han tomado una marcha especial o en los resistentes al arsénico.

Se llega, pues, a la conclusión que los afectados de sífilis de marcha común pueden ser curados radicalmente en 3 años. Si de los 400 mil habitantes atacados de esta enfermedad, acudieran a un tratamiento 200 mil durante los 3 primeros años, este número entraría a la población sana. Los 200 mil restantes serían tratados en un segundo ciclo de otros 3 años, es decir, los recalitrantes que no hubieran todavía entrado al tratamiento, y que buscarán el Dispensario sólo después de la propaganda llevada por los felizmente curados.

¿Por qué existe tanta sífilis desconocida?

Porque la entrada de ella puede haber sido por una lesión microscópica, una erosión inapercibida, cosa que sucede muy frecuentemente en la mujer.

Porque puede haberse ocultado bajo las apariencias de una simple gonorrea.

Porque puede desarrollarse, sin darse cuenta, con el producto de la concepción.

Porque no hay ley, que obliga a los que contraen matrimonio, que hagan análisis de su sangre, para que en caso de obtener reacción positiva se traten hasta extirpar su mal.

Porque no hay concepción exacta de la moral personal, sino que existe un código oscuro de orientaciones, que hace que los enfermos tengan falso pudor y les repugne confesar que están afectados de una enfermedad que es una verdadera desgracia imprevista, pero que como tal, no debe avergonzarse de ella, como no

se avergonzaría de la tuberculosis. El sentimiento de desprecio es injustificado, porque si 10 personas honorables han cometido la torpeza de aceptar la invitación del Municipio para ir a casas de tolerancia, y cinco adquieren sífilis, el juicio público declara despreciables a los cinco honorables que han tenido la desgracia de adquirir sífilis honorable y los cinco atacados sólo de plaga azul que curarán en dos meses, esos van a tener patente de buena persona durante su vida. La ignominia no está en tener la enfermedad. Es torpeza creer a las autoridades que son responsables de ellas; ignominias que son atenuadas por la naturaleza masculina impulsiva, polígama, que sólo la contiene la gran educación en los fenómenos de la vida, y la caballería; y se atenúa porque ha tenido la educación del ambiente que acepta las relaciones ilícitas con tal que sean con mujeres comercializadas o con la infeliz proletaria que desmerece por unos cuantos centavos. Pero ese ambiente que tolera, que no prohíbe, que permite, excusa y encubre, no aceptaría que fueran sus madres, sus esposas, sus hermanas o sus hijas los objetos de placer elegidos por los incontinentes. Ese ambiente lo estimulan los partidarios de la prostitución, el Municipio que lo reglamenta y asegura la sanidad, el Estado que no pulveriza los focos de infección.

Los Dispensarios municipales y los de la Beneficencia, los de los Ferrocarriles, del Ejército y Marina deben subsistir siempre, aún después de terminada la campaña para exterminar la sífilis del país.

Entre las medidas profilácticas usadas en Francia, existe la profilaxia individual para los que se han expuesto al contagio por medio del empleo de una pomada preservativa. En el informe que pasó en 1921 el doctor Paul Faivre, jefe del Servicio Antivenéreo de Francia, al Ministro de Higiene de Asistencia y de Previsión Social, da cuenta que con la pomada del doctor Gauducheau, se ensayó en 700 voluntarios de la Marina, bajo la dirección médica, y el resultado coronó las esperanzas que en el éxito de esta pomada cifró su descubridor. Iguales resultados se han obtenido en los 200 mil soldados de la ocupación actual del Rhur.

En Chile no existe una lucha antivenérea. El Código Sanitario dejó entregada a las Municipalidades una de las fuentes de infección; las reglamentadas, pero las mas peligrosas las clandestinas escapan a su vigilancia.

Atacar las enfermedades infecciosas comunes es del resorte del Director de Sanidad; pero atacar a las más graves, a las que producen más estragos, a las que degeneran a la raza y a sus hijos, a esos los dejó la ley como un buque al garete sin dedicarles ni un solo inciso en el Código Sanitario.

Los hospitales atienden toda clase de enfermedades de pacientes que necesitan cama; pero los sífilíticos rara vez la necesitan, luego no buscan el Hospital, y trafican por los cuatro puntos cardinales llenando del virus a la población sana.

Las enfermerías de ejército, marina, carabineros, policías, tienen igual objeto, para con los enfermos atacados de afecciones comunes, y envían al Hospital a los que exigen un cuidado mayor; pero siendo ellos la fuente principal de contagio y pudiendo ellos ser reclusos mientras pueden contagiar, es menester recomendar a sus autoridades, se inspiren en los elevados ideales que nos obligan a todos los ciudadanos que tenemos alguna responsabilidad, en cualesquier repartimiento público,

a disponer de todos nuestros esfuerzos, para procurar la salud de nuestros subalternos y evitar la propagación del contagio.

Los Dispensarios existentes en el país atienden toda clase de enfermos, y se ha probado que la gran concurrencia no permite al médico llegar a un diagnóstico profundo y a disponer de Laboratorio. Además el número de Dispensarios es muy limitado, y los destinados a las enfermedades venéreas, establecidos en el país son tan escasos que a penas influyen en disminuir el número de enfermos.

Luchar contra la sífilis es curar.

El Dispensario Antivenéreo es el organismo por excelencia contra la lucha dice Faivre.

El instrumento de la lucha anti-sifilítica no es, y no puede ser otro que el Dispensario, dice Leredde. «El Dispensario de barrio, de radio limitado, con servicio serológico anexo, y destinado a curar y dar dirección moral a los enfermos por intermedio del médico».

Los laboratorios pueden recibir sangre de enfermos lejanos.

Los enfermos con complicaciones que exijan cama serán hospitalizados.

Todo Dispensario existente, de cualesquier origen deben subsistir, pero la dirección técnica debe ser una función del Estado, a fin de mancomunar todos los esfuerzos y uniformar los procedimientos de curación. De otra manera la anarquía en un servicio que va a ser tan grande y tan complejo durante los 3 años de lucha, sería tan perjudicial que mereciera el desprestigio público y ahuyentaría los enfermos.

En los campos que forman la mitad del país, también existen las dos plagas. Proviene del contagio que llevan los jóvenes que van a las salitreras a ganar su pan (allá donde el 75% de los obreros están infectados. La mortalidad infantil en la Pampa es horrorosa, la segunda generación desaparece. Igual cosa acontece con los que buscan trabajo en los puertos o en las ciudades. Los inexpertos Huasos, músculo de nuestras industrias, escudo de nuestra defensa nacional, trasplantados a las ciudades en la esperanza de mejorar su situación, sencillos, llenos de vida, incautos, sugestionables, amigos del trago, cuando llegan a la Estación de una gran ciudad y el amigo que va a esperarlo, comprovinciano—«que ya es un hombre muy sabido»—lo lleva a conocer la ciudad empezando por una cantina y terminando en un lenocinio. El huaso en la flor de la edad, nunca había conocido las grandes facilidades que le brinda el Municipio. Exaltado en su imaginación soñadora, comparte su pensamiento entre la ocupación que ha adquirido y el recuerdo tan grato de la amiga que lo recibió entre caricias y placeres. A qué pensar en casarse, a qué cumplir con la prometida que dejó en el campo, cuando aquí son tan fáciles las niñas, tan elegantes y que no le crean ninguna obligación responsable? A los 10 días de vivir de desvaríos y ensueños amorosos aparece en su cuerpo una pequeña erosión, sin dolor: ¡el chancro duro, que le ha brindado el ángel de sus pensamientos! con permiso del Municipio. Esta es la primera manifestación de la tra-

gedia que quizás le va a amargar toda su vida. El amigo le dice: eso *no es nada, todos estamos iguales*, y el huaso triste, a medio curar vuelve a su tierra, ahora si que cumple su compromiso, necesita una mujer que lo cuide, le procure el reposo que requiere su potente músculo, ninguna enseñanza ha recibido, ni ninguna autoridad se opone a que contraiga matrimonio. Espera su anhelado hijo, vienen abortos tras abortos, al fin viene uno que se rehace con la vida sana del campo, cadáver viviente que más tarde por desaparecer ese hijo víctima de la pneumonia, del catarro intestinal o de ataque cerebral, no le hace pensar que él es el causante de esa desgracia. Nadie le dice que se trate, y en caso de oír este consejo de algún médico que por casualidad haya consultado, no tiene recursos como tratarse, ni establecimientos públicos donde le obsequien la medicina para tratarse, ni laboratorios que le certifique la curación de él, de su mujer y de sus nuevos hijos.

La gonorrea en los campos es la más constante preocupación de los casados.

Distribuyen la plaga roja los conscriptos que vuelven a sus hogares, los guardianes rurales, los carabineros, los comerciantes viajeros, especialmente los faltes, los arrieros, los campesinos que de tiempo en tiempo vienen a las ciudades a traer mercaderías, las pobres muchachas venidas a Santiago a servir a cualquiera casa, las más veces a cantinas, hoteles de tercer orden, a casas de ninguna vigilancia y también reclutadas por las viejas viajeras que con promesas y engaños las conducen a las casas de tolerancia. Otras vuelven abandonadas por sus amantes, llevando infecciones que han contraído.

¡Cuántas veces en el Hospital hemos recibido confesiones que nos demostraban que las sugestionadas y reclutadas a las casas de vicio, mantenían vivo el amor y la ternura de su hogar; eran seres regenerables!

En Chile el esfuerzo municipal, el de las sociedades, el de la Beneficencia, es muy digno de encomio, pero eso es simplemente una gota de agua en el océano de males.

El Estado Mayor General de la lucha antivenérea, debe ser dependiente de la Dirección de Sanidad, ya que no existe un Ministerio de Higiene, Beneficencia y Asistencia Médica.

He aquí el resumen de un plan para luchar durante 10 años al exterminio de las enfermedades sociales

Se estima que bastan 3 años para atacar la sífilis de marcha normal.

La población de Chile es 4.000.000 de habitantes más o menos.

Si el 10% enferma de sífilis, habrían 400.000 habitantes atacados de este mal; 100 mil buscarán tratamiento sólo desde el 4.º año de implantación del régimen de defensa, porque entonces se apercibirán de su mal a causa de la propaganda hecha por los 300 mil en curación, o que la reacción de Wassermann o la sifilimetría descubrirá. La mayoría de estos 100 mil, que ignoran estar afectados, son hereditarios, y con revelar la enfermedad, obligan a sus padres a curarse.

De los 300 mil restantes atacados, queremos creer que, 100 mil serían tratados por sus propios recursos privadamente, otros en los cuerpos colegiados del Estado: Marina, Ejército, Carabineros, Policías, en algunos Hospitales y Dispensarios, tanto de la Beneficencia como de la Municipalidad. Restan, pues, 200 mil enfermos de sífilis, que urge tratarlos en los primeros 3 años. Tomamos en cuenta que no aumentará nuevos, debido a la prevención, y el individuo ilustrado por la enseñanza que dá a cada enfermo el médico que cura, debido a la profilaxia obligatoria, impuesta a los enfermos de los cuerpos citados más arriba o en los Dispensarios, y por el abaratamiento de ese profiláctico que previenen el contagio en la primera hora después de la exposición, debido a que se impedirá la entrada al país a todo individuo que arribe con las manifestaciones de la plaga roja, o de la blenorragia; debido a la disminución de las enfermedades venéreas, por reclusión obligatoria de la portadora o del portador en los Hospitales de Beneficencia, o en los Hospitales especiales, y por mayor vigilancia sobre el clandestinaje.

Nuestro cálculo versa sobre 200 mil sífilíticos en el primer ciclo de 3 años. Proponemos:

1.º Una Dirección Central, especie de Estado Mayor, que dirigirá el combate en toda la República, con inspectores de Dispensarios y de Laboratorios, con un plantel de enseñanza de Venereología, que abarca Fisiología, Higiene, Ciencia sexual, Dermatología, Sifilidología, Vías urinarias, Ginecología, Bacteriología, Serología; con una sección destinada a instruir con lecciones, folletos, afiches, publicaciones, etc., etc., con una sección Estadística.

2.º Dispensarios modelos bajo la dirección de un *médico jefe*, de un *médico serologista* encargado de las reacciones de Wassermann, del examen microscópico de los microbios que causan estas dos grandes enfermedades, y de la estadística y de la propaganda, de 10 enfermeras o practicantes perfectamente preparados en la atención de esta clase de enfermos. Los médicos jefes del Dispensario y serologistas deben ser especialistas en Venereología. De estos Dispensarios Modelos existirán 22 en el país: 10 en Santiago, 4 en Valparaíso, 2 en Concepción, y uno en cada uno de los lugares siguientes: Iquique, Antofagasta, La Serena, Talca, Temuco y Valdivia.

3.º Dispensarios de 2.º orden, en que el jefe será el médico de sanidad, del Departamento o el de Ciudad, o alguno de los residentes con preparación en la curación de esta especialidad con un sobre emolumento, quien tendrá a su cargo un Serologista: Tacna, Pisagua, Taltal, Copiapó, Freirina, San Felipe, Quillota, Viña del Mar, Melipilla, Rancagua, San Fernando, Chillán, Curicó, Linares, Cauquenes, Talcahuano, Coronel, Los Angeles, Victoria, Osorno, Ancud y Punta Arenas; 22 laboratorios de segunda clase. Pero yo concibo tener un médico sanitario en cada Departamento.

En los laboratorios, se hará la reacción de Wassermann de una circunscripción territorial que le sería asignada.

4.º Por fin aprovechando los médicos de las respectivas localidades del país, que a nuestro juicio deben ser elegidos entre los que hubieren seguido cursos especiales de Venereología, habrá 59 Dispensarios de tercer orden en Arica,

Negreiros, Tocopilla, Chañaral, Huasco, Vallenar, Vicuña, Coquimbo, Ovalle, Illapel, Combarbalá, Petorca, Ligua, Putaendo, Los Andes, Llay-Llay, Calera, Casablanca, San Antonio, Puente Alto, San Bernardo, Buin, Rengo, San Vicente de Tagua-Tagua, Peumo, Chimbarongo, Santa Cruz, Vichuquén, Curepto, Constitución, San Javier, Parral, Chanco, Quirihue, San Carlos, Bulnes, Yungay, Tomé, Nacimiento, Mulchén, Lota, Arauco, Lebu, Cañete, Collipulli, Ercilla, Angol, Traiguén, Lautaro, Curacautín, Pitrufquén, Nueva Imperial, Corral, La Unión, Río Bueno, Puerto Montt, Calbuco, Castro y Quinchao. Total 103 Dispensarios, para todo el país únicamente por 3 años y destinados a devolver 200 mil enfermos completamente curados, que de otro modo iría la mayoría a poblar las casas de Orates, las cárceles o a aumentar el número de bolcheviques.

El gasto destinado a los Dispensarios son elevados el primer año de instalación, mucho menos en el segundo y tercer años. Serán reducidos a la mitad el cuarto año, a la cuarta parte desde el 7.º año para dejar establecido definitivamente a contar desde el 9.º año, los Dispensarios fijos.

Los 22 Dispensarios de segunda clase mucho menos onerosos, porque serán servidos por médicos que tienen otras atenciones establecidas en los Hospitales de ciudad.

Los de tercera clase costarán mucho menos si se tiene presente que serán atendidos por los médicos residentes. La reducción de Dispensarios después de tres años se impondrá porque el tratamiento sería dado sólo a 100 mil enfermos. El 7.º año quedará una planta para atender 50 mil afectados, que aun necesitan prolongar el tratamiento a los rezagados por ignorar el mal y los nuevos enfermos que hubieren sido recientemente atacados.

Ya el 10.º año podrá la República mirar con frente alta ante de las demás naciones civilizadas, habiendo extirpado, desarraigado de su población la sífilis y la blenorragia, y haber dejado reducido sus Dispensarios a un servicio común de sanidad.

Se gastarán, según cálculos numéricos, \$ 4.192,800 el primer año de trabajo. El segundo y tercer años (descontando los gastos de las instalaciones ascendente a \$ 1.445,000) el costo sería \$ 2,747,800 por año.

El ciclo de 4.º, 5.º y 6.º años se dedicaría a atender a los 100 mil enfermos, demandaría gastos, la mitad del anterior: \$ 1.375,900.

En los años 7.º, 8.º y 9.º, se tratarían 50 mil enfermos con gasto de 686 mil 950 pesos.

Después del 9.º año la organización estable estaría en relación con los pocos casos que existieran en el país, y por el resto de los 400 mil enfermos sobrevivientes.

El 10.º año, terminada la lucha contra la sífilis y la blenorragia, la Dirección de Sanidad se encargaría, por intermedio de una Sección reducida, de atender los casos esporádicos, porque es de esperar que la propaganda hecha en los diez años, personalmente a 400 mil enfermos y la de la instrucción sexual de los establecimientos de educación, como la suministrada en las instituciones benéficas, así como la abolición de la prostitución y reclusión de los contagia-

dos disminuirá el número de enfermos. El 10.º año el gasto no ascendería a 100 mil pesos. En 10 años el Estado ocuparía 16,476,950 pesos.

En el primer año de la lucha antivenérea se gastaría un peso 8 centavos por habitante, lo que no es mucha contribución. El segundo y tercer años el gasto sería de 60 centavos por cada habitante, el 4.º, 5.º y 6.º años 34 centavos, 7.º, 8.º y 9.º años 17 centavos, y posteriormente no más de 10 centavos por habitante. Estados Unidos que todo lo tiene hecho gasta 15 pesos chilenos por habitante para toda enfermedad.

Newman, médico jefe del Ministerio de Higiene de Inglaterra establece que la salud y el vigor físico del pueblo son la principal riqueza de una nación. Siendo Chile el país de mayor natalidad conocida, pierde 50 niños de cada 100 muertos de todas las edades.

La duración de la vida en la sífilis en Chile es inferior a 15 años comparada con los sanos.

Veamos ahora la pérdida del Estado en 10 años. Si estimamos que un hombre vale 10 mil pesos en la producción, en Chile, en otros países se calcula 100 mil. Chile pierde 30 muertos por mil habitantes, es decir 133,333 hombres cada año; si el 10% muere por sífilis, blenorragia y sus consecuencias, es decir, 13,333 habitantes por enfermedades venéreas, significaría una pérdida de 133.333,000 de pesos por año, o bien 1,333.333,000 de pesos en 10 años. Además 400 mil enfermos de sífilis rinden 10% menos de dinero que los sanos. Como 400 mil sanos valen \$ 4,000.000,000, el 10% de menor valor es 400.000,000 de pesos de pérdida por año, lo que en 10 años es 4,000.000,000, que sumados a 1,333,300,000 ya citados dan 5,333.300,000 pesos de pérdida en 10 años si se gasta los 16.476,950 pesos en la lucha contra las enfermedades sociales durante 10 años. Disminuyamos lo que queramos y siempre resultará fantástica la cifra que representa en dinero la pérdida de la riqueza nacional.

Se ha calculado que se puede atender en un Dispensario que tenga dos médicos y 10 enfermeras, 300 enfermos al día, lo que da 1,800 distintos enfermos en 6 días, y como el tratamiento dura 6 semanas (con un mes de descanso, se puede atender nuevos enfermos durante el reposo, lo que daría 2,000 enfermos por semana, los mismos que serán tratados durante 3 años, y con 103 Dispensarios que hemos creados, se asistirían 206,000 enfermos, que al fin de ese período entrarían sanos a la población del país.

Cuando la enfermedad ha sido curada tardíamente o hay complicaciones tenaces, el tratamiento ocupa dos ciclos (seis años).

La base del tratamiento es aplicar el neosalvarsan.

El mercurio, que es un medicamento útil, para ser aplicado requiere tino, paciencia, y en ciertos casos especiales es irremplazable, sobre todo si el neosalvarsan no es tolerado por el enfermo.

Esperando la mejor aplicación del bismuto, y de otros metales pesados en estudio, para tener otra ayuda, preveemos que el tratamiento racional del porvenir será la Seroterapia.

Pero es menester uniformar la aplicación de los tratamientos de modo que

todos los médicos de la República acepten el mismo criterio y conquistado por la ciencia, que ninguno piense distinto a otro, para no desorientar al paciente ni grabar en el médico un sentimiento de pesimismo. Esto se consigue borrando la frontera de especialistas; todo médico debe ser igual a otro en Enfermedades Venéreas, Ginecología, Urología, Bacteriología y Serología.

El doctor Arturo Vernes dice: «La sífilis no se propaga sino por tontera, ignorancia o apatía, y favorece la difusión del cáncer y de tuberculosis.»

El pánico moral de dar a conocer su enfermedad se puede corregir admitiendo en nuestros Dispensarios toda clase de enfermos, reteniendo a los venéreos, que se estudian y se tratan en salas separadas, y enviando a los enfermos atacados de enfermedades distintas a éstas, a Dispensarios de la Beneficencia o de la Municipalidad, cercano de los cuales deben funcionar estos Dispensarios especiales, que no deben tener ningún título que llame la atención.

El mismo doctor ha escrito: «La sífilis no es una enfermedad vergonzosa, sino una enfermedad banal microbiana, que tiene fuentes múltiples y variadas de contagio y a la que están expuestos todos desde la cuna hasta la tumba, y el hecho de quedar indemne es una pura cuestión de suerte.» Debemos darles confianza y arrancarles los tormentos y martirios que invaden la mente de los enfermos, y que entristece al pensar que no pueden soportar los gastos de una curación tan larga.

Damos, pues, el tratamiento, los análisis y el medicamento gratuitos para todo el mundo.

La sífilis es curable, pero tarda a causa de los tratamientos actuales que son intermitentes o demasiado cortos.

«Es absolutamente demostrable, dice Vernes, que la supresión de la sífilis del mundo entero no es sino una cuestión de organización técnica para tratar los enfermos y según reglas serológicas precisas.»

DR. EDUARDO MOORE.

Roberto Meza Fuentes

El diálogo de los amantes

(Se apaga una canción. El triste vuelve de su ensueño y dice):

EL TRISTE



ODA la noche cantó la fuente como un pájaro.

Abrí la ventana y la alcoba en penumbra se llenó de luna y de canto.

Embriagado en la música me dormí en la noche como en un regazo.

Llegó la mañana y el frío y se fueron la luna y el canto.

Se deshizo el regazo que tejieron los rayos de plata a mis sienes febriles y a mis ojos insomnes surcados de violetas ojeras.

Miro la miseria de todos los días y es amarga la vida y erizada la senda de espinas.

LA ANIMADORA

(Entra resplandeciente con el primer rayo de la mañana).

La floresta se puebla de sátiros ágiles que danzan y cantan. Es bella la vida. Agito mi tirso florido; derramo racimos vibrantes; el yermo da flores azules; las piedras revientan de un temblor de amor; la aldea sacude su gesto de abuela y, como una niña jubilosa, ríe. La vieja casona colonial desnuda de enredadera se viste y, como un velo de novia, florece. Carabelas de cristal navegan en el aire, mar primaveral y fragante. Es bella la vida. Dancemos. Cantemos. Amemos.

CORO

Dancemos. Cantemos. Amemos.
Al cielo los brazos alcemos;
los sones alados cantemos;
cantando y amando, dancemos.
Dancemos. Cantemos. Amemos.

Cantemos la gloria del vino:
beber es un rito divino:
libar es un culto pagano:
cantemos el vino divino y humano.

El vino divino y humano cantemos;
con nuestras manos el jugo estrujemos,
a nuestros labios su esencia llevemos
y, al embriagarnos la danza, cantemos.
Amemos. Cantemos. Dancemos.

Es nuestra sangre como un vino ardiente,
el vino es la sangre inmortal de la viña:
nos mire el sol al nacer en Oriente
ebrios del aire que da la campiña.

Ebrios de un vino de amor y locura
que al embriagarnos nos haga danzar
y que al danzar en la atmósfera pura
aires de ensueño nos haga cantar.

EL TRISTE

Es dura la vida; en la entraña sangrante nos clava la garra y nos
deja una herida que nunca se cierra. En la dorada lejanía veo perderse
los árboles que parecen llamarme para colgar en sus cimas floridas mi
calavera de ahorcado, siniestra. La vida es madrastra: es dura y amarga.

LA ANIMADORA

Mi tirso florece y es mi báculo, mi cetro, mi espada.

EL TRISTE

Mi angustia se agranda y es toda mi vida.

LA ANIMADORA

Es la ruta del sol mi camino y la luna me teje con sus copos de nieve la túnica albísima con la que cruzo el silencio nocturno.

EL TRISTE

Rumores de guerra conmueven la tierra; días de llanto, de espanto y quebranto, oscuras miserias y torvas lacerias, como un humo gris me van ahogando.

LA ANIMADORA

Bebí mi vino y mi miel de locura: ciega erraré por la vasta llanura, me perderé por el monte, en la altura, ebria en mi vino de amor y locura.

EL TRISTE

Por la herida aleve que el amor me hiciera se fué de mi espíritu la azul primavera. En una otoñada vespéral y lenta, como un ala, sin que nadie la sienta, se va disolviendo mi vida violenta: cae como alada hoja amarillenta. Ella fué rebelde, viril, turbulenta y ahora se pierde como una hoja lenta.

LA ANIMADORA

Mis ojos viven del cielo extasiados y de mirar primavera en los prados. Hoy los senderos están encantados.

EL TRISTE

El pájaro que cantó en la noche murió en la mañana.

LA ANIMADORA

El árbol vibra como una campana.

EL TRISTE

Es silenciosa e inmóvil la planta.

LA ANIMADORA

Al que sabe oír el árbol le canta.

EL TRISTE

Toda alegría es efímera y breve.

LA ANIMADORA

Un río canta al fundirse la nieve.

EL TRISTE

El río a lo lejos cantando se pierde.

LA ANIMADORA

Florece a su orilla la floresta verde.

EL TRISTE

Pero la floresta se mustia y fenece.

LA ANIMADORA

Cuando fenece de nuevo florece.

EL TRISTE

Tu voz musical morirá algún día.

LA ANIMADORA

Le dará el cristal a otra melodía.

EL TRISTE

Se secará el firso de tu viña eximia.

LA ANIMADORA

Dará su sangre en la ardiente vendimia.

EL TRISTE

Mirar el mundo es llenarse de horror.

LA ANIMADORA

Florecerán tus entrañas de amor.

EL TRISTE

Pero, después del amor, moriremos.

LA ANIMADORA

Pero, después de morir, volveremos.

EL TRISTE

A llenarnos los ojos de llanto.

LA ANIMADORA

A estrujar el panal del encanto.

EL TRISTE

¿Y sobre la ceniza ardiente de mi amor
como en el tiempo antiguo podrá cuajar la flor?

LA ANIMADORA

Como una clara albada de cristal musical
al cantar de la fuente florecerá el rosal.

EL TRISTE

Como cuna de niño se llenará la fuente
de rosas que la brisa al besarlas reviente.

LA ANIMADORA

Un ataúd de Ofelia es la fuente florida:
el perfume le canta una canción de vida.

EL TRISTE

Viene una nueva brisa y ese perfume muere.

LA ANIMADORA

Pero despierta llena de color cuando quiere
y en flores cristalinas de su divina forma.

EL TRISTE

El hastío en la vida es la suprema norma.

LA ANIMADORA

Es la suprema norma en la vida el hastío
para el que no ha mirado el sol matutinal,
para el que no ha plantado su huerto junto al río
que es un camino azul, sereno y musical.

Para el que no ha regado con su sangre más pura
el encendido y diáfano corazón del rosal;
para el que se ha perdido entre la selva oscura
sin hallar el sendero del laurel inmortal.

Hay que tener los ojos serenos; en la altura
una flor luminosa nos viste de cristal,
nos sutaliza la divina envoltura
y mueve nuestros músculos un aire musical.

De los padres primeros somos una escultura
antes de conocer la fruta original;
toda la tierra siente una santa dulzura
y canta por la voz fresca del manantial.

EL TRISTE

Estéril es la tierra como un seno estrujado.

LA ANIMADORA

El corazón de la tierra es sagrado.

EL TRISTE

El sol ha de secar el canto de la fuente.

LA ANIMADORA

El cielo ha de mirarse en ella eternamente.

EL TRISTE

Los elementos deben un día terminar.

LA ANIMADORA

Su sinfonía es eterna como el mar.

EL TRISTE

El mar, en la corriente inminente y fatal,
naufragará en todo aliento elemental.

LA ANIMADORA

Muerta la aurora de hoy vendrá la de mañana
a despertar al mundo con sus dedos de grana.

EL TRISTE

Es amarga la vida y triste el pensamiento.

LA ANIMADORA

Para el que sabe ver es un florecimiento
y pensar es vivir en un encantamiento.

EL TRISTE

Leves hojas de otoño, les desparrama el viento.

LA ANIMADORA

La vida, como un hada, fecunda las auroras.

EL TRISTE

Como una bruja estéril va abortando las horas.

LA ANIMADORA

Con gracia inmaterial van bordando su danza
las horas melodiosas y el ritmo aéreo alcanza
a sumarse a la música de luz de las estrellas...

EL TRISTE

Vana inutilidad la de las cosas bellas.

LA ANIMADORA

Santa inutilidad, como un poeta canta
con una voz de seda que acaricia y encanta.

EL TRISTE

La eternidad perdura, lo efímero resbala...

LA ANIMADORA

Es eterno el temblor de la fuente y el ala.

EL TRISTE

La forma se deshace y la esencia perdura.

LA ANIMADORA

Es la esencia del rostro su plenitud más pura
y la línea cincela su eterna perfección.

EL TRISTE

Dura esa línea lo que dura una canción.

LA ANIMADORA

Una canción no muere: cuando se está apagando
para ti, vive en otros vibrando y resonando...

EL TRISTE

Amarga roca estéril es la filosofía.

LA ANIMADORA

En sus cumbres florece la más alta poesía.

Resuena a lo lejos una canción de primavera. Canta el coro. La animadora habla al oído del triste. Lo va llenando de flores. Un grupo de efebos y vírgenes, envuelto en luz rosada, lo rodea danzando un aire primaveral. Se retiran cantando el coro. El triste, transfigurado por la exaltación, dice:

EL TRISTE

Rincón de los convalecientes
y los adolescentes
florecientes;
sol matinal,
primaveral,
divino sol inmortal,
por tu contacto celestial
la sangre hierve y se alborota,
como un torrente irrumpe y brota
y va cantando y floreciendo
y esparciendo
sus claras rosas melodiosas
sobre el júbilo de las cosas
de la tierra virgen que espera
el beso de la primavera!

Canta el coro. El triste, más y más exaltado, a la animadora:

Que sea nuestro báculo de errantes peregrinos
el tirso que florece en tus brazos divinos!

La animadora le ha pasado el tirso. Y dice:

LA ANIMADORA

Los sátiros, en la gracia de un rito pagano y sonoro, hacen vibrar sus divinos cuerpos ágiles como una religiosa exhalación de la montaña. Van coronados de pámpanos y beben el musical jugo de la tierra, un licor de locura y amor que al dar a sus cuerpos un temblor más liviano, da alas a las fervorosas palabras que brotan de sus labios. Ellos beben y cantan y danzan y ríen. Dancemos. Cantemos. Amemos.

Canta el coro

EL TRISTE

Con exaltación.

Loca vendimia de la carne frágil, te siento perfumar la primavera con tu pámpano azul y tembloroso, con tu racimo rojo y palpitante.

En la copa de oro del pecado quiero beber hasta las heces como si bebiera en la palma del camino la miel que se destila en sus heridas: así un ave del cielo se embriagara en un bosque de sándalos benditos.

Quiero beber en tu oro perfumado, cáliz primaveral.

Me estremezco como una llamarada al sentir en la brasa de mis labios, copa de fiebre de un licor de fuego, la púrpura quemante de sus labios!

Bajo la vid de la locura nueva, vestida en claridad, la primavera florece en plena desnudez perfecta. Las serpientes de leche de sus brazos quiero sentirlas en mi barro humano, el tornasol de su mirada cálida me envuelva como un astro hasta la tarde en que caigan, como hojas del camino, mis pámpanos, racimos y semillas...

LA ANIMADORA

Hay una mariposa que se posa en la rosa;
una rosa que vuela es cada mariposa;
entreguemos al viento el alma jubilosa
como un vilano blanco que en el cielo se posa
y como estrella alumbra la tierra fervorosa...

EL TRISTE

Animadora mía, cantemos, dancemos, amemos.

Canta el coro.

EL TRISTE

Con locura.

La tierra divina y florida
revienta y estalla de vida
como una milagrosa flor:
si alzamos la venda a la herida
florece una estrella encendida
que a todos nos llena de amor.

La danza es un canto que encanta
que el tedio deshace y espanta
y al cuerpo le da ingravidez:
la savia es un himno en la planta
y el ritmo en la clara garganta
tiene un vuelo de santa avidez.

Dancemos. Cantemos. Amemos.
Los brazos en ágiles remos
abran surcos al mar de cristal.
Amemos, cantemos, dancemos,
por toda la vida crucemos
henchidos de un ansia inmortal.

Canta el coro. Suena a lo lejos una música
de primavera.

ROBERTO MEZA FUENTES.

Luis D. Cruz Ocampo

Nuestros Poetas

por Armando Donoso



A Antología que acaba de publicar Armando Donoso presenta omisiones que acaso hubiera sido mejor evitar. Pero no obstante esta circunstancia, me parece que el mérito general de la obra no resulta en definitiva perjudicado. En efecto, se nos ofrece una vista panorámica de la evolución de la poesía nacional; y los poetas cuyas obras no aparecen en el texto presentan características espirituales que ya están señaladas con la labor de otros poetas. Sin embargo, es evidente que cabe discusión acerca de qué autor puede representar mejor que otro una corriente artística determinada. Pero aún en la hipótesis de que se llegaran a aceptar algunas de esas posibles sustituciones, las orientaciones ya marcadas en la colección no cambiarían sino que resultarían reafirmadas.

Donoso ha dividido el desarrollo de la poesía nacional en tres épocas que marca con otras tres fechas precisas del calendario. No pretendo, en modo alguno, sostener que esa división cronológica no corresponde con mayor o menor aproximación a la verdad. Pero de todos modos a título de simple curiosidad quiero señalar otra división de las muchas que pueden hacerse en el camino de la poesía nacional. Ateniéndome, pues, a los asuntos o temas que preocupan a los poetas y al modo de desarrollarlos, o más exactamente a los fenómenos de la sensibilidad y de la inteligencia que presentan en sus obras puede dividirse la historia de nuestra poesía en tres periodos, a saber: el primero, desde Pablo Garriga hasta Gustavo Valledor Sánchez; el segundo, desde Julio Vicuña Cifuentes hasta Antonio Bórquez Solar; y el tercero, desde Magallanes hasta hoy. En esta época debería incluirse, a mi entender, a Luis Felipe Contardo que Donoso coloca entre los de su primera época, o sea entre los anteriores a Magallanes. No aparece claramente manifesta la razón que haya tenido el autor para hacer la clasificación de Contardo. En efecto, si la base de la clasificación es la fecha del nacimiento, Contardo debe quedar después de Magallanes; igual cosa sería si la base es la fecha de la primera publicación. Quedaría suponer que se ha hecho una clasificación

en atención a los asuntos que interesan al poeta, pero no es este el sistema que ha aplicado el autor en el resto de la obra.

La primera época estaría caracterizada por su falta de espíritu poético propiamente dicho. Los escritores parecen no advertir los fenómenos de su vida interna y ni aún saben ver la vida de la naturaleza, sino como accesoria para adornar sus asuntos principales. La segunda época empezaría con Julio Vicuña Cifuentes cuya sensibilidad es afectada por asuntos muy diversos de los que preocupaban a sus antecesores, como lo comprueban los temas de sus obras. Desde luego aparece el poeta preocupado por el arduo problema de la finalidad de la vida; manifiesta interés por el dolor humano y su sensibilidad alcanza hasta llevarle a interesarse por la vida de los animales, a quienes consagra algunos de sus mejores trabajos. Comienzan también en esta época a aparecer los temas de índole social en los que el poeta aboga por el mejoramiento del trabajador o se siente atraído por lo que hay de heroico y resignado en su existencia. Lillo canta, entonces, al arponero; Diego Dublé Urrutia, al minero, los amores de los pescadores, las tristezas de los indios despojados de sus tierras, las fiestas populares, como la Bendición de San Pedro y otras. Contreras inicia la interpretación del paisaje como un estado de alma. Todos tienen de común entre sí un cierto tono o resabio romántico que no aparece en los poetas del último período.

Desde Magallanes en adelante parece que cambia totalmente la sensibilidad de los poetas. Sería sin duda demasiado extenso el detenerme a examinar aquí la obra de cada uno de los treinta y ocho o más poetas que abarca la antología de Donoso a contar desde Magallanes hasta Romeo Murga. Pero el repasar, aunque sea ligeramente, su obra es bastante para apreciar, en líneas generales, la enorme diferencia que existe entre los autores del segundo y tercer períodos, en lo que se refiere a la variedad y naturaleza de los asuntos que afectan su sensibilidad. La única excepción en este grupo la constituye Víctor Domingo Silva que es indudablemente un romántico; pero un romántico especial que sólo tiene del viejo romanticismo el impulso lírico, la palabra exaltada, el gesto heroico y el espíritu bravío y acometedor; pero, al mismo tiempo en algunas de sus más bellas composiciones aparece la delicada sensibilidad, que caracteriza a los poetas de este grupo.

Donoso ha formado un tercer grupo con los poetas que se han dado a conocer a partir desde 1920. Pero si se juzga a estos autores por los fenómenos de su sensibilidad, no creo que pueda llegar a establecerse diferencia esencial alguna. Por lo menos los trabajos que aparecen en la antología no dan motivo, según este criterio, para hacer separación alguna con el grupo anterior en el que están Magallanes, Gabriela Mistral, Pedro Prado, Ernesto Guzmán, Jorge Hübner, Domingo Gómez Rojas, Angel Cruchaga, Juan Guzmán Cruchaga y otros.

* * *

El interesante discurso sobre la evolución de la poesía chilena que ha puesto Donoso a modo de prólogo a su Antología toca diversos problemas de muy alto

valer para los estudios literarios. «Hasta donde—se pregunta el autor—el ambiente de un pueblo determina su producción espiritual?» Parece que Donoso no atribuye al ambiente sino un efecto restringido, con lo que, evidentemente, coloca la cuestión en su verdadero terreno. La fuerza creadora que es la determinante reside esencialmente en el individuo y no en la masa o en el medio físico. No importa esto negar influencia del medio sino establecer la exacta relación que tiene con el autor. El medio es causa pero es también resultado. Una causa, dice Bourget, pues las cosas ambientes influyen profundamente sobre los caracteres, y desde el amoblado hasta el clima no hay nada que no entre en la serie infinita de las pequeñas impresiones que forman el yo; un resultado, porque la persona humana tiende a representarse en las cosas que la rodean y a prolongarse en ellas. La pieza en que vive un hombre llega así a ser la figura externa de sus hábitos y de sus actitudes (1). Además, la influencia de estos factores externos no alcanzan a modificar lo esencial del carácter debidamente formado. Su acción será, pues, variable según que obre sobre individuos de una personalidad fuerte y bien definida o sobre uno de carácter débil y borroso. Así será muy escaso su ascendiente sobre el hombre de genio, o sea el creador; un poco más marcado sobre el simplemente genial, o sea sobre el que se dedica a interpretar de algún modo obras creadas por otro; y más intensa aún sobre el genialoideo o sea sobre el que tiene todo el aspecto externo de un creador pero en realidad no crea nada. Hay por fin otros individuos de temperamento menos resistente que sucumben totalmente a la influencia del ambiente.

Trasladando esta misma cuestión a otro terreno, podremos apreciar la influencia del ambiente social sobre individuos de temperamento morbosos. Podemos ver que el hombre normal resiste las sollicitaciones de un medio ambiente dañoso; y que ciertos tipos de criminales no son accesibles a la menor influencia moralizadora de un medio ambiente sano. Estos tipos no son, pues, modificados por el ambiente. En ambos casos tenemos que, con las debidas diferencias la influencia del ambiente no se hace sentir sino en proporción inversa a la intensidad del carácter del sujeto. El genio creador no puede, en consecuencia, ser influido sustancialmente ni menos anulado por la hostilidad del medio.

Por lo contrario, el genio creador se forma ambiente por medio de todos los espíritus cuya organización es virtualmente semejante a la suya. Su ambiente espiritual puede así no coincidir con el medio ambiente social que le rodea. La historia literaria está llena de casos que podrían servir de ilustración a estos asertos. Pero, para no citar sino los más recientes, basta recordar el caso de Heine tan poco estimado en Alemania como celebrado en Francia; el de Poe que encuentra también en Francia mejor y más cordial acogida que en su propio país donde las gentes suelen mirarle con cierto desdén. Así, pues, una literatura no revela a la colectividad donde ocasionalmente ha sido producida, sino en cuanto esa colectividad adopta y admira esa literatura y se siente representada en ella. En efecto, todo escritor precipita, por decirlo así en términos de qui-

(1) Bourget-Essais de Psychologie Contemporaine, tomo II, pág. 209, Plon, 1920.

mica, a todos los individuos que les son afines por sus calidades espirituales. Por tanto, en virtud de esta ley de la similitud psicológica, quien entiende al Dante posee condiciones espirituales análogas a las del poeta florentino. Sin embargo, el admirador no podrá jamás escribir la Divina Comedia porque sus facultades son simplemente receptivas o pasivas y no activas o con virtud creadora. Esta misma ley de la similitud psicológica nos permite, además, juzgar las condiciones del autor por las de sus admiradores. Por ejemplo, es evidente que si un autor es el preferido por los cocheros o chóferes, o por otras gentes de este mismo grado de cultura, es porque ellos encuentran allí su ambiente, sus pasiones groseras, sus apetitos bajos, sus inclinaciones violentas; en una palabra, su ordinariez de espíritu. Si tales condiciones no estuvieran allí aquellas personas no podrían sentirse atraídas y ni siquiera entenderían la obra.

De aquí también que para juzgar con acierto una obra de arte no es necesario, en modo alguno, haber producido obras semejantes. Es frecuente oír decir a los poetas que para juzgar un verso es preciso ser también poeta, en el sentido de haber escrito o publicado versos. Igual cosa suele repetirse acerca de las condiciones para criticar o estudiar una obra teatral o una novela. Tales afirmaciones son totalmente erróneas si con ellas se quiera decir que el crítico debe haber escrito versos, obras teatrales o novelas antes de emitir su opinión. Sólo puede aceptarse aquello de que para juzgar una poesía es necesario ser poeta en el sentido de la similitud psicológica. De este modo llegaremos a ver que en muchos casos puede haber mayor diferencia espiritual, y por tanto mayor incompreensión mutua, entre dos poetas, dos novelistas o dos dramaturgos que entre uno de ellos y el crítico que juzga su obra.

Finalmente, para terminar estos comentarios acerca de las relaciones del artista con el medio, conviene recordar un caso que nosotros hemos podido apreciar en todos sus detalles. Quiero referirme al caso de Rubén Darío cuya sensibilidad artística y cuyo talento no pueden derivar del medio en que vivió primero en Nicaragua y después en Chile. Más aún, su temperamento poético es manifiestamente opuesto al medio; y no obstante, consiguió prosperar y acrecentarse, aunque fuera entre las burlas de unos, la incompreensión de otros y la indiferencia de todos. También conviene llamar la atención hacia el hecho de que en un mismo medio se producen los más variados y contrarios temperamentos de escritores. Es evidente que un solo medio no bastaría para explicar la presencia de autores cuyas cualidades fundamentales son contrarias. La literatura de todos los tiempos confirma el aserto de que hay tantos ambientes como talentos capaces de revelarlos o determinarlos.

* * *

«La historia de todo el siglo XIX—dice Donoso—no es más que un largo ensayo que no define su carácter». En perfecto acuerdo con esta idea cabe, sin embargo, preguntarse si en este primer cuarto del siglo XX ha alcanzado la poesía en Chile aspectos particulares que le den un carácter especial. Sería di-

ficil contestar afirmativamente a esta cuestión, pues, aunque tenemos verdaderos y altos poetas sus producciones, en conjunto, no logran interesar sino a un grupo más o menos amplio o reducido, pero que siempre es el mismo. Por otra parte ya se han hecho esfuerzos para injertar el espíritu de chilenidad en nuestra literatura. El mismo Donoso constata el fracaso de semejante empeño que no pasó más allá de proporcionar decoraciones fastidiosas para cuadros interminablemente repetidos. Por suerte, se vió luego que todo aquello era falso, y cada cual recobró su libertad de acción; y fué a buscar su propia personalidad por un camino diferente.

El hecho de que los poetas actuales no logren interesar y representar a la colectividad nacional es un verdadero motivo de elogios para ellos. Sería inferir una gratuita y terrible ofensa a Gabriela Mistral, Prado, Ernesto Guzmán, Jorge Hübner, Cruchaga Santa María, y otros muchos el suponerles afinidades psicológicas con la colectividad nacional en general. Durante mucho tiempo todavía esta masa vulgar y analfabeta no podrá tener otros representantes que sus diputados.

Por otra parte, parece que nosotros no poseemos elementos que puedan servir de base a una producción característica en la que haya una sensibilidad propia. No hemos tenido esa poesía primitiva que guarda modos originales de ver y sentir la vida a través de mitos o fábulas poéticas. Nuestra literatura ha sido rudimentaria pero nunca primitiva. Por lo contrario, desde los más lejanos tiempos hemos tenido que vivir necesariamente de las imitaciones; y hemos sido traídos y llevados por las corrientes de las modas como un cuerpo sin dirección o un individuo débil de carácter.

Donoso disculpa la pobreza de nuestra producción artística durante el siglo pasado con diversas razones que, no obstante su calidad y número no alcanzan a disimular la dolorosa verdad de que nuestra aridez artística se debe no al medio sino a la falta de hombres con sensibilidad de poetas. En este punto Donoso se siente empujado a atribuir al medio un efecto más poderoso que el que realmente le corresponde, según lo que ya llevamos dicho. Estima que no era posible esperar una literatura floreciente, o siquiera de mediano valer, en momentos en que se vivía con el arma al brazo, en lucha sostenida con los indígenas indomables. Ni cuando el país estaba preocupado de darse sus leyes civiles o políticas, o se atareaba en la organización de sus escuelas o en el establecimiento de sus ferrocarriles. Mas, me parece que todos estos factores bien pudieron dar a los espíritus una orientación determinada pero no suprimir la vida espiritual. Por otra parte, los pueblos no han esperado vivir en paz y sin preocupaciones para permitir que nacieran hombres de sensibilidad artística extraordinaria. En todas las épocas han aparecido estos seres privilegiados sin sujeción a las tareas que realizaba el pueblo. Si así no hubiera sido, los pueblos primitivos que vivían en constante lucha armada no habrían podido tener los poetas que cantaron sus hazañas o idearon sus fábulas. Especialmente Grecia vivió en continuas guerras; además, su pueblo tomaba realmente parte en la

discusión de las leyes; sin embargo, pudieron producir los más altos artistas de todos los tiempos.

Nosotros, en cambio, solo podemos hablar metafóricamente de que estábamos ocupados en redactar nuestros códigos o en fundar nuestras escuelas o en abrir vías férreas o en combatir a los araucanos. La verdad es que jamás nos preocupó la legislación, y no hemos tomado parte alguna en la discusión de las reglas del comodato o en las atribuciones de los poderes públicos. Esas fueron preocupaciones de dos o tres personas que lo hicieron todo. Más aún, la legislación despertaba tan escaso interés en los individuos que las comisiones que designó el Gobierno para que redactaran el Código Civil se fueron reduciendo poco a poco hasta que no quedó más que don Andrés Bello. Ahora bien, ¿por qué razón mientras Bello reglamentaba las acciones posesorias los demás habitantes del país no tenían tiempo para manifestar sus aficiones artísticas y para cultivarlas como les diera la gana? ¿Por qué los demás no tenían tiempo para eso cuando lo tenía don Andrés Bello, el único que se ocupaba de la legislación, para hacer una obra literaria considerable? ¿De qué modo la expedición libertadora al Perú o los afanes de Sarmiento que organizaba la instrucción primaria pudieron hacer desaparecer o ahogar en germen la vida del genio creador.

Poseemos un medio ambiente físico muy semejante al de la Grecia clásica: clima moderado, territorio ampliamente bañado por el mar, tierras poco fértiles, etc., etc. Tenemos entre otras ventajas la de que disfrutamos de paz; y tenemos un sistema político que no nos obliga a tomar parte en la discusión de los asuntos del Estado. Sin embargo, mientras los propios legisladores griegos cultivaban las artes nosotros no tenemos oportunidad de mostrar nuestros gustos artísticos y educar nuestro espíritu, porque dos o tres personas están, en el silencio de sus gabinetes redactando leyes civiles o discuriendo acerca de la organización de la instrucción primaria. Todas las literaturas se han formado no obstante las guerras o los movimientos o preocupaciones del pueblo; y han reflejado estas inquietudes o aquellas glorias. En el estado social caótico de la Edad Media, cuando las gentes vivían bajo la amenaza de los saqueos y de las rapiñas de los señores, los poetas iban, no obstante, de castillo en castillo cantando las hazañas de los guerreros o las angustias de sus almas. No me parece, pues, que en el medio ambiente pueda hallarse la razón de nuestra lamentable aridez espiritual. Ahora bien ¿cuáles serán, entonces, las causas que han impedido la producción de individuos de sensibilidad artística desarrollada? Es evidente que si no están en el medio ambiente tendrán que estar en el sujeto. Y he aquí el problema que acaso pueda resolver satisfactoriamente la etnología. Esta nos dirá hasta qué punto nos han sido desfavorables los cruzamientos con raza indígena que han producido la población del país. Tal vez se pueda calcular el efecto deplorable que puede haber tenido para la intelectualidad de la raza la circunstancia de que los conquistadores españoles se reprodujeran en mujeres araucanas o indígenas, ya que la mujer, como el elemento conservador de la especie, transmite sus características raciales a la descendencia. Quizá si encontramos en-

tonces que para llegar a la capacidad artística ha sido necesario ir eliminando generación tras generación las influencias funestas de una raza manifiestamente inferior desde este punto de vista.

* * *

En otra parte de su discurso formula Donoso diversas apreciaciones muy exactas sobre los valores artísticos que nos ofrece el período que llama con acierto «nuestra edad media ni enorme ni delicada». Luego traza, con pleno dominio del asunto, el camino vacilante del gusto artístico en el país, hasta llegar a los tiempos actuales que no podrían ser llamados de Renacimiento sino únicamente de nacimiento. Acaso ahora no diría Menéndez y Delayo que no somos sino un país de juristas y de historiadores. En efecto nuestros historiadores se van extinguiendo; nuestros legisladores desaparecieron hace ya muchos años; y nuestros poetas empiezan ahora a endulzar el aire patrio agitado antes por las tempestades, los ciclones y, los volcanes que manejaba Pedro Antonio González.

Ha hecho Donoso una obra muy útil al imponerse la tarea de esta Antología que solo él, con las cualidades de trabajador extraordinario y estusiasta, que le son propias, podía llevar a cabo cumplidamente. La mayor parte de los lectores no siempre se toma el trabajo de pensar la enorme suma de labor que representa la confección de una obra como esta. Acaso se cree que solo se trata de reunir materialmente los trabajos de todos o de la mayor parte de los poetas. Pero no se tiene en cuenta que la selección importa un trabajo crítico lento y difícil de desarrollar. Luego de encontradas las orientaciones más definidas de la literatura será preciso seleccionar de entre las obras de cada poeta aquellas que representan más claramente sus tendencias espirituales. Solo después de esa enorme labor es posible presentar una vista panorámica de la vida de la poesía, como la que nos ha presentado Donoso.

Después de leer su discurso preliminar, lleno de fe y cálido de entusiasmo, se llega a pensar que acaso esté lejos todavía el día terrible anunciado por Renan en que el artista será una cosa inútil. Las ideas y los conocimientos científicos en vez de destruir el espíritu artístico van permitiendo enriquecerlo cada vez más con las más variadas sollicitaciones. Y ya van corridos muchos años desde aquel en que Keats, al final de un banquete memorable, invitó a los asistentes a brindar por la execración de la memoria de Newton que había quitado a los poetas el encanto misterioso del arco iris. Mas los poetas sin tener ya aquel arco maravilloso siguen lanzando hacia lo infinito las flechas cada vez más agudas de su sensibilidad.

LUIS D. CRUZ OCAMPO.

Prosas sin finalidad

EL REPARTIDOR DE ILUSIONES...



N un tiempo pensé seriamente si la ocupación más elevada que conviniere a un espíritu inquieto y generoso— como pretendía ser el mío— no sería repartir un poco de ilusión, de alegre frágil y volandera ilusión, por los monótonos caminos del mundo. Creía que este mundo tan viejo, arrugado por la meditación y la duda, hastiado de los placeres y los dolores que se repiten, no requería ya más ciencia, ni más conocimiento, ni más verdades, sino una emoción liviana— que lo distrajera sin obligarlo a pensar—, como esa ingenua música de los circos, que en nuestra infancia nos parecía preludio del espectáculo maravilloso que daban los titiriteros y después, después que conocimos a Wagner y a Beethoven, continuábamos escuchando con simpatía.—Era un poco de nuestra alma antigua, sencilla, crédula, bondadosa y fantaseadora la que vagaba en esos ligeros compases que todos podían traducir según su estado de ánimo—alegre, melancólico—, según el tiempo—frío, caluroso; según las ideas que entonces nos dominaran.—A las cosas más abstractas era adaptable como los estribillos.

Y pensé en los medios que yo podría tener para realizar mi caritativo propósito de ilusionar al mundo.—Pensé en el Arte; pero el arte, desde que se ha convertido en el más difícil y caprichoso artificio, se ha aislado en las oscuras capillas como un avaro, y no tendrá sugerencia alguna sobre esas almas simples y hermosas—los labriegos, los niños, las muchachas de aldea—que yo quería impresionar.—Ni para nuestras multitudes incrédulas y excépticas—nuestras multitudes que leen manuales científicos y están suscritas a la Biblioteca Sociológica—sería eficaz un arte primitivo, lleno de verdades rudimentarias y de misterios cósmicos como aquél que las manos puras del Giotto pintaran en las bóvedas de Santa María Novella, y Dante en su fantástico poema.—Ilustres doctores se encargarían de descomponerlo en sus sutiles laboratorios: de apagar las lucécillas de ilusión que despertara en las almas para dejarlas sumidas en la duda, en la oscuridad.—Ni era tampoco la Ciencia mi objetivo: esta ciencia que violando misterios y secretos, descubriendo y ofreciéndonos todo, está a punto de convertir al hombre en un rey pletórico, sedentario y aburrido.

Miré entonces a esas profesiones humildes y errantes— la del buhonero, la del titiritero, la del organillero—que ante el desdén de las gentes egoístas y graves, arrostran los caminos de Dios repartiendo el contento en las aldeas internadas y en los hombres ignorantes,— Y pensaba en el alegre circo de payasos que deslumbrara mi niñez.—Eran como figuras escapadas de un iluminado libro de estampas, los equilibristas vestidos de azul o roja malla; las rubias saltarinas muchachas trepando sobre los briosos poneys, el que hacía de malabarista chino, sacando de sus manos como de un cesto inagotable volanderas cintas de todos colores: los clowns que se ahogaban entre sus tiesas golillas y abombados pantalones, los clowns cuyos nomhres ya invitaban a la risa... Anatolio, Cantalicio, Anacleto... En aras de la rubia italianita de las piernas hermosas, sacrificamos en boletos para la función todos los mezquinos centavos que conseguíamos entonces.—Ella nos dió la primera y electrizante visión de belleza.—Y comparándola con las tímidas y pacatas muchachas de nuestro pueblo, ¡qué desmirriadas y tristes nos parecían éstas con las faldas largas, las telas opacas y los antipáticos cuellos «María Stuardo», de moda entonces! Nuestra alma adolescente que aun no sabía de leyes morales ni hábitos sociales, hubiera querido—en un arranque de estética iconoclasta— que todas las muchachas llevaran, como Dorina, una trasparente malla rosada y lucieran las piernas desnudas.

En el buhonero pensaba, que con su caja de sorpresas y maravillas, cansado el cuerpo, pero contenta el alma, tarareando una canción caminera, llegaba a los escondidos caseríos.—¡Llegó el buhonero! Y las muchachas y las viejas abandonan los sembrados donde hacían la deshoja del maíz, para ir a comprarle el vistoso pañuelo que lucirán en la próxima fiesta; la efigie del santo que es patrono de las buenas cosechas, el espejito donde mirarse, la brillante sortija de abalorio, que a fe del buhonero no se oxida, como las de oro fino.—En estas ferias siempre toca a los chicos una corneta, una armónica, un trompo... Y en el organillero que ante el estrépito de las grandes ciudades, junto a la febril multitud que pasa a sus negocios, sus quehaceres y sus ambiciones, toca en su pianito las olvidadas músicas de antaño: no cesa de tocar aunque los carruajes le cerquen y la multitud le empuje, como enseñando a aquellos hombres apresurados que todo no es el minuto presente ni el negocio que ahora les perturba... que hay que dar algo al recuerdo, a la música, a la meditación y al sentimiento.—Siempre habrá un muchacho desocupado y un viejo poeta romántico que le escuchen.

Pero los respetos, prejuicios y conveniencias que han inventado los hombres para aburrirse y entristecerse más, retardaron hasta ahora mis propósitos.—Olvidando los propios dolores voy poniendo un poco de ilusión en estas prosillas hasta que me resuelva a salir por los caminos a repartirla, a esparramarla sobre las almas diáfanas—de los niños, de los viejos, de las muchachas aldeanas—, como esas flores silvestres que los labriegos arrojan al paso de la procesión.

L'ilesia



A «Laguna» se llama por la forma de semicírculo en que una veintena de chozas dispersas están encerradas en una ensenada que forman los primeros cerros de la cordillera en el Cajón del río Teno. En los días de neblina, mirado el semicírculo desde la altura, parece una laguna verdadera.

Le viene bien a dicho lugar el nombre de «Laguna», si se considera la psicología de sus habitantes, que son señalados como los más viciosos de la región del Guaico.

Por este motivo, todos los años se les proporcionaba una «misión» a los laguninos. Ese año estaba a cargo de un redentorista hijo de Francia, soldado de Cristo enflaquecido y talvez herido gravemente en heroicos asaltos a la ignorancia y a la incredulidad.

Había hecho su servicio militar y, cuando fué llamado por la patria para que se inolara, al poco tiempo de llegar a los campos de batalla de la Gran Guerra, murió volatilizado mientras decía la Misa en un reducto cerca de Arrás. Esto sucedió un año después de haber dado la misión en La Laguna.

Alto, seco, frugal en sus maneras, apacible para hablar y mirar, el padre Armando escondía bajo la sotana negra un haz de fibras de acero y un corazón en que podían caber todos los dolores de la Humanidad y encontrar refugio seguro y agradable.

Se había despojado de un inmenso caudal de erudición para ir a predicar la verdad a los laguninos, a esos pobres lisiados que en medio de la más abyecta promiscuidad, tenían cierto estigma marcado de degeneración: los hombres eran chicos y tenían cara de mulos; casi todas las mujeres cargaban coto en la garganta y tenían el impávido semblante de las ramerías campesinas, siempre dispuestas, siempre golpeadas por el macho brutal.

Nos paseábamos un día con el padre Armando por el largo corredor de las viejas casas de «La Laguna», mientras llegaba la gente a escuchar la prédica de la tarde, y me decía:

—Mientras más fieles seamos los misioneros en copiar la figura de Jesús,

mejor seremos atendidos por los pobres. El perdón, siempre el perdón: en esto consiste toda mi pedagogía: así las rocas dan agua y los corazones bondad.

«Pero los laguninos, agregaba, son reacios a estos procedimientos; los laguninos necesitan nacer de nuevo para alcanzar el honor de ser considerados como hombres, son demasiado ignorantes, están demasiado degenerados.

«La palabra divina rebota en el corazón de piedra de esta pobre gente y se necesitaría un milagro, un milagro enorme, para sacarla del reino animal y convertirla en un pedazo de humanidad.»

Yo escuchaba las palabras del padre Armando con emoción y podía ver mejor que nadie la verdad que resplandecía en ellas.

—Bien lo sabe Ud., continuaba, mirándome muy adentro en los ojos, Ud. que vive todo el año en el campo, Ud., que ha remediado tantas cosas en este lugar, Ud., que conoce la vida íntima de cada infeliz tan bien como yo...

—Pero Ud. me lleva una ventaja, reverendo padre, puesto que las oye directamente en el confesonario...

—Sí y nó. Yo las oigo, es cierto; pero estoy imposibilitado para remediarlas. Ud. las ve, talvez las palpa, y algo puede hacer en favor de esta metamorfosis que ambos deseamos efectuar con igual empeño.

«Yo estoy cansado de perdonar, de perdonar siempre y de oír la horrible realidad de esta gusanera humana engendradora de tantos seres inútiles y enfermos.

«Yo no me explico cómo ha podido acontecer esta atrofia de la personalidad humana en este rincón maravilloso de naturaleza tan exuberante, donde han vivido durante tantos años las mismas familias en el mismo estado de abandono.»

Hablaba el misionero como contestándose y tratando de sonsacarme todo lo que yo supiera sobre la misteriosa realidad que las misiones sucesivas no habían logrado desenmascarar.

—Recuerdo, empecé por decirle, haberle oído al viejo Pereira, el capataz del Peñón, en las largas conversaciones que con él sostuve en continuos viajes a la Cordillera que, en sus mocedades, conoció a una mujer, una vieja que se llamaba ña Chepa Díaz, que según él era la bisabuela de casi todos los laguninos. Esta tal ña Chepa murió de lepra. Había sido en su juventud una muchacha casquivana, famosa en el lugar por las frecuentes traiciones que hacía a su marido, un tal Mancilla. Entre los amantes de esta mujer se contaba *el turco José*, que era tuerto y tartamudo por tener en la lengua una verruga infecciosa. Este turco era *falte* y recorría todos estos lugares vendiendo *cosas de tienda* y baratijas. La Chepa, cada vez que *el turco José* llegaba a La Laguna, lo alojaba en su casa, y cuentan las crónicas que el año en que Mancilla, su marido, tuvo que quedarse en la Argentina cuidando los ganados del patrón, *el turco José* lo reemplazó en la casa con ventaja, de resultas de lo cual nació el tercer hijo de la Chepa, al cual le decían también *el turco*.

«Según Juan Pereira, *el turco* era el padre de todos los laguninos, porque fué el único de los hijos de la Chepa que sobrevivió a sus padres, los demás murieron en la primera edad porque los cuidados de la madre se concentraron en

el turco, mientras los demás hijos rodaron aguas abajo por el estero o se desbarrancaron en la cordillera, arreando ganado.

«Agregaba también Juan Pereira que *el turco chico* había heredado la verruga y el ojo tuerto del padre y que de su casamiento con una tal Juana Ose, resultaron diez hijos, que salieron unos con la cabeza demasiado grande, otros con los pies atrofiados, unos con coto y algunos con las pestañas y la cabeza nevada, y que éstos eran los más miserables.

«Y como aquí, en «La Laguna», todos se apellidan Mancilla, Ose o Díaz, nadie me quita de la cabeza que el turco José con su verruga y sus malos humores sea el fundador de esta atrofia mental y fisiológica que Ud., reverendo padre, ha tratado de curar inútilmente en los laguninos con agua bendita y con pan del cielo, en vez de haber empleado para ello un poco de mercurio o de *neo*.»

El misionero me miró sorprendido y cuando concluí de hablar en forma tan impía, exclamó:

—Ahora sí, ahora sí que me explico el origen de esta realidad espantosa... Sí, sí, el turco José, ése, ése fué el infame, ése fué el que enturbió en la fuente el agua clara de la ascendencia de toda esta raza que debió ser fuerte y hermosa como la guaiquina y peñonina. Por eso se han aislado y no se han mezclado con los demás. Están marcados con fuego y todos les huyen el cuerpo.

Estranguladas por la rabia y la indignación salían estas exclamaciones de la flaca garganta del misionero; y al sonar la campana para reunir la gente en el patio de las viejas casas y empezar la repartición de la noche, vi que los ojos del padre Armando se entornaban hacia arriba, como diciendo:—¡Señor, Señor, perdónalos porque no saben lo que hacen!

Antes de dirigirse el padre Armando a encender las velas del altar, situado en medio del corredor, me dijo con curiosidad:

—Más tarde, después de la plática, hablaremos.

El gran patio en forma de herradura, frente a las viejas casas coloniales de alero amplio y protector, bajo los nísperos y eucaliptus frondosos, a la luz de faroles chinoscos, era el recinto obligado de la misión. Ahí se apiñaba la manada a entonar el sonsonete de los cánticos sagrados y a escuchar las parábolas estupendamente claras que la voz cálida y agradable del padre Armando, a propósito para ser escuchada en Nuestra Señora de París por un millar de mujeres mundanas, hacía desfilas como una cinta de cine ante las caras impertérritas de autómatas contrahechos que parecían pájaros-niños, monos, mulos, cacharros de greda.

Las cincuenta bestias diciendo al unísono:—Avée... Avée... Avée, María... en nada se diferenciaban de una piñada de ovejas hambrientas balando en la puerta de un potrero.

El padre Armando les dirigía la palabra desde la primera grada del altar, que era un trono de luces sobre el cual resplandecía la imagen de Jesús con su corazón y sus manos heridas con encono por uno de esos terroríficos pintores de imágenes italianos que suelen poner malicia en los ojos castos de las vírgenes y demasiado bermellón en la sangre de los mártires.

Esa noche el misionero habló con verdadera compasión.

«Hijos míos, les dijo, yo soy para vosotros un médico que desea curar las enfermedades de vuestras almas, que son la imagen de las que atormentan vuestros cuerpos.

«Decidme con toda claridad lo que necesitáis y yo os lo daré gustoso, pobres hijos míos.

«El plan que me había propuesto desarrollar en esta misión lo voy a cambiar por otro más práctico, que atienda, no tanto a las necesidades de vuestra alma, como a las de vuestra salud corporal, que es la base de la moralidad perfecta.

«Venid a mí todas las mañanas, y yo os daré remedios y consejos sobre este punto.

«En esta obra regeneradora tendré de ayudanta a vuestra patrona, que seguramente contribuirá a la regeneración de vuestras costumbres, proporcionándoos los medios de hacerlo. (Aludía a la dueña del fundo, que era una de estas beatas fanáticas que heredan los feudos y los mantienen durante cien años en el mismo estado de abandono en que los recibieron).

Terminada la ceremonia, el predicador dirigió sus pasos hacia mí, y abriendo los brazos, me aprisionó efusivamente entre ellos.

—Quisiera hablar con Ud. en mi pieza, me dijo.

—Y yo también, le respondí; pero desearía presentarle antes a la Genaida. ¿Conoce Ud. a la Genaida?

—Claro que sí, ¿la viuda de los seis hijos?

—Esa, esa misma.

Me mezclé en el piño que iba abandonando ya el recinto de la misión y busqué a la Genaida, que en ese momento, rodeada de sus seis hijos, se disponía a salir del patio.

—Genaida, Genaida, te llama el padre Armando.

Me miró imbécilmente, y en una sonrisa inexpresiva, me mostró toda la blanca dentadura: había entendido lo que yo le insinuaba.

Era la Genaida una mujercita pequeña y bien formada que tenía en su cara idiotizada rastros de haber tenido en la juventud una pequeña dosis de simpatía. De facciones menudas, andar lento y mesurado, con una criatura siempre en los brazos, era la imagen de la complacencia y también de la inocencia. Tenía todavía cierto sello de juventud y de indestructibilidad. A nada decía que nó. Para ella, todo era bueno, el hambre, la desnudez, hasta la burla soez de los hombres que comentaban a carcajadas su noble vida de ramera campesina.

Entró a la pieza del padre Armando seguida de sus seis chicuelos, el mayor de unos quince años. No todos iban vestidos; todos a pie pelado.

—Buenas noches, Genaida.

—Buenas noches, padrecito.

—Siéntate, hija mía, porque el señor (señalándome) te quiere hacer unas cuantas preguntas delante de mí...

—Bueno, pues, señor, pregunte lo que quiera y yo le responderé como mejor pueda...

Tomé la palabra.

—Tú eres casada Genaida, ¿no es cierto?

—Sí, señor, con el *finao* Peiro Malo.

—¿Cuánto tiempo viviste con él?

—Una semana señor, porque las malas lenguas le contaron que yo quería a otro. Le entraron celos y me dejó *plantá*.

—¿Y estos chiquillos de quien son?

—Míos son, pues señor.

En su mirada de animal no había malicia al contestar de esta manera.

—De tal modo, Genaida, que sólo el mayor será de Peiro Malo.

—Sí, señor, los demás no sé de quién serán...

En la cara del padre Armando, que no había desplegado los labios durante la entrevista, había tanta compasión y tristeza, que, volviéndose a mí como diciéndome: —¡Basta, basta!, empujó cortésmente a Genaida hacia la puerta y a toda la parvada que la seguía como los pollos a la gallina.

—A la casa de la Genaida la llaman por aquí L'ilesia, proseguí yo, como si el cuento no se hubiera interrumpido; le llaman L'ilesia por el número de devotos que tiene Genaida y que entran a su casa por la tarde como las beatas, de una en una, pero al fin entran todas.

Los padres de los hijos de Genaida se pueden adivinar por el parecido que tienen éstos con algunos laguninos. Hasta el mayordomo tiene su representante...

Yo he oído en los corrillos que se forman en los días de pago, las bromas que se hacen unos a otros, referentes a Genaida y a L'ilesia, su casa; de lo que se deduce que sus seis niños son hijos de diferentes padres...

—¡Santo Dios! exclamó el misionero, cayendo de rodillas con las manos en alto, tus juicios inescrutables no están a mi alcance; pero manda el fuego de Sodoma y Gomorra para que esta raza maldita desaparezca, para que tu doctrina fructifique, para que mis sacrificios tengan alguna compensación!...

Cuando salí de la pieza, el santo misionero quedó inclinado hacia el suelo, en actitud de orar y de propinarse una lluvia de azotes.

Experimentaba talvez el mismo desengaño que sufrió el Nazareno cuando le preguntó el escéptico Pilatos:

—¿Y qué es la verdad?

JUAN BARROS.

André Maurois

Ariel o la vida de Shelley

Las páginas que vienen a continuación ofrecen, vertida al Castellano, la primera parte de la Vida de Shelley publicada por André Maurois en la «Revue Hebdomadaire» y reunida recientemente en un volumen.

La gracia, el colorido, el encanto atrayente del estudio de Maurois, nada han perdido, como el lector podrá juzgarlo, en esta traducción de Alone, cuya primera parte ofrecemos hoy, para continuarla en las ediciones siguientes.

I



EN 1809, el Rey Jorge III de Inglaterra nombró director del aristocrático colegio de Eton al doctor Keate, hombrecillo terrible que consideraba los bastonazos como un elemento necesario en el camino de toda perfección moral y que terminaba sus sermones diciendo:

—Sed bondadosos, niños, o bien os golpearé hasta que lo seáis.

Los «gentlemen» y los ricos mercaderes, cuyos hijos educaba, veían sin disgusto esa piadosa ferocidad y consideraban singularmente estimable al hombre que había azotado a casi todos los primeros ministros, obispos y generales del reino.

En aquel tiempo, toda disciplina severa era bien recibida por la aristocracia. La Revolución Francesa acababa de mostrar los peligros del liberalismo en las clases altas. La Inglaterra oficial, alma de la Santa Alianza, creía combatir en Napoleón a la filosofía coronada y exigía de sus escuelas públicas una generación sabiamente hipócrita.

Para domar el posible ardor de los jóvenes aristócratas de Eton se habían organizado los estudios con una prudente frivolidad. Después de cinco años de clases, los alumnos habían leído dos veces a Homero, casi todo Virgilio, una parte de Horacio y eran capaces de componer epigramas latinos sobre Wellington y Nelson. La afición a las citas se había desarrollado a tal punto que una vez Pitt se interrumpió en medio de un verso de la Eneida y toda la Cá-

mara, Whigs y Tories, levantándose, terminó la estrofa. Bello ejemplo de cultura homogénea. Las ciencias eran facultativas, por lo tanto, nulas; la danza era obligatoria. En cuanto a la religión, Keate juzgaba criminal dudar de ella e inútil comentarla. El doctor le temía al misticismo aun más que a la indiferencia. Admitía las risas en la iglesia y no obligaba a observar muy bien el reposo dominical. Conviene añadir, para señalar el maquiavelismo, talvez inconsciente, de semejante educador, que no le disgustaba que le mintieran un poco sus alumnos. «Signo de respeto» decía.

Costumbres tradicionales, bastante bárbaras, regían las relaciones de los educandos entre sí. Los menores eran «fags» o esclavos de los mayores. Cada «fag» le hacía la cama a su soberano, le subía el agua para el lavatorio, le escobillaba la ropa y le lustraba los zapatos. Toda desobediencia era castigada con suplicios convenientes. Un niño escribe a sus padres, no para quejarse, si no para contar lo que ha hecho en el día: «Rolls, de quien soy «fag», se había puesto espuelas y quería hacerme saltar una acequia demasiado ancha. A cada intento, me espoleaba. Naturalmente, me sangran las costillas, los Poetas Griegos cayeron al agua y tengo todo el traje roto. . . »

Se cultivaba el box. . . Un combate fué tan violento que un niño quedó muerto en el «ring». Keate fué a ver el cadáver y dijo:—Esto es lamentable; pero ante todo un alumno de Eton debe estar siempre pronto a devolver golpe por golpe.

El objeto profundo del sistema era formar caracteres duros en un molde único. La independencia de los actos era grande, pero la originalidad de los pensamientos, el traje o la expresión se consideraba un crimen. De lo cual resultaba una igualdad efectiva. Los alumnos de una misma división eran compañeros y no admitían jactancias de nacimiento ni fortuna. Un recién llegado dijo:—Soy Lord A. . . hijo del duque de S. . . Todos los muchachos le dieron dos puntapiés en buena parte, una vez por el lord, otra por el duque. El interés algo vivo por los estudios o las ideas considerábase una afectación que debía corregirse a fuerza de golpes.

Tal cual lo describimos, este sistema distaba mucho de disgustar a la mayoría de los jóvenes ingleses. El orgullo de participar en las tradiciones de un colegio tan antiguo, fundado por un rey y siempre protegido por los reyes, les compensaba todos los sufrimientos. Sólo algunas almas sensibles sufrían. Por ejemplo, el joven Percy Bisshe Shelley, hijo de un riquísimo propietario de Sussex y nieto de Sir Bysshe Shelley, baronet, no parecía aclimatarse. Este niño de una extremada belleza, ojos azul vivo, cabellos rubios y ondulados, delicada tez, mostraba una inquietud moral sumamente rara en hombre de su rango y tenía una tendencia inverosímil a discutir las reglas mejor establecidas.

Cuando llegó al colegio, los capitanes del sexto año, viendo ese cuerpo frágil, ese rostro angélico, esas miradas de niña, lo creyeron de carácter tímido y se imaginaron que les costaría poco trabajo someterlo. Pronto vieron que cualquier amenaza precipitaba al joven Shelley en una apasionada resistencia. Una voluntad

inquebrantable en un cuerpo demasiado débil para sostener sus resoluciones lo predestinaba a la revuelta. Sus ojos, de una dulzura soñadora en estado de calma, tomaban bajo la influencia del entusiasmo un fulgor salvaje. La voz, de ordinario grave y dulce, se le ponía estridente y casi dolorosa.

Su amor a los libros, su desprecio de los juegos, sus cabellos al viento, la camisa abierta sobre un cuello femenino, todo en él chocaba a los censores encargados de mantener en la pequeña sociedad la elegante brutalidad de que estaba orgullosa. Habiendo encontrado, desde el primer día de su llegada a Eton, que la tiranía de los «fags» era contraria a la dignidad humana, rehusó secamente servir; lo cual lo puso fuera de la ley.

Llamábanlo «Shelley el loco». Los más poderosos inquisidores emprendieron la tarea de salvarlo por la tortura, pero renunciaron al combate singular, porque lo hallaban capaz de todo. Se batía como una mujer, con las manos abiertas, mordiendo y arañando.

La caza de Shelley, en partida organizada, convirtiéndose en uno de los grandes entretenimientos de Eton. Algunos exploradores descubrían al extraño animal leyendo un poeta junto al río y daban inmediatamente la voz de alarma. Al viento los cabellos, a través de las praderas, de las calles de la ciudad, de los claustros del colegio, Shelley emprendía la fuga. Cercado al fin contra un muro, como un jabalí de los bosques, lanzaba un grito penetrante. A golpes de piedras y pelotas de fango el grupo de alumnos lo inmovilizaba en el sitio. Una voz exclamaba: —¡Shelley! Otra repetía: —¡Shelley! Y todos los ecos de las viejas murallas devolvían los gritos de «¡Shelley!» en tono sobreagudo. Un «fag» cortesano le tiraba las vestiduras, otro le daba pellizcos, un tercero, deslizándose traidoramente, de un puntapié hacía caer al barro el libro que el muchacho apretaba convulsivamente bajo el brazo. Entonces todos los dedos apuntaban a la víctima y un nuevo grito de ¡Shelley! ¡Shelley! acababa de exasperar sus nervios. La crisis esperada por los atormentadores sobrevenía al fin, un acceso de loco furor que le hacía brillar los ojos, palidecer las mejillas, temblar todos los miembros.

Fatigado de un espectáculo monótono, el colegio volvía a sus juegos ordinarios. Shelley recogía sus libros manchados de lodo y, solo, pensativo, encaminábase lentamente a los bellos prados que bordean el Támesis. Sentado en la yerba soleada, miraba correr el agua. El agua corriente posee, como la música, el dulce poder de transformar la tristeza en melancolía. Ambas, por la continua fuga de sus elementos flúidos, insinúan suavemente en las almas la certidumbre del olvido. Las torres macizas de Windsor y de Eton levantaban alrededor del niño rebelde un mundo hostil e inmutable; pero la temblorosa imagen de los sauces en la corriente lo apaciguaba por su fragilidad.

Volvía a sus libros: eran Diderot, Voltaire, el Sistema de Holbach. Admirar a esos franceses aborrecidos por sus maestros parecía digno de su valor. Una obrita que los resumía era su lectura predilecta: la Justicia Política de Godwin. En Godwin todo parecía simple. Si los hombres lo hubieran leído, el mundo hubiera vivido en una felicidad idílica. Si hubieran escuchado la voz de la razón, es decir, de Godwin, dos horas de trabajo diario hubieran bastado para alimen-

tarlos. El amor libre reemplazaría las tontas convenciones del matrimonio. La verdadera filosofía tomaría el puesto de los terrores supersticiosos. ¡Ay! la ignorancia endurecía los corazones.

Shelley cerraba el libro, tendíase al sol en medio de las flores y meditaba sobre la miseria de los hombres. Desde los edificios medievales del colegio próximo, el murmullo confuso de las voces de la estupidez llegaba hasta ese encantador paisaje de árboles y arroyos. Alrededor suyo, en la paz de la campiña, ningún rostro burlón lo observaba. El niño al fin dejaba correr las lágrimas y apretando con energía sus dos manos, hacía en alta voz este extraño juramento: —Juro ser sabio, justo y libre, en cuanto esté en mi poder serlo. Juro no hacerme cómplice, ni aun por mi silencio, de los egoístas y los poderosos. Juro consagrar mi vida a la belleza...

Si el Doctor Keate hubiera podido ser testigo de un acceso de ardor religioso tan lamentable en un establecimiento bien organizado, seguramente habría aplicado al caso su método favorito.

II

Durante las vacaciones, el esclavo refractario convertíase en príncipe heredero. M. Timothy, su padre, poseía el castillo de Field-Place en Sussex, enorme caserón blanco, bien construido, rodeado de un parque y de grandes bosques. Allí Shelley encontraba a sus cuatro hermanas, todas bonitas, a un hermanito de tres años, al cual enseñaba a gritar ¡Diablo! para escandalizar a los devotos, y a su bella prima Harriet que, según dicen, se le parecía.

El jefe de la familia, sir Bysshe Shelley, vivía en la ciudad. Era un gentil-hombre de vieja cepa inglesa, que se gloriaba de ser rico como un duque y de vivir como un labrador. Alto de seis pies, imponente, muy hermoso de rostro, sir Bysshe tenía el ingenio vivo y cínico. Los nietos habían heredado sus ojos azules y brillantes.

Gastó ochenta mil libras esterlinas en construir un castillo que no habitaba por los gastos del mantenimiento y residía en un pequeño «cottage» con un solo sirviente. Pasaba el tiempo en las tabernas del villorrio, vestido como un campesino, conversando de política con los viajeros. De América había traído una especie de «humour» brutal que aterraba a los buenos muchachos. Dos de sus hijas se habían sentido tan desdichadas en el hogar que se fugaron: pretexto excelente para no dotarlas. Su único afán era redondear una fortuna ya inmensa y transmitirla intacta a numerosas generaciones de Shelleys. Con este objeto había vinculado la mayor parte de sus dominios en un mayorazgo inalienable que Percy debía heredar con exclusión total de sus hermanos y hermanas. Considerando a su nieto como un elemento necesario para su ambición póstuma, tenía cierto afecto. A su hijo Timothy, que hacía frases, lo despreciaba.

M. Timothy Shelley, miembro del Parlamento, era como su padre, grande y bien hecho, muy rubio y muy imponente. Tenía mejor corazón que sir Bysshe; pero no su inteligencia. Sir Bysshe, egoísta descarado, gustaba por esa especie

de sencillez natural que es el encanto de los cínicos. M. Timothy tenía buenas intenciones; lo cual lo hacía insoportable. Amaba las letras con esa irritante torpeza de los iletrados. Afectaba un respeto mundano por la religión, una tolerancia agresiva por las ideas nuevas, una filosofía pomposa. Complaciale declararse liberal en opiniones políticas y religiosas, pero no chocar con las gentes de su círculo. Amigo de los duques católicos de Norfolk, hablaba con agrado de la emancipación de los católicos irlandeses, audacia grande de que estaba soberbio y aun algo espantado. Le venían fácilmente lágrimas a los ojos; pero se ponía feroz cuando intervenía su vanidad. En la vida privada tenía maneras afables; pero habría querido conciliar la suavidad de las palabras con el despotismo de los actos. Diplomático en las cosas pequeñas, brutal en las importantes, inofensivo e irritante, estaba hecho para incomodar los nervios de un juez severo y el fastidio causado por la tonta charlatanería de su padre contribuyó no poco a arrojar a Shelley en la rebeldía intelectual. En cuanto a Mrs. Shelley, había sido la más linda muchacha de Sussex. Gustábanle los hombres batalladores y caballerescos y miraba con ironía a su hijo mayor partir para el bosque llevando bajo el brazo un libro en vez de un fusil.

A los ojos de sus hermanas, Shelley era un sér sobrehumano. En cuanto ese hermano de los cabellos rubios y flotantes, de los ardientes ojos, llegaba de Eton, la casa se poblaba de huéspedes fantásticos, el parque de Mr. Timothy se animaba con murmullos confusos como en el Sueño de una Noche de Estío y las muchachas no vivían sino en medio de un agradable terror.

Le gustaba impregnar en misterio los tranquilos objetos cotidianos. En cada hoyo de los viejos muros enterraba un bastón para buscar pasajes secretos. En el granero descubrió una pieza siempre cerrada con llave. Allí, decía, habitaba un alquimista de larga barba, el terrible Cornelius Agrippa. Cuando se oía un ruido en el granero, era Cornelius que derribaba la lámpara. Durante toda una semana, la familia Shelley trabajó en el jardín cavando una cueva para Cornelius.

Otros monstruos se despertaban a la llegada del estudiante. La gran tortuga que dormía en el estanque, la vieja serpiente, espantoso reptil que había frecuentado realmente los caminos del parque y que un jardinero mató con la pala.

—Ese jardinero, niñitas, ese jardinero que parecía un hombre como cualquiera, como Uds. y como yo, era en realidad el Tiempo que hace perecer a los monstruos legendarios.

Porque el maestro Percy Shelley no perdía ocasión de combatir las supersticiones.

Lo que hacía deliciosas esas mentiras era que el inventor mismo no estaba muy seguro de inventarlas. Las historias de brujas y fantasmas habían perturbado su nerviosa infancia. Pero mientras más les temía, más se empeñaba en desafiarnos. Habiendo trazado un círculo en la tierra y encendido alcohol en un tiesto, envuelto en la llama azuleja, comenzaba:—Demonios del aire y del fuego...—Ah! ¿qué hace usted, Shelley?—le interrumpió un maestro de Eton, el solemne y magnífico Bethell.—Con su permiso, señor, evoco al Diablo.

También en el campo el Señor de las Tinieblas fué llamado frecuentemente por una voz juvenil, aguda y firme. A veces los niños recibían del hermano mayor la alegre orden de disfrazarse de espíritus y demonios. Y con frecuencia, en esos juegos románticos, la química tomaba el sitio de la alquimia. Shelley era extraño a la disciplina científica; pero le gustaban los aspectos mágicos de la ciencia. Armado de una máquina que se acababa de inventar, electrizaba al respetuoso batallón de muchachas. Cuando la más niña, la pequeña Hellen, le veía provisto de una botella y un alambre, se ponía a llorar.

Pero las discípulas predilectas de Shelley eran la mayor de sus hermanas, Elisabeth, y su bella prima Harriet Grove. Una sensualidad naciente y una investigación apasionada de la verdad unía a los tres jóvenes. Los primeros movimientos del deseo comunican siempre a las ideas el encanto natural y poderoso de las caricias. Shelley llevaba a sus hermosas alumnas hacia el Cementerio, sitio que la presencia misteriosa de los muertos revestía a sus ojos de un poético prestigio. Sentado en una tumba rústica, protegido contra M. Timothy por la sombra de una antigua iglesia, rodeaba con sus brazos los talles flexibles y delante de las claras miradas atentas comentaba el mundo y los dioses.

El cuadro que les pintaba del mundo era simple. Por un lado, el vicio: reyes, sacerdotes, ricos. Por otro, la virtud: filósofos y miserables. Por un lado la religión al servicio de la tiranía; por otro Godwin y su Justicia Política. Sobre todo, les hablaba de amor.

«Las leyes pretenden imponer reglas a nuestros sentimientos naturales. ¡Qué locura! Cuando los ojos divisan un ser encantador, el corazón se inflama. ¿Cómo evitarlo? El amor se marchita en una atmósfera estrecha. Su esencia reside en la libertad. Es incompatible con la obediencia, con los celos y el temor. Necesita confianza y abandono. El matrimonio constituye una prisión».

El escepticismo en materia de matrimonio es una forma de pensamiento que les gusta poco a las mujeres solteras. La herejía metafísica puede divertir las: la herejía matrimonial tiene para sus encantadoras narices un fuerte olor a azufre quemado.

Pero ¿cómo habría podido discutir Harriet con un semi-diós de brillantes pupilas, camisa entreabierta, delicado cuello y cabellos finos como seda dorada?

—Trabajemos en Zastrozzi—suspiraba, para cambiar de conversación.

Era una novela que componían entre los tres. Figuraban en ella el tirano altanero y cínico, el bandido justo, la heroica «elegantemente proporcionada, toda ternura y pureza». Escribiendo Zastrozzi, las horas pasaban agradablemente. Luego los sorprendía la noche. Elisabeth, hermana cómplice, abandonaba en la sombra a los ingenuos amantes.

Shelley y Harriet volvían enlazados por las praderas envueltas en vapores blanquecinos. En el bosquecillo cerca de las casas un viento ligero mecía delante de la luna las más altas ramas de los árboles. La anémonas, cerrando sus albas corolas, dejaban caer sus tallos fatigados; la melancolía del paisaje nocturno recordaba a Shelley la próxima vuelta a los claustros de Eton. Sintiendo a su

lado, palpitante, la compañía de su bella prima, encontrábase lleno de valor para una vida de combates y de apostolado.

III

En Octubre de 1810, M. Timothy llevó a su hijo a Oxford. El «miembro del Parlamento» estaba de excelente humor. Alojaba en su antigua posada, la del Caballo de Plomo. Allí estaba el hijo del antiguo dueño. Acababa de inscribir a un futuro Baronet en el mismo colegio donde él había brillado. Tales ceremonias siempre agradan a un inglés. Y debían ser particularmente gratas al corazón pomposo de M. Timothy. Entró donde el librero Slatter e hizo abrir a su hijo un crédito ilimitado en libros.

—Mi hijo—anunció, presentando al muchacho de cabellos locos y ojos resplandecientes—mi hijo, señor Slatter, es literato. Ha escrito ya una novela (el famoso Zastrozzi) y si quiere imprimir algo supongo que Ud. lo dejará satisfacer ese capricho.

El colegio encantó a Shelley. Tener un dormitorio propio, estar libre, poder asistir o no a clases, entregarse a los trabajos que se han elegido, leer, escribir, pasearse tranquilamente, era combinar todo el encanto de la vida monástica con la independencia del espíritu filosófico. Así soñaba pasar la existencia entera.

De noche, en el gran hall, le tocó sentarse junto a un joven, recién llegado también, que después de presentarse «Jefferson Hogg», observó una gran reserva, como la exigían las costumbres en Oxford. Pero a la mitad de la comida, los dos vecinos, incapaces de guardar tan elegante silencio, se pusieron a hablar de sus lecturas.

—La mejor literatura poética de nuestro tiempo—dijo Shelley—es la alemana.

Hogg, con una sonrisa, objetó que a los alemanes les faltaba la naturalidad. Tanto romanticismo le cansaba.

—¿Qué literatura podría compararsele?

—La italiana—repuso Hogg.

Esta palabra despertó la impetuosidad de Shelley y le hizo prorrumpir en un discurso tan largo que los sirvientes pudieron quitar la mesa sin que los dos jóvenes lo advirtieran.

—¿Quiere Ud. subir a mi pieza?—propuso Hogg.—Allí continuaremos la discusión.

Shelley aceptó con entusiasmo; pero en la escalera perdió a la vez el hilo de su discurso y todo interés por la literatura alemana. Mientras Hogg encendía las velas, su huésped dijo de pronto, con calma, que no veía para qué seguir discutiendo, cuando ignoraba igualmente el alemán y el italiano y que sólo había hablado por hablar. Hogg repuso sonriendo que su indiferencia y su ignorancia eran iguales, y puso sobre una mesa una botella, vasos y bizcochos.

—Por lo demás—agregó Shelley—todas las literaturas no son sino palabre-

ría vana. ¿Para qué estudiar lenguas antiguas o modernas? ¡Cuánto más sabio sería conocer las cosas en sí mismas, en vez de darles nombres nuevos!

—¿Las cosas en sí mismas?—preguntó Hogg.—Pero ¿cómo?

—Mediante la química, por ejemplo.

Y más inspirado aún que con la literatura alemana, Shelley comenzó, con rostro iluminado, un discurso sobre el análisis químico, los nuevos descubrimientos de la física, la electricidad. Hogg, a quien estas cuestiones no interesaban, observó a su nuevo amigo. Perfectamente bien vestido, aún con lujo, pero con el traje en desorden, esbelto frágil, muy alto, parecía algo cargado de espaldas, porque siempre, en el fuego del entusiasmo, adelantaba mucho la cabeza para hablar. Sus ademanes parecían graciosos y violentos, tenía la tez rosada y blanca, como una mujer, la cabeza revuelta y ensortijada. Toda su fisonomía respiraba un fuego, una animación, una inteligencia sobrenaturales. Y la expresión moral no era menos extraordinaria que la expresión intelectual, por el aire de dulzura, delicadeza y ardor religioso que evocaba las figuras de los grandes frescos de Florencia.

Shelley hablaba siempre cuando sonó la hora. Lanzó un grito: ¡Mi curso de Mineralogía! Y voló por los corredores.

* * *

Los dos jóvenes se hicieron inseparables. Todas las mañanas paseaban a pie: Shelley se portaba como un niño, corriendo por los senderos, saltando las acequias. Casi siempre llevaba revólver y balas y se entretenía en tirar al blanco en los árboles del camino. Si encontraba un estanque o un arroyo, echaba a navegar botecillos de papel y los seguía hasta su naufragio, mientras Hogg, exasperado, los aguardaba a la orilla.

Después, cuando subían al dormitorio, Shelley, agotado por su continuo gasto de energía, sentíase invadido por una modorra invencible. Tendíase junto a la chimenea, sobre unas pieles, y apolotonado allí, como un gato, se dormía. La enmarañada cabeza quedábase tan cerca de la llama que Hogg, temeroso de que el calor demasiado vivo le dañara, trataba de apartarlo, pero el dormido rodaba de nuevo hacia el hogar. Así pasaban tres y cuatro horas. Al despertar, frotábase los ojos con violencia, se alizaba los largos cabellos con la mano e inmediatamente se ponía a discutir algún punto de metafísica o a recitar versos con un entusiasmo casi penoso.

Almorzaban a las once: pero su comida no era nunca muy complicada. Hostil por principio a la carne, adoraba el pan. Siempre tenía los bolsillos llenos de él y cuando andaba iba mordisqueándolo, de tal manera que sus pasos quedaban marcados por un largo rastro de migas. Con el pan, su bocado favorito eran las uvas de Corinto y las peras secas que se compran en los puestos. Una comida regular, en la mesa, constituía para él suplicio intolerable y casi nunca lo soportaba hasta el fin.

Después de comer, sus discursos eran claros y penetrantes. Hablaba a Hogg

de su prima Harriet, a la cual escribía largas cartas en que los arrebatos de amor alternaban con la filosofía de Godwin, de su hermana Elisabeth, a la que pensaba casar con su amigo. O bien leía la última y solemne carta de M. Timothy, entrecortándola con grandes carcajadas.

A las dos de la mañana, Hogg, apesar de las protestas de su amigo, levantábase y se iba a acostar.

—¡Qué ser más raro!—pensaba, atravesando los largos corredores para llegar a su pieza.—La gracia de una niña, la pureza de una virgen que nunca ha salido de la casa paterna... Y sin embargo, una fuerza indomable... un alma de monje benedictino e ideas de «sans-culotte»...

Era en efecto una mezcla digna de reflexión. Pero Hogg Jefferson no gustaba de las meditaciones y su amigo Shelley le inspiraba siempre una invencible necesidad de dormir.

IV

Algunos días antes de Navidad, M. Timothy recibió una carta de un editor de Londres, M. Stockdale, que le comunicaba extraordinarias noticias de su hijo Percy. Stockdale tenía en su mesa el manuscrito de una novela «Santa Irvina o la Rosa-Cruz» lleno de las ideas más subversivas y el virtuoso comerciante veía con inquietud al hijo de un hombre tan respetable entrar por tan peligroso camino. Creía de su deber advertir al padre y, sobre todo, llamarle la atención hacia un mal consejero del joven Shelley, su camarada Jefferson Hogg, hijo de una buena familia tory del Norte de Inglaterra, pero falso de inteligencia, frío y peligroso.

M. Timothy comenzó por notificar a M. Stockdale que no pagaría un centavo por la impresión del libro, lo que aumentó vivamente las inquietudes metafísicas y doctrinales del librero. En seguida, en espera de su hijo, que debía llegar esa misma semana, por las vacaciones de Navidad, preparó uno de esos sermones incoherentes, sentimentales y amenazadores, solemnes y cómicos, género literario en que sentíase maestro.

Ningún razonamiento ha convencido jamás a nadie. Pero creer que un razonamiento de padre pueda cambiar las ideas de su hijo constituye el colmo de la locura racionante. Shelley salió de esa conversación irritado contra la tontería doméstica, lleno de justo furor por la conducta indigna de M. Stockdale y más amigo que nunca de su camarada Jefferson Hogg.

La casa paterna, antes tan alegre, se vió entristecida. Mrs. Shelley recomendaba a sus hijas no frecuentar mucho a su hermano y las niñas le tomaron miedo. Por la fuerza de la costumbre continuábase preparando la fiesta de Pascua; pero nadie lo hacía con gusto y se organizaban lánguidamente esas pequeñas sorpresas tan agradables en una familia unida.

Sólo Elisabeth permanecía secretamente fiel a Percy. Por desgracia, veía que su admiración no era compartida ya por su prima Harriet, a quien hallaba cada vez más fría y extraña.

Las cartas que Harriet había recibido de Oxfor, llenas de disertaciones inflamadas y difíciles de seguir, la habían inquietado. Las citas de Godwin la aburrían en alto grado y le producían temor. Es raro que las mujeres bonitas gusten de las ideas peligrosas. La belleza, forma natural del orden, tiende por esencia a conservar. Sostiene la religión establecida, cuyas ceremonias realza, y Venus siempre ha sido el mejor agente de Júpiter.

La bella Harriet mostró las cartas sospechosas a su madre, luego, aconsejada por ésta, a su padre, quien declaró abominables sus doctrinas. En torno suyo se auguraba mal del porvenir del joven Shelley. ¿Podía casarse con un ente que se enajenaba todas las simpatías por su originalidad? A Harriet le gustaban la elegancia, los bailes del condado, la sociedad. ¿Qué sería su existencia con ese loco que nada respetaba, ni aun el matrimonio? Y también la religión merece respeto.

Antes de la llegada de Percy, las dos muchachas tuvieron discusiones violentas. Elisabeth defendía a su hermano. ¿Cómo podía Harriet comparar algunas vanas satisfacciones de amor propio con la dicha de pasar la existencia al lado del más maravilloso de los hombres?

—Consideras a tu hermano un sér muy singular—decíale Harriet.—Pero ¿estoy segura yo de que realmente lo sea tanto? Hemos vivido en el campo, somos muy ignorantes. Nuestros padres, el tuyo también, que es miembro del Parlamento, condenan las ideas de Percy. Admitamos que sea un genio. ¿Con qué derecho voy a iniciar con él una vida íntima que forzosamente terminará en desengaños cuando descubra cuán inferior soy a la idea que de mí se ha formado en su fantasía excitada? No me considero sino una pobre muchacha semejante a las otras. El me ha idealizado. Se sorprendería mucho si me conociera tal cual soy.

Semejante modestia era inquietante: el amor no razona tan bien.

Desde la llegada de Shelley, Elisabeth lo puso al corriente. El joven corrió donde su prima. La halló, como decía Elisabeth, fría y distante. No quería siquiera que Shelley se disculpara: sólo pedía que la dejara tranquila. Reprochábale su escepticismo universal.

—Pero en fin, Harriet—decía Shelley—es monstruoso que no pueda confesar las ideas a que he llegado por razonamientos evidentes. ¿En qué pueden mis creencias teológicas descalificarme como hermano, como amigo, como amante?

—Eh!—respondía Harriet—Ud, puede pensar lo que guste; no me importa mucho. Pero no me pida que una mi suerte con la suya.

Era la primera vez que Shelley descubría la indiferencia de las mujeres, esa sombra que cae tan de súbito como la noche en el corazón del Africa. Se marchó medio loco de dolor. A través de los bosques helados y desnudos, regresó lentamente a Field Place y, sin advertir siquiera que estaba cubierto de nieve, recorrió durante muchas horas de la noche aquel cementerio aldeano que había sido el teatro de sus amores juveniles. Volvió a su casa a las dos de la mañana, y acostóse colocando cerca del lecho un revólver cargado y variados venenos de su arsenal de química. Pero la idea del pesar que sentiría Elisabeth al verlo muerto le impidió el suicidio.

En la mañana, escribió a Hogg. Contra Harriet misma no manifestaba ningún resentimiento, ni aun contra M. Timothy o Mr. Grove. La única responsable de todo era la intolerancia.

«Amigo mío, juro—y si falto a mi juramento, que me castigue el infinito—juro no perdonar nunca la intolerancia. En principio no admito que nadie se vengue; pero en este caso me parece legítimo hacerlo. Cada uno de mis momentos libres lo dedicaré a esta misión. La intolerancia arruina la sociedad, alienta los prejuicios que rompen los más queridos, los más tiernos lazos. Oh! cómo querría ser el vengador, el que aplastará al demonio! el que lo precipitará al infierno para no dejarlo jamás salir, el que establecerá definitivamente la tolerancia universal.

«Espero satisfacer un poco este insaciable sentimiento en mis versos. Ya verás, ya oirás cómo me ha herido el monstruo. Ella no me pertenece ya! Ella me odia como escéptico, cuando ayer mismo ella también lo era! Oh! hipocresía! Si jamás te perdono esta última persecución, que el cielo me aniquile (si el cielo conoce la cólera)... Perdóname, querido amigo, temo que haya egoísmo en la pasión del amor, porque me parece a cada instante que me va a estallar el alma... Quiero rechazar ese sentimiento: es egoísta y no quiero sentir sino para los demás...»

Le quedaban 15 días que pasar en Field Place, tristes días durante los cuales debía vivir con un padre y una madre furiosos, entre niños inquietos. Harriet, a pesar de las invitaciones de Elisabeth, rehusaba volver a Field Place. Personas bien informadas anunciaban, con gran misterio, sus desposorios con un desconocido.

Para calmar su dolor mediante la dicha ajena, Shelley quería desposar a su hermana y a su amigo, que no se habían visto nunca. Enviaba Hogg versos de Elisabeth llenos de buenas intenciones, de odio a la intolerancia y de faltas gramaticales. «Todos son hermanos—cantaba Elisabeth, buena discípula—todos son hermanos, aún el negro de África encorvado bajo el azote de los ingleses de corazón duro...» Había escrito toda una elegía en semejante tono. En pago, Shelley le daba los poemas de Hogg, que declaraba «extremadamente hermosos» y donde él mismo figuraba como una joven encina y Harriet como la yedra que destruye al árbol después de haberlo enlazado.

—No has dicho—respondía Shelley—que la yedra, después de matar a la encina, va a enrollarse alrededor del pino cercano...

Este pino era M. Helyar, rico propietario, hombre de doctrinas sanas, creado expresamente por la providencia para llevar a su mujer a los bailes del condado. ¡Ella perdida para mí, ella casada... casada con un imbécil! Se va a poner tonta e insensible como él... ¡Cuántas bellas esperanzas perdidas! En fin, no hablemos más.

Habría querido invitar a Hogg a Field Place para que Elisabeth pudiera admirarlo por sí misma; pero M. Timothy recordaba las advertencias del editor sobre cierto angel malo y no quiso consentir en la visita.

V

Poco después de estas tristes vacaciones, M. Slatter, el librero de Oxford a quien M. Timothy recomendara su hijo, vió entrar al joven Shelley, cabellos al viento y la camisa abierta. Llevaba un gran paquete de folletos. Quería que los vendieran a seis peniques y que los pusieran bien a la vista en la vitrina.

Inmediatamente, sin esperar al mozo, púsose él mismo a disponer las cosas, bajo la mirada paternal de M. Slatter, que lo dejaba hacer con esa benevolencia de los comerciantes de las ciudades universitarias para los muchachos bien provistos de dinero. Si hubiera mirado mejor, habríase aterrorizado ante los cargamentos de materias explosivas que su joven y aristocrático cliente le apilaba en la honorable vitrina. El título del folleto era el más escandaloso que pudiera exhibirse en una ciudad teológica y beata: «La Necesidad del Ateísmo». Estaba firmado con el nombre desconocido de Jeremías Stukeley, y si Mr. Slatter lo hubiera hojeado habría sentido aún más espanto ante la insolente lógica del tal Sttukeley:

«Los sentidos son el origen de todo conocimiento». Por este axioma matemático empezaba el panfleto que, escrito en forma matemática, pretendía demostrar la imposibilidad de la existencia de Dios y terminaba orgullosamente con estas tres letras: Q. E. D., «quod erat demonstrandum». A Shelley, que no entendía nada de Matemáticas, esta fórmula mágica se le figuraba una especie de conjuro moderno para evocar la verdad. Aún cuando creía con ardor ferviente en un espíritu de bondad universal, creador de todas las cosas, en una vida futura y en una teología personal de Vicario Saboyano a la inglesa, la palabra «ateo» le complacía por su violencia. Gustábale lanzarla al rostro de los beatos. Recogía ese guante que le habían arrojado en Eton. Al coraje físico y moral que todo inglés posee, quería agregar el coraje intelectual: aquello debía formar escándalo, y castigar la inconstancia de la yedra intolerante que se enreda al pino cercano.

Hacía veinte minutos que La Necesidad del Ateísmo se ostentaba en la vidriera, cuando el reverendo John Walker, hombre de aspecto siniestro e inquisitorial, repetidor oficioso de un colegio mediocre, pasó delante de la librería y miró. ¡La Necesidad del Ateísmo! Sorprendido, ofendido, indignado, penetró en el almacén de Mr. Slatter:

—¡Señor, señor! ¿Qué significa esto?

—A fe mía, no lo he examinado.

—¡Necesidad del Ateísmo! El título sólo debiera advertirle. . .

—Ciertamente, ahora que Ud. me llama la atención. . .

—Ahora que yo le he llamado la atención, señor Slatter, debe retirar inmediatamente ese folleto y quemarlo en la cocina.

Mr. Walker carecía de autoridad para dar semejante orden; pero el librero se inclinó ante la autoridad religiosa y mandó llamar al joven Shelley.

—Siento mucho, estoy desolado—dijole—pero en su propio interés le aconsejo, me atrevo a recomendarle. . .

Su propio interés era lo que menos importaba a Shelley. Con voz aguda y terminante sostuvo su libertad de opinar y declaró:

—Por lo demás, algo mejor he hecho que tender mis redes a los pájaros ciegos de Oxford. Acabo de remitir un ejemplar de *La Necesidad del Ateísmo* a todos los Obispos ingleses, al Vice-Canciller y a los profesores del Colegio, con dedicatoria de Jeremías Stukeley, escrita de mi puño y letra.

• • •

Algunos días más tarde, un mensajero llamaba a Shelley de parte del Dean y le pedía que concurriera a una reunión. Bajó a la sala del Colegio y se encontró con todas las autoridades juntas. Era un pequeño grupo de profesores a la vez eruditos y puritanos, ejemplares sin fantasía del cristianismo atlético y clásico que detestaban desde largo tiempo al joven Shelley por sus largos cabellos, su extraña manera de vestir y su gusto verdaderamente vulgar por las experiencias científicas.

El Dean le mostró una *Necesidad del Ateísmo* y preguntóle si era su autor. Como el hombre hablaba ruda e insolentemente, Shelley no repuso.

—¿Es Ud. o no el autor de este libro?

—Si Ud. puede probarlo, presente sus testigos. No es justo ni legal interrogarme de ese modo. Son procedimientos de inquisidor, no de hombres libres en un país libre.

—¿Niega Ud. que es el autor del volumen?

—No responderé.

—En ese caso será Ud. expulsado del colegio y lo abandonará mañana por la mañana.

Entregáronle un sobre sellado con su sentencia de expulsión.

Shelley corrió a la pieza de Hogg y se dejó caer sobre un diván, temblando de furor. ¡Expulsado, expulsado! El castigo era terrible. Significaba la interrupción de sus estudios, la imposibilidad de reanudarlos en otra Universidad, la privación de esa bella vida apacible que tanto el gustaba, el furor permanente de su padre. Hogg mismo se indignó. Llevado por una generosidad imprudente, escribió en el acto una nota y la envió al tribunal, que aún estaba reunido. El mensajero encargado de llevar volvió con un mensaje en que le pedían concurrir a la audiencia.

La escena fué corta

—¿Ud. ha escrito esto?

Era su nota y la reconoció. Pero con grandes habilidades de abogado, explicó el absurdo de condenar a Shelley, la injusticia, el atropello...

—Bien, queda Ud. expulsado—repuso el Juez.

Estaba evidentemente con ganas de expulsar a todo el colegio ese día y Hogg recibió poco después su sobre sellado.

En la tarde se colocó en las puertas del establecimiento un aviso que daba el nombre de los culpables y la causa del castigo.

VI

La diligencia de Oxford se llevó a los desterrados. Shelley obtuvo de sus libreros veinte libras prestadas para alojarse en Londres y esperar noticias de su padre.

Las piezas que recorrieron con Hogg le parecieron inhabitables: calles bulliciosas, barrios inmundos, sirvientes feas. Al fin la calle Polonia les pareció bien: Polonia, Varsovia, Libertad... todas esas asociaciones de ideas les complacían y allí no podía sino haber casas dignas de hombres libres. En efecto, la primera que encontraron tenía un dormitorio tapizado con papel de flores azules y verdes que les pareció la más bella del mundo.

—Este—dijo Shelley—será nuestro hogar definitivo. Aquí reanudaremos la vida de Oxford, lecturas junto al fuego, paseos, experiencias. No nos moveremos más.

Delicioso programa al cual faltaba solamente la aprobación de las familias Hoggs y Shelley.

Al saber los acontecimientos de Oxford, Mr. Timothy se puso furioso. Para un gran propietario, miembro del Parlamento, juez de paz de su condado, la aventura resultaba desagradable y la desgracia singular. Sobre todo lo atormentaba la acusación de ateísmo, pues, conocido como liberal, sentíase obligado a hacerse perdonar esta audacia con la ortodoxia de sus creencias.

Escribió una carta solemne a Mr. Hogg padre para deplorar «el desdichado asunto acaecido en Oxford a su hijo y el mío» y para rogarle que llamara «a su muchacho» lo más pronto posible. En cuanto a mí, recomendaré al mío la lectura de la Teología Natural de Paley, que conviene muy bien a su caso; y aun la leeremos juntos.

Después compuso para «su muchacho» una carta severa y fuerte:

«Aun cuando como padre he debido sufrir por vos la desgracia acarreada por vuestras criminales opiniones, tengo deberes estrictos hacia mi propia reputación, hacia vuestros hermanos y hermanas más jóvenes, hacia mis sentimientos de cristiano. Si queréis recibir de mi ayuda, asistencia y protección, es necesario:

1.º Volver inmediatamente a Field Place y renunciar a toda amistad con M. Hogg.

2.º Colocarse bajo la dirección de dos profesores determinados y obedecerles.

Si semejantes condiciones no eran aceptadas, M. Timothy abandonaría su hijo a la miseria que persigue justamente las opiniones diabólicas y malvadas.

La respuesta fué corta:

«Mi querido papá,

creo mi deber responderle que rehuso terminantemente sus dos propuestas y que siempre que me las dirija le contestaré lo mismo. Con todos mis agradecimientos por su benevolencia, lo saluda su hijo muy respetuoso.

Percy Bysshe.»

* * *

La gran dificultad de la diplomacia paternal es que uno de los negociadores no quiere por ningún motivo romper; lo cual dificulta las sanciones. Ante semejante negativa, M. Timothy se quedó perplejo.

En el fondo no era mal hombre y creía en la potencia de una botella de buen Oporto. Resolvió ir a Londres e invitar a los rebeldes al hotel Miller, donde servían buen vino.

«Después de todo—decíase, esperando a los muchachos—hay que cogerlos con buenos modales y, aunque parezca ridículo, rebajarse hasta discutir con ellos... Un espíritu maduro y reflexivo domina sin dificultad a los filósofos de dieciocho años y se pueden evitar grandes desgracias con un discurso bien hecho. Percy, además, heredará al abuelo y debo hacerlo entrar en vereda.»

Mientras tanto, los jóvenes se dirigían al hotel Miller a pie, conversando entre mil bromas sobre el Diccionario Filosófico de Voltaire, en el cual Shelley celebraba sobre todo las burlas del viejo francés acerca de la intolerancia judía y las crueldades de Jehovah.

Cuando llegaron, Mr. Timothy recibió a Hogg con efusiva benevolencia; después, volviéndose a su hijo, le enderezó un sermón largo y confuso, lleno de gestos dramáticos. Shelley, en silencio, inclinóse al oído de su amigo y le preguntó:

—¿Qué te parece?

—No es tu padre, es Jehovah en persona—repuso Hogg.

Y los dos se echaron a reír.

—¿Qué tienes, Percy? ¿Estás enfermo, estás loco? ¿Por qué te ríes?—exclamó Mr. Timothy, alarmado.

Felizmente anunciaron la comida. Estuvo excelente y muy cordial. A los postres, M. Timothy mandó a su hijo por caballos de posta y emprendió la conquista de Hogg.

—Señor, Ud. es muy distinto de lo que me había imaginado, es un caballero agradable, modesto, razonable. Dígame ¿qué haré con mi pobre niño? ¿Está loco?

—Bastante.

—¿Y entonces?

—Debía haberse casado con su prima...

—¡Imposible! Si se lo propongo, seguramente lo rehusará.

—Si se lo ordena, convengo; pero déle la ocasión.

Mr. Timothy encontró buena la idea y cuando Shelley regresó, comenzó a elogiarse a sí mismo. Era muy respetado en la Cámara de los Comunes, respetado por toda la Cámara y especialmente por el «speaker» que le decía: «Señor Shelley, no sé qué haríamos sin Ud. «Lo querían mucho en el condado de Sussex, lo consideraban un excelente Juez de Paz... Y contó una larga historia de dos cazadores furtivos a quienes condenó y que, cuando salieron de la cárcel, fueron a darle las gracias.

Hogg no se explicó nunca el motivo por que los desdichados agradecieron al

Juez su condena, pues en ese momento, creyendo ya suficiente la dosis de oportó, Mr. Timothy abordó el punto esencial:

—Vamos a ver, ciertamente hay un Dios. . . Yo no tengo ninguna duda al respecto. ¿Y Ud., señor?

—Yo tampoco, señor.

—Cómo!—replica desconcertado—¿Ud. no tiene ninguna duda sobre la existencia de Dios? Yo podría demostrársela en un minuto.

Y sin esperar más contradicciones, exploró sus bolsillos, extrajo cartas, papeles, cuentas y al fin una hoja que empezó a leer. Shelley, inclinado, oía con grande atención.

Al cabo de un instante, dijo:

—Yo he leído eso en alguna parte.

—Sí—agregó Hogg—son los argumentos de Paley.

—Perfectamente—repuso Mr. Timothy—tienen razón Uds. son los argumentos de Paley. Los copié de su libro esta mañana, con mi propia letra; pero yo se los di a Paley; todo el libro de Paley es mío.

Y doblando la hoja, metiósela al bolsillo muy descontento. Su hijo lo miraba con mayor desprecio que nunca y la comida terminó sin ninguna reconciliación. Shelley rehusó seguir a su padre y su padre le negó el dinero. En cambio Hogg y Mr. Timothy quedaron muy amigos. Este encontró a aquél más humano que Percy, siempre erizado detrás de sus principios y de su infernal orgullo. Hogg, en cambio, declaró que el miembro del Parlamento tenía la elocuencia algo obscura, pero que era buen muchacho y muy hospitalario.

Algunos días más tarde, Hogg, demostró que tomaba la vida por el lado práctico reconciliándose con su padre, jefe de una vieja familia conservadora y bastante firme en sus principios para no tener que alarmarse tanto como el señor liberal de Field Place por las opiniones avanzadas. Aconsejó a su hijo que estudiara derecho y le encontró un empleo en el estudio de un abogado de York. Hogg abandonó a Shelley en su pieza de la calle de Polonia, en medio de las flores verdes y azules.

Hombres, Ideas y Libros

Eugenio Labarca L.

Mujeres de Letras Argentinas

Alfonsina Storni.—Margarita Abella Caprile.—Susana Calandrelli.—Emilia Bertolé.



TRAVÉS de mis viajes a Buenos Aires he tenido oportunidad de conocer a algunas de las mujeres de letras más representativas de la República Argentina. Entre ellas, a Alfonsina Storni, a Margarita Abella Caprile, a Susana Calandrelli y a Emilia Bertolé.

Del arte poético de Alfonsina Storni, nada nuevo hay que decir. Todo el mundo conoce sus versos y se ha exaltado su talento hasta atribuírsele fuerza genial. Acerca de ella misma,—de su persona,—bien puede, sí, hacerse un comentario acaso novedoso. Por su propia cuenta, la Storni se ha proclamado vieja y fea. Y no, no es lo uno ni lo otro. Tiene silueta de mujer de veinte años y fisonomía de treintona, de mujer en segunda juventud en quien la vida ha dejado honda huella; arrugada y gestera como pocas personas he visto. Lleva echada hacia atrás y con toda coquetería, la cabellera blanca, que parece de seda, y acentúa bastante el rosa de las mejillas. (Sólo falta a Alfonsina un lunar en la comisura del labio para semejar dama Luis XV). Y agréguese a este conjunto, verdes pupilas felinas...

Al expresarse, acciona y ríe y hace reticencias tan maliciosas al hablar, como mujer de mundo un tanto o un mucho coqueta. Si no hubiera sido mujer, Alfonsina Storni seguramente hubiera sido gata... Sin embargo y a pesar de su excelente sistema de escabullirse, al correr de la charla fué dándome a conocer su modo de pensar y de sentir: es audaz y tímida a la vez; es rebelde y aplacada; insatisfecha de la vida, no sabe dar un paso en busca de la felicidad; enamorada por temperamento, desea que el amor no vuelva a enroscársele en el alma, pues sueña con un sentimiento absoluto, como no existe,—y en amor prefiere,—según expresa vibrante,—¡todo o nada!

Charlamos largas horas; pero solamente a propósito de cosas de su espíritu. No le pregunté, ni ella se adelantó a decírmelo, de quién era hija, de dónde

procedía, ni a dónde iba, como se dice vulgarmente. Se creerá que supe acerca de Alfonsina Storni bien poca cosa, entonces. Quien sabe. Yo estimo lo contrario. Pienso que cuando una mujer revela su genio en el modo de sentir, y de sufrir, y de amar, y de desgarrarse corazón adentro, no hace falta saber de ella más que éso: saber cómo juega íntimamente el milagroso mecanismo de su alma...

Margarita Abella Caprile es otra cosa que la Storni. Jovencita, muy hermosa, adelantada dos años en el uso de melena a la *garçonne*, de cierta serenidad estatuaría, parece que no sintiera cuanto dice. Y, en efecto, casi no ha cantado todavía al amor... Ella misma relata con naturalidad cómo forja sus estrofas diáfanas: en el entresueño... Se reconoce a sí propia facultades mediumnéticas y no quiere aceptar para ella sola el homenaje a su talento: cree que hay algo misterioso, relativa ayuda del *más allá*, en sus concepciones. Quizá. Es curioso, no obstante, constatar que Margarita puede contar con *sombras* protectoras, ya que arrastra herencia intelectual antigua, es biznetía de Mitre, y su cuna y su primavera se han mecido en ambiente refinado y espiritual; raza que acaso haya florecido definitivamente en ella. Perteneciente, en suma, a la aristocracia del Plata, su primer libro, «NIEVE», un primor de primer libro, circuló únicamente entre la llamada *gente bien*. Es decir, permaneció inédita Margarita hasta hace poco, hasta el momento en que ha publicado un segundo volumen: «PERFILES EN LA SOMBRA», que la crítica y el público han celebrado seriamente, prescindiendo de que es mujer la autora, y mujer bonita.

Otra poetisa *chic* de Buenos Aires es la joven Susana Calandrelli. Perteneciente como Margarita a familia intelectual ilustre. Nieta de un sabio maestro italiano contratado para venir a la República Argentina a echar luces, es hija de médico afamado y sobrina del doctor Alcides Calandrelli, Secretario que fué de la Delegación Argentina venida a la V Conferencia Internacional Americana, profesor universitario de renombre, internacionalista de fuste. En el hogar de Alcides Calandrelli,—llamado por los íntimos y sin asomo de ironía «Hotel de Rambouillet»,—conocí yo a Susana. Entre un grupo de muchachas despertaba atención a primera vista, no sólo por hermosa, que lo es, y mucho, sino y sobre todo, por la profundidad de sus enormes pupilas negrísimas de italiana o de andaluza; pupilas cargadas de misterio...

Susana Calandrelli ha publicado un volumen. En francés: «Carillons dans l'Ombre», se llama. Esto de publicar un libro en francés ha sido estimado aquí como *snobismo*. En Buenos Aires no es igual. Todo individuo culto de allá posee admirablemente varias lenguas extranjeras, y escribir en italiano, en francés o en inglés, da tanto como hacerlo en español: cualquiera entiende. Para prestigio del idioma, claro está que no es lo mismo, máxime en ocasión como esta en que se trata de una poetisa digna de ser peleada por nacionalidades diferentes. Pero digan cuanto digan los intransigentes, este libro tenía que ser escrito en francés. Hasta su título es intraducible. ¿Qué son, en efecto, las «carillons dans l'ombre»?... La autora lo expresa de modo delicioso:

«Ce sont les carillons de joie et de tristesse,
les tintements d'espoir, de doute et de tendresse,
de tout ce qui sanglote et chante dans la nuit...
De tout ce que les mots qui s'éloignent sans bruit
murmurent au hasard, comme des voix fantomes
qui montent quelquefois de leurs vagues royaumes...»

En seguida agrega Susana Calandrelli:

«Et je les aime trop, ces carillons amis
qui se plaignent tout bas, comme des coeurs soumis,
et qui m'ont retrouvée en la nuit solitaire
pour me dire des mots qu'on n'entend pas sur terre...»

Admirable manera de expresarse.

Tan joven como Margarita Abella y como Susana Calandrelli, es Emilia Bertolé. Y lo mismo de hermosa. A más de poetisa, Emilia es pintora de mérito, y de tendencias artísticas rebeldes. En el Salón Anual de 1922, la señora del Presidente Alvear adquirió una tela firmada por la niña provinciana, medio ignorada aún, y que sólo con éso—con que una gran dama fijara en ella sus ojos,—adquirió súbita nombradía. Más tarde ha alcanzado medallas como retratista y las más prestigiadas publicaciones la han albergado en sus columnas, mientras da a luz algún volumen. Descendiente de italianos, embriagadas las pupilas con el paisaje de Córdoba, sensibilizada el alma de Emilia por ideales y por afectos, escribe y pinta con colorido notable y con finura única. Adulada por la bohemia del Plata, se ha hecho reo sin querer, por cierto, de infinitos afectos que ella no ha compartido. Poco há, le ha sido dedicado íntegro un volumen de versos, por alguien que la ama castamente y que sueña con llevarla colgada de su brazo como «una canasta de flores—olorosas y aterciopeladas». Despierta, pues, esta autora, la admiración colectiva y admiración individual. A la inversa de tantos artistas que no merecen ser vistos de cerca, Emilia Bertolé, de cerca deslumbra.

EUGENIO LABARCA L.

Para los latino-americanos

CARTAS DE ROMAIN ROLLAND Y VASCONCELOS

LA CARTA DE ROLLAND A VASCONCELOS

Villa Olga.—Villaneuve (Vaud). Suiza.
Miércoles, 9 de Enero de 1924.

Estimado señor Vasconcelos:



CABO de recibir el Boletín de la Secretaría de Educación Pública, que me fué enviado. Le doy a usted las gracias.

Me ha causado admiración el magnífico esfuerzo que se ha hecho, en estos últimos años, en Méjico, así como el despertar intelectual que en esa República se anuncia. De ese movimiento usted ha sido sin duda el «animador» inspirado y enérgico. Felicitémosle.

Hojeando este volumen — índice de trabajos fecundos y múltiples — al leer esas polémicas apasionadas que vuestro nombre suscita; al leer especialmente, vuestra carta del 28 de Mayo último, dirigida a la juventud de Colombia. (1) he sentido la importancia del papel histórico que para el porvenir de la América Latina y del resto del mundo está usted representando, pues hoy, en la humanidad todo se liga, todo se relaciona, todo debe ser *sinfonía*.

Francés de nacimiento (francés antiguo del centro de la Francia nivernesa) pero *Weltbürger* de espíritu libre de todas las cortapisas y de todos los prejuicios de religión y de nacionalidad, tratando de realizar en mí mismo la armonía de los varios pensamientos del género humano, aplaudo, no obstante, vuestro deseo de reunir en un sólo cuerpo los miembros dispersos de las razas ibero americanas.

Biógrafo de héroes: de Beethoven, de Miguel Angel y de Tolstoi (he visto que vuestra Secretaría de Educación Pública ha hecho la traducción y la edición de estas vidas) abrigo al igual que el amor de las grandes personalidades individuales el de las grandes personalidades colectivas. He sufrido a menudo de ver en América la humillación de las espléndidas razas latinas. Es preciso reanimarlas, erguirlas, no con un pensamiento de supremacía nacional o racial, pero con el amor de la humanidad entera. En el conjunto Pan humano, tienen una misión luminosa que cumplir y, hasta nuestros días, no la han realizado *por molicie y por violencia, por sensualismo disolvente, por orgullo personalista, por provincialismo nacional, por individualismo desenfrenado y, sobre todo, por rabia de destruir y de destruirse*. ¿Me atreveré a decir (¡sí, puesto que las amo!) que han traicionado sus propios destinos?... ¡Que tengan de nuevo conciencia de ellos! El mundo necesita de su reacción vigorosa contra la raza anglo-sajonas, que tienden a do-

(1) Véase esta famosa carta en el N.º 14 del REPERTORIO AMERICANO, tomo 6.

minar el universo. Los latinos de América y de Europa tienen, en menor grado que los anglo-sajones de Europa, (especialmente esta *élite* inglesa que ha conservado tan bien sus gloriosas tradiciones, su independencia de los tiempos heroicos) el sentido de la libertad política, pero, mucho más que los anglo-sajones, tienen los latinos la libertad de espíritu o, al menos, las posibilidades de esa independencia total de la inteligencia que nadie puede detener en la conquista de la verdad. Y, sobre todo, tienen el sentido viviente y apasionado de la belleza. Oponen a la moralidad estrecha de las razas anglo-sajonas el sano y completo desarrollo de todas las fuerzas de la vida.

¡Qué grises nos parecen hoy los siglos en que el sol de las razas latinas se oscureció! Hasta el vuelo prodigioso de las ciencias es, desde hace cien años como el vuelo de un águila en un cielo brumoso. Latinos, ¡devolvedle la luz!

Con un fraternal apretón de manos. suyo.

Romain Rolland.

LA RESPUESTA DEL MINISTRO VASCONCELOS

Méjico D. F., a 2 de Febrero de 1924.

Sr. Romain Rolland,

Villa Olga.
Suiza.

Muy querido Maestro:

Su carta de 9 de Enero me ha causado la más grata emoción. No me hubiera imaginado, aunque debí esperarlo de su generosidad, que usted se ocupara con tanto interés y simpatía de nuestros asuntos latino-americanos.

.....

A la altura intelectual en que usted se encuentra nada significa el halago de la vanidad, por eso sólo con el fin de que usted comprenda la verdad de lo que antes afirmo, le llamo la atención sobre la enorme influencia que los escritos de usted ejercen entre nosotros, y le cito por ejemplo, el caso de la Circular N.º 3. — «Lo que debe leerse» — que dirigí hace tres años a los maestros mejicanos recomendando sus obras. También hemos procurado llenar nuestras bibliotecas con sus libros, sintiendo que de esa manera purificamos el ambiente y levantamos el nivel moral de la Nación. Si he de mencionar algo que es personal le diré que hace pocos años, en el largo período de tiempo que yo anduve perseguido y desterrado, calumniado y pobre, fué en su *Jean Christophe* donde muchas veces encontré aliento. Más tarde he seguido sus escritos como se sigue a un guía y a un maestro. Mis opiniones sobre la guerra mundial, se inspiraron casi siempre en sus juicios y muchas veces lo he acompañado en sus inquietudes sobre el destino del mundo; mi fe ha buscado la suya para renovarse y no pocas veces al sentirme destrozado por el triunfo insolente y continuo del mal y la injusticia, he

hallado refugio en su pensamiento; todo esto le explicará la importancia que doy a sus palabras actuales. Su aprobación de la idea, vieja entre nosotros, de reunir en un sólo haz los miembros dispersos de la raza ibero americana, la veo como una consagración de este ideal, puesto que la formula una de las almas más libres de la época, uno que está por encima de los prejuicios de raza y tiempo. No tema usted que traicionemos el verdadero internacionalismo al agruparnos para construir una gran fuerza. Queremos esa fuerza, justamente para garantizar la libertad de expresión de todos los tipos humanos dentro de géneros cada vez más altos. Queremos impedir que una raza, por alta que ella sea, imponga sus caracteres a las otras, pues creemos que la vida debe ser fecunda y múltiple, infinita y libre.

Y esta creencia concilia el ideal de integración con el más amplio objetivo de la verdadera hermandad de todos los hombres.

Haré pública su carta para que toda la América Latina conozca sus conceptos de la misión que nos compete, no de «supremacía racial», sino de amor de la humanidad entera y también para que medite en los defectos que nos impiden realizar esa misión: *«molicie y violencia, sensuulismo disolvente, orgullo personalista, provincialismo nacional, individualismo desenfrenado y sobre todo, rabia de destruir y de destruirse.»* Todo esto es la verdad misma, y nos hace usted un gran favor proclamándolo. Méjico necesita oír esta voz de admonición porque se encuentra azotado como de una calamidad intermitente. Necesita transformar la rabia de destruir en rabia de construcciones materiales y morales. Necesita construir un ideal. Somos una Nación atea, en el peor sentido del término, atea no tanto porque reniegue de dogmas, sino porque carece de ideales, porque cuando no nos burlamos del ideal, lo pisoteamos o lo desconocemos. Llámese justicia; llámese libertad; llámese amor, no hay nada sagrado entre nosotros. Quizá esto dependa, así lo creo yo a veces, no de ausencia de don religioso, sino de que estamos forjando con la raza nueva, un nuevo concepto de vida. De todas maneras, vivimos sin brújula entre las ambiciones más ruines y los apetitos más locos. Poseemos, afirma usted, el sentido viviente y apasionado de la belleza, y sin duda es allí donde debemos buscar el impulso de nuestra regeneración. Lo alcanzaremos si logramos asentar la moral, asentar la justicia, asentar la vida misma en el misterio de la belleza religiosa. Nuestras luchas civiles de los últimos años han pretendido asegurar una mejor distribución de las riquezas naturales; mejor remuneración del trabajo; dicha y cultura para todos. Pero todo esto es parte de una especie de visión confusa que busca la gloria por caminos que en cierto sentido no nos son propios. Claro que tal propósito se ve prostituído a cada instante por la incomprensión, la ineptitud y la maldad, pero el ideal va tomando forma y un día llegará al triunfo, si es que en este mundo tienen razón los que como usted creen que la vida contiene posibilidades superiores. A los que vivimos el conflicto nos parece a menudo que vamos a la dispersión y al caos. En cambio, usted que juzga desde la serena ventana de la contemplación, podrá señalar nuestras faltas y comentar nuestras acciones. Usted no comparte la ceguera europea de creer que

sólo allí puede el espíritu ensayar normas creadoras, por eso es usted capaz de adivinarnos, de comprendernos y de aconsejarnos.

Perdone usted que no le haya consultado antes de acordar la traducción de sus tres vidas: Tolstoi, Beethoven y Miguel Angel. Es porque hemos trabajado con un apresuramiento febril que no permitía espera, y en cambio, sabía intuitivamente, que contaba con usted y que usted se alegraría de nuestro éxito. Justamente hace pocos días llegó a mis manos su *Mahatma Gandhi*, que ahora usted ha tenido la bondad de enviarme. No sé qué decirle de los métodos del Gandhi, pero de todas maneras su ejemplo es admirable y a usted le agradezco que por comunicación subconsciente sepa adivinar las necesidades espirituales de sus discípulos. Solitario por temperamento, solitario aun en medio de la sociedad, constantemente llamo en mi auxilio a las «almas de todos los tiempos y de todas las naciones, que sufrieron, lucharon y vencieron o vencerán», las mismas a quienes usted dedica la Alborada de *Jean Christophe*. Por eso, cuando usted, que es una de esas almas, después de socorrerme tantas veces sin saberlo, ahora me tiende los brazos, no puedo menos que enviarle en respuesta toda mi gratitud acumulada y toda mi fuerza que le jura alianza en la causa sagrada de la liberación de los hombres.

JOSÉ VASCONCELOS.

(Del REPERTORIO AMERICANO.—San José, Costa Rica).

Armando Donoso

La saludable advertencia de las elecciones en Francia

«Las elecciones francesas son significativas. Espero y creo firmemente que constituyen un gran paso hacia la tan necesitada pacificación del mundo».—*Lloyd George*.



A política francesa de los últimos cinco años ha sufrido el más formidable de los reveses. La derrota del bloc nacionalista y el triunfo de las izquierdas radicales constituye una saludable advertencia en estos tiempos para cuantos soñaban con la anhelada reacción que pareció comenzar en Italia con las reformas del Ministro Gentile y con la imposición de Mussolini, y en España con el asalto al poder de Primo de Rivera, mientras muchos no se querían dar cuenta de lo que ocurría en Inglaterra con el formidable triunfo del laborismo que llevaba a la jefatura del Gabinete a Mac Donald. Con razón puede advertir el previsor Lloyd George que las nuevas elecciones francesas no sólo significan un gran triunfo del liberalismo, sino que cifran una positiva esperanza para la pacificación del mundo. La vuelta de Briand importará el acuerdo con Inglaterra y la expectativa para el premier inglés de poder negociar, obteniendo mejores resultados, con el futuro jefe del Gabinete francés.

El voto del pueblo francés no puede ser más claro y rotundo; no quiere mussolinismo; repudia toda esperanza de reacción nacionalista; rechaza a caudillos como León Daudet que contribuyeron a envenenar el ambiente político fomentando el odio troglodítico y los ataques personales. La revolución sin sangre, que exaltó, el triunfo del laborismo en Inglaterra, y ahora el triunfo de las izquierdas francesas, acaso no es más que el comienzo de una evolución que ha de ir muy lejos: política de desarme, socialización del trabajo, leyes igualitarias para la mujer, solución razonable y levantada del problema de las reparaciones; es, en fin, la ola de fondo que sacude profunda y definitivamente a un país, anticipando la realización de necesidades que ya no podrán obstaculizar todas las barreras conservadoras o todos los egoísmos nacionalistas. Esta vez a pesar de la acción del gobierno, la derrota es sintomática: y es que acaso y por primera vez, el proletariado francés ha influido en la decisión de las urnas, defendiéndose contra el bloc nacional que apoyaba a los grandes agricultores mientras incrementaba los impuestos expoliadores para la clase trabajadora.

El triunfo de las elecciones francesas puede ser comparado oportunamente con el que se riñó el 2 de Marzo en las urnas en Chile: todos los elementos li-

berales, radicales y demócratas imponían un triunfo aplastante, que expresó demasiado claramente la voluntad de una mayoría resueltamente radical.

Signos inevitables de los tiempos son estos, que comenzaron con el sacudón de Rusia y que han de seguir cada día con mayores apremios. Es la ola de fondo, que está removiendo todo el subsuelo de la organización capitalista y que habrá de contribuir a la realización de un porvenir mejor, más justiciero y más generoso. El triunfo del laborismo inglés, de las izquierdas francesas y de los elementos liberales avanzados en Chile y la Argentina, comienzan a precipitar una evolución, que cabe mejor llamar revolución sin sangre.

ARMANDO DONOSO.

E. M.

Tutankamón y el resurgimiento nacionalista del Egipto



L Egipto es inagotable como país de seductores misterios. El descubrimiento de la tumba de Tutankamón, llevado a cabo el año pasado, después de algunos años de trabajo, por Lord Carnavon y M. Carter, ha vuelto la atención universal hacia esa tierra de maravillas.

Ha sido un hallazgo prodigioso por la riqueza y variedad de tesoros encontrados y el estado de perfecta conservación en que se han mantenido.

El gran faraón, de la época gloriosa de Setos I y Ramsés II, ha dormido treinta y cinco siglos en su hipogeo de piedra del Valle de los Reyes en el Alto Egipto, no lejos de los lugares que conservan las ruinas monumentales de Tebas, la metrópoli faraónica.

M. René La Bruyère nos describe en la «*Revue de Deux Mondes*», número de 15 de Marzo último, una visita hecha por él a la tumba. El Valle de los Reyes se halla casi en pleno desierto al oeste de Lucsor. Fué un sitio muy bien elegido por los monarcas para lograr la mayor conservación posible de las cosas. Tal vez por la falta absoluta de humedad no hay microorganismos que sean gérmenes de descomposición.

M. La Bruyère nos pinta como se han mantenido intactos en su sueño tres veces milenario las preciosas y delicadas telas del lecho del rey; como parecen haber salido ayer de la fábrica los objetos de su uso diario; nos pinta las prodigiosas estatuillas de dioses, los carros de batalla y de paseos del rey con admirables relieves; las ricas maderas con láminas de oro e incrustaciones de piedras preciosas que recubren partes interiores de la tumba.

Cosa curiosa, agrega M. La Bruyère, la actual resurrección de Tutankamón ocurre en un momento de renovación social y política del Egipto.

En un discurso pronunciado en el Cairo por Mammound Fakry Pachá, ministro plenipotenciario y enviado extraordinario del actual Rey de Egipto, se expresaba así poco antes de su partida a Europa: «¿No es raro que estos dos acontecimientos, representación diplomática y advenimiento del régimen constitucional, coincidan con el despertar del gran faraón después de treinta y cinco siglos de sueño?»

En realidad constituye un hecho sensacional para el Egipto que por primera vez, después de la conquista persa se haya dado en nuestros días un gobierno autónomo. Su jefe es Zaghlol Pachá, egipcio de pura raza y apóstol de la independencia de su patria. Tutankamón reaparece en medio de su pueblo en el momento en que renace el espíritu faraónico de los tiempos pasados.

No cabe duda de que el movimiento nacionalista toma su inspiración en los siglos más remotos de la época egipcia. El desenterramiento de la momia de Tutankamón tiene, pues, las irradiaciones de un símbolo conturbador. Se diría que el rey vuelve para guiar a sus súbditos que buscan su camino en las tinieblas de la historia.

Los egipcios han constituido una monarquía hereditaria, de clara tendencia nacionalista, que con criterio liberal ha unido en fines sociales comunes a las diversas sectas religiosas del país. El nacionalismo no se apoya aquí en el fanatismo.

Otro hecho característico de estos egipcios de nuestros días es que tratan de volver a dar a la mujer el gran papel que desempeñara en el pasado. Las mujeres egipcias han estado a la cabeza del movimiento de emancipación.

Trascendental momento es éste para el pueblo egipcio en que puede unir en un dinámico abrazo un grandioso pasado y un porvenir brillante; feliz momento es para un pueblo aquel que permite mirar la aurora de una nueva vida libre y sumir a la vez las raíces de su idealismo en una tradición fantásticamente antigua, prósper y gloriosa.

E. M.

Actividades Universitarias

Las Escuelas de Farmacia y Química Industrial de Concepción.—De la Memoria presentada al Directorio de la Universidad sobre el funcionamiento de las Escuelas de Farmacia y Química Industrial, y que lleva la firma del Director de estas Escuelas, don Salvador Gálvez, entresacamos los datos que se insertan a continuación.

ESCUELA DE FARMACIA

Desarrollo de la enseñanza.—En iguales condiciones a las conocidas de normalidad, se mantuvo la instrucción profesional proporcionada por esta Escuela en el año 1923

El mismo propósito de hacerla a la vez técnica y práctica, conforme a los mejores mandatos pedagógicos, la caracterizó y determinó.

Dentro de la idea de salvar los inconvenientes propios del mantenimiento de un cuarto año de estudios, que quedaron evidenciados en 1922, y atendiendo a la aspiración de completar la enseñanza tradicional de los estudios farmacéuticos en la forma que ha sido acordada y conoce el H. Directorio de la Universidad, en el curso del año 1923 fueron introducidas en la instrucción, en los cursos que se indican, las siguientes asignaturas:

Contabilidad, en el primer año;

Legislación y Química Analítica Superior, en el segundo; y

Práctica de Cirugía Menor y Química Industrial Farmacéutica, en el tercero.

Se mantuvo también, en calidad de voluntaria, la cátedra de Bacteriología.

El objetivo perseguido con la introducción del aprendizaje de las asignaturas que quedan enunciadas, no ha sido otro que el de habilitar, del modo más eficaz posible, a los futuros profesionales, para hacer frente a cuantas cuestiones se les susciten en el ejercicio de su carrera.

Estudiantes que obtuvieron su título.—Durante el año 1923 obtuvieron su título profesional 19 alumnos. Dicha cifra envuelve la totalidad de los estudiantes que se presentaron a rendir sus pruebas en el año mencionado, no habiendo que lamentar un solo fracaso. Los alumnos recibidos en 1923 son los siguientes: señoritas Luisa Alarcón, Lidia Barrientos, Florencia Concha, Amalia Vidal, Juana Inostroza, Elza González, Elena de Vivié, Paulina Rubio, Laura Duvau-chelle, Flora Hermosilla, Luzvira Ortiz, Juana Canales, Inés Santander, y Odilia Hurtado; y los señores Guillermo Maldonado, Justiniano Herrera, Juan Zemelman, Gonzalo Torres y Ricardo Wortsman. Agregados a los 14 profesionales ya recibidos en la Escuela, se obtiene un total de 33 niñas y jóvenes que han alcanzado su título gracias a sus servicios,

Es grato, además, dejar constancia de que todos estos profesionales se en-

cuentran trabajando en diversas ciudades del país, en forma que es una prueba de la confianza que sus conocimientos han llegado a inspirar.

Farmacia Modelo.—La Farmacia Modelo ha seguido llenando, desde el punto de vista de la enseñanza, el fin para el cual fué establecida. Desde el punto de vista comercial, tampoco su giro, en 1923, ha sido favorable, pues se consiguió cerrar el año con una ganancia líquida superior a dos mil pesos.

Actividades estudiantiles.—En 1923 los estudiantes de la Escuela de Farmacia, como en los años anteriores, se han mantenido organizados en un centro que ha desarrollado alguna actividad. Han celebrado, además, fiestas de compañerismo estudiantil.

Ante el año 1924.—Llega la Escuela de Farmacia al año 1924 con sus servicios docentes ya definitivamente en funciones.

Para corresponder a los anhelos de adelanto sobre que se asentado su creación, no se tiene ya sino el objetivo de afianzar y hacer más eficaces las condiciones en que se ha desenvuelto su acción.

Finalidad inmediata para ello ha sido la ampliación del edificio en que se encuentra instalada, cuyo logro será un hecho desde comienzos de 1924. Las obras que en el edificio se ejecutan y que se terminarán muy pronto, significarán un evidente progreso en cuanto a comodidad y confort para profesores y estudiantes.

Otro tanto cabe expresar respecto a las nuevas adquisiciones de material de enseñanza que se harán efectivas en el curso del año.

La Farmacia Modelo, sus laboratorios técnicos, completan la obra en cuanto al propósito de servir las necesidades pertinentes de la ciudad y la región. Mención especial debe merecer, a este respecto, el Laboratorio Clínico y de Opoterapia, que iniciará sus funciones en 1924.

ESCUELA DE QUÍMICA INDUSTRIAL

Desarrollo de la Enseñanza.—La instrucción de esta Escuela se ha desenvuelto, como en los años anteriores, con entera normalidad.

A comienzos de año, consultando un pensamiento más científico y armónico, se introdujeron en el plan de estudios algunas modificaciones que, inmediatamente, fueron puestas en práctica.

La preocupación, desde hace tiempo existente, en orden a la asignatura Química Industrial, pudo ser también satisfactoriamente despejada, pues, desde comienzos de año se ha contado con la cooperación del profesor contratado de Química Industrial, Dr. Sr. Kurt Reisenegger, que ha tenido a su cargo dicho ramo.

Incremento de los Laboratorios.—Atención especial de la Dirección de la Escuela ha debido merecer la conservación e incremento de los laboratorios, cuya función aparece como esencial en categoría de estudios como los que suministra, que deben descansar principalmente en la experimentación. Se ha cuidado, por esto, de mantener en condiciones eficaces los Laboratorios de Química Inor-

gánica, Química Analítica y Química Orgánica, Microscopía y Máquinas y Electricidad, de los cuales, estos últimos, funcionan desde 1923 en pabellones contruidos para el objeto.

Excursiones.—La práctica de las excursiones y viajes de estudio de los alumnos se ha mantenido en 1923, dentro de la idea de que ella es abiertamente beneficiosa para la marcha de la enseñanza.

De este modo, los alumnos de los distintos cursos han visitado en la ciudad la mayoría de los establecimientos fabriles que existen y han ampliado sus excursiones a Lirquén, Penco y Nonguén.

Los estudiantes del 3.º y 4.º años hicieron, además, una jira de visita y de estudio al Mineral de Lota, en la región minera vecina y a las principales fábricas de Santiago y Valparaíso.

Actividades estudiantiles.—Organizados en un Centro, los estudiantes de Química Industrial han llevado a efecto diversas labores cuya repercusión ha sido apreciable tanto para ellos mismos, como para el mejor conocimiento de la Escuela. Entre otras iniciativas han hecho práctica la de mantener un periódico científico y de actualidades, «El Universitario», que ha reemplazado a la revista «Ingeniería Química».

Ante el año 1924.—El término del año 1923 encuentra a la Escuela en satisfactorias condiciones para la atención de la enseñanza que suministra.

Salvo en lo que respecta al Laboratorio de Física, que aun funciona en el local del Liceo de Hombres, los restantes laboratorios se hallan instalados en su propio edificio y están habilitados para el desempeño de su misión. También lo está el más arriba mencionado.

La Escuela pudo constatar, además, a fines de 1923, la terminación de los estudios de cuatro jóvenes, dos de los cuales obtuvieron inmediatamente su título de Ingenieros Químicos Industriales.

No es posible, empero, dejar de consignar que aun no se modifica el criterio general con que se ha mirado el funcionamiento de la Escuela y que, a pesar de los fines de servicio de la economía y de la producción nacionales, que persigue, no ha conducido aún al incremento necesario y apreciable de la concurrencia de alumnos.

Curso de Ciencias Económicas y Comerciales.—Este curso, a cargo del doctor Carlos Keller R., constituye, por su carácter de generalidad y por su tendencia práctica, una verdadera novedad en la enseñanza universitaria chilena.

Es ésta una cátedra libre cuyo desarrollo durará el término de un año escolar; su matrícula, en su mayor parte integrada por jóvenes que tienen dedicadas sus actividades al mundo del comercio y de la industria, revela el acierto que ha significado la idea de su mantenimiento. El siguiente es el Programa general del Curso de Ciencias Económicas y Comerciales:

Primer Semestre: Economía general; Historia de la Economía; Geografía económica; Teoría de la moneda; Bancos y bolsas; Seminario económico. Segundo semestre: Economía general; Legislación social; Hacienda pública; Organización mercantil; Seminario económico.

Los ramos del primer semestre comprenden las siguientes materias: Economía general: Génesis del capitalismo moderno; Fundamentos del capitalismo moderno (producción, distribución, empresas capitalistas, consumo, crisis económicas). Historia de la Economía: Introducción; Sistemas económicos exóticos; Economía medioeval; Mercantilismo; Sistema natural; Escuela histórica; Escuela teórico-abstracta; Escuela evolucionista; las tendencias actuales de la Economía Política. Sociología: Introducción; la génesis de la sociedad; la sociedad occidental; (ideas fundamentales, el Estado, la cultura, la economía). Geografía económica: Parte general (las bases naturales, las bases políticas, el tráfico mundial, geografía de los pueblos y de las culturas); parte especial (Europa, Asia, Australia, África, América, Chile). Teoría de la moneda: la génesis de la moneda; legislación monetaria de las naciones más importantes, legislación monetaria de Chile, los Bancos y su historia, teoría y legislación, las Bolsas y su historia, teoría y legislación. Seminario económico: Se harán en él los trabajos prácticos y tendrán lugar las discusiones de libros, etc., relacionado todo con la economía nacional y regional.

Extensión Universitaria.—Cuatro conferencias públicas se han dictado en el aula de la Extensión Universitaria durante el año de 1924; y son ellas: la del doctor Tomás Mancini, acerca de «las bases de la fuerza y grandeza de Italia»; la del doctor Luis Vargas Salcedo, sobre «Los fenómenos del rejuvenecimiento»; la del doctor Carlos Charlín Correa, sobre «Pasteur, el hombre», y la de Pedro Prado, titulada «El poeta Manuel Magallanes Moure».

Círculo de Lecturas.—En un ambiente más reducido e íntimo que la Extensión Universitaria, el Círculo de Lecturas desarrolló en 1923 una labor muy continua y justamente apreciada por los que concurrieron a sus sesiones. El programa de este Departamento universitario para el mes que comienza se compone de las cuatro disertaciones siguientes:

3 de Junio; Enrique Molina, comentarios a «Mahatma Ganghi» de Romain Rolland.

10 de Junio; Abraham Valenzuela, comentarios sobre «Anatole France» de G. Michaud.

17 de Junio; Luis D. Cruz Ocampo, comentarios sobre «El Banquete» de Platón.

24 de Junio; Juana Rizzo de Mayorga, comentarios sobre «La mujer y el trabajo» por Oliva Schreiner.

Cursos Libres de Filosofía.—Entre los cursos generales que están obligados a seguir todos los alumnos de la Universidad de Concepción, figuran los de Filosofía, a cargo de los profesores señores Enrique Molina y Enrique L. Marshall. Puede seguir el desarrollo de estas cátedras libres, sin necesidad de matricularse previamente, cualquiera persona, aun ajena a la Universidad.

Iniciaron su funcionamiento en el pasado mes de Mayo con asistencia numerosísima.

Programa del Curso de Filosofía que dictará el profesor don Enrique Marshall

1. *Filosofía y Religión*.—Sus relaciones consideradas históricamente. Sus relaciones actuales.
2. *Ciencia y Filosofía*.—Sus relaciones. Posición relativa actual de ambas disciplinas.
3. *Creación artística y concepción metafísica*.—Sus relaciones desde el punto de vista psicológico.
4. *El problema lógico*.—Deducción e Inducción. Doctrina de Globot sobre el carácter unitario del razonamiento.
5. *Filosofía Científica*.—El método y el valor de las conclusiones de las diversas ciencias.
6. *La metafísica*.—Su objeto. Sus fundamentos. Posibilidad de la metafísica. Discusión de las objeciones de los positivistas y de Kant. La materia. La vida. El espíritu. Relaciones entre el alma y el cuerpo. Posibilidad de la inmortalidad del alma. Dios.
7. *Teoría del conocimiento*.—Principales teorías relativas al origen y al alcance de nuestros conocimientos.
8. *El problema ético*.—La moral y sus relaciones con la metafísica. Moral teórica y moral aplicada. Las grandes doctrinas de la moral teórica. Moral aplicada o teoría de los deberes y los derechos.
9. *El problema estético*.—Nociones generales sobre el arte y la belleza.

Programa del Curso de Filosofía que dictará el profesor don Enrique Molina

1. *Filosofía francesa contemporánea*: Introducción.—La Filosofía del siglo XIX.
2. *Estudio especial sobre la filosofía de Guyau*: La personalidad del filósofo. La estética. La moral. La educación y la religión.
3. *Estudio especial sobre la filosofía de Bergson*: El problema del método. El método intuitivo. La libertad. La espiritualidad del alma. La vida.
4. *Estudio de otras corrientes contemporáneas del pensamiento*.

